



Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile

CINCO CRÓNICAS POLÍTICAS DE CHILE Y LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX (1920-1952)

Memoria para optar al Título Profesional de Periodista

Autores:

Camilo Esteban Espinoza Mendoza
Franco Elí Pardo Carvallo

Profesor Guía:

Eduardo Luis Santa Cruz Achurra

ÍNDICE

Introducción pág. 3

Presentación pág. 7

El viaje de Recabarren pág. 20

Marmaduke Grove: Tiempos de militares pág. 54

El León todavía ruge: El caso Topaze pág. 77

El Ariostazo pág. 114

El duelo Allende-Rettig pág. 158

Conclusiones pág. 199

Bibliografía pág. 204

Evaluación pág. 212.

INTRODUCCIÓN

Chile, particularmente durante la vigencia de su Constitución de 1925, para muchos politólogos gozó de una estabilidad “excepcional” dentro de Latinoamérica, emprendiendo un proyecto modernizador en base al respeto de su sistema institucional sin mayores sobresaltos en el camino.

Sin embargo, aquella visión suele pasar por alto la serie de quiebres que rodearon la instalación de dicha Carta Magna, así como el surgimiento y llegada al poder de líderes populistas y autoritarios, militares reformistas y antiliberales, tecnócratas con proyectos apartidistas frustrados, e incluso el primer presidente marxista electo en el mundo.

Lo cierto es que en un contexto de guerras mundiales y guerra fría, el país se embarcó en un intento democratizador que buscó romper con el oligárquico Chile decimonónico. La idea central pasaba por incluir en su sistema político - por lo menos en la forma- a una serie de sectores sociales hasta entonces absolutamente ajenos a la toma de decisiones. Sin embargo, no existió una única forma de afrontar el desafío, ni un camino llano que diese continuidad política al proceso.

Muy por el contrario, lo anterior ocurrió en un momento donde habían proyectos históricos en pugna, en el que diversos líderes políticos se entendieron a sí mismos como los llamados a dirigir el período inaugurado, utilizando para ello mecanismos que no siempre se ajustaron a las normas institucionales.

En este marco, la idea del presente trabajo es poder extraer hechos, historias, anécdotas y sucesos que den cuenta de aquella vida política, desde la primera elección presidencial de Arturo Alessandri Palma hasta la llegada al poder “por las urnas” de su mayor rival y eterno conspirador durante todo el período, Carlos Ibáñez del Campo.

Para ello, pretendemos retratar hechos que reflejen la forma en que los líderes políticos de la época entendían su quehacer, en cuanto personas que si bien encarnaron proyectos de sociedad distintos, tuvieron en común que actuaban como sujetos con sentido de trascendencia, portadores de una voluntad orgánica y colectiva que establecía un vínculo directo con sus adherentes y por tanto depositarios de una “confianza” social más allá de la elección de turno o el cargo ejercido en un momento determinado.

Lo anterior debía condecirse con ciertos códigos de conducta ligados a la configuración del “hombre público”, donde conceptos como la “caballerosidad” y la “rectitud moral” eran condición transversal a las posiciones ideológicas.

Desde allí, pretendemos dar cuenta de cómo operaban dichos códigos en las actuaciones de los líderes de la época, tanto en el seno de las instituciones republicanas como en los espacios públicos donde se desenvolvían. Esto en el entendido de que encarnaban proyectos de sociedad que movilizaban masas, en un período marcado por la emergencia de los sectores populares y las capas medias como nuevos actores políticos a convocar.

En el presente trabajo se encontrarán cinco hechos que funcionan como “escenario” en que se desenvuelven algunos de los líderes políticos fundamentales de la época estudiada (1920-1952), así también personajes que, si bien ejercieron un liderazgo en ciertos sectores durante un período determinado, con el tiempo quedaron relegados de la primera línea histórica, o incluso, terminaron no teniendo mayor incidencia en el devenir político del país y fueron derechamente olvidados.

Se trata entonces de una serie de nociones de un período histórico que, abordado desde cinco crónicas, buscan entregar un panorama de cómo ha cambiado la forma en que los líderes políticos chilenos actúan, y cómo entienden su rol de personas públicas.

El formato escogido pretende darle al lector una impresión de cercanía espacial y temporal con los relatos, y también entregarles a los autores la oportunidad de

utilizar recursos literarios, como saltos de tiempo. Con ello se busca generar tensión, entregar elementos que permitan un mejor entendimiento del relato, y en definitiva, hacer más interesante y rica la lectura.

Si bien cada una de las crónicas funcionan de manera autónoma y constituyen en sí mismas una unidad narrativa, poseen entre todas cruces de personajes, lugares y problemáticas comunes, permitiendo en su conjunto visualizar el período en que se enmarcan para cumplir con los objetivos propuestos en esta memoria.

El trabajo que se expone a continuación fue producido, en lo fundamental, a partir de la consulta de prensa escrita de la época y de material bibliográfico.

PRESENTACIÓN

"Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos"
Karl Marx¹

El siglo XX ha motivado la producción de un importante cúmulo de ensayos, notas, investigaciones, reportajes y tesis que se han hecho desde los más diversos puntos de vistas: políticos, sociales, científicos, tecnológicos, culturales, artísticos, económicos, filosóficos y periodísticos. Esto porque los acontecimientos que se sucedieron a lo largo y ancho de estas décadas y las corrientes que fueron atravesando el pensamiento de los hombres que vivieron en esos años, tuvieron una magnitud y un impacto inédito en la historia de la especie humana.

¿Qué hace de estos cien años un objeto de estudio tan llamativo e interesante para los intelectuales de las más diversas disciplinas? Probablemente, la respuesta la encontremos en el corazón de este período, o para ser precisos, en la convención creada por el historiador británico Eric Hobsbawm, en lo que él

¹ Marx, Karl (1852) "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte" en Marx, K. y Engels, F. (1981) "Obras escogidas. Tomo I". Editorial Progreso, Moscú, Unión Soviética. Pág. 404.

denomina como “siglo XX corto”², que se inicia con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en la ciudad de Sarajevo en 1914 y termina con el derrumbe de la URSS en 1991. Es precisamente en estos años donde se desarrolla el principal relato del siglo a nivel global: la división del mundo en dos polos, el soviético y el norteamericano.

Sin embargo, este período histórico comienza con las convulsiones propias de un nuevo orden global que lucha por nacer contra otro que se resiste a morir. Los primeros treinta años de este “siglo XX corto” implicaron dos guerras mundiales que tuvieron a Europa como principal escenario, pero que cambiaron para siempre la correlación de fuerzas entre las potencias a escala global. Mientras Gran Bretaña, Francia y Alemania vieron retroceder su dominio en todo el planeta, dando pie a los procesos de sublevación y emancipación de las colonias que poseían en África y Asia, Estados Unidos pasa de ser una mera potencia económica a una importante potencia militar en franca expansión, mientras la revolución organizada por los bolcheviques en Rusia sale victoriosa en noviembre de 1917 (octubre, de acuerdo al calendario juliano, vigente entonces en el imperio ruso).

² Hobsbawn, Eric (1994) “The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914–1991” traducido al castellano como “Historia del siglo XX” (1998) por editorial Crítica, Grijalbo Mondadori S.A., Buenos Aires, Argentina.

En América Latina, por razones geográficas, pero también como resultado de los procesos independentistas que la alejaron de Europa, sumado a una aplicación de casi cien años de la Doctrina Monroe por parte de Estados Unidos, -bajo la consigna “América para los americanos”-, se logró cimentar y consolidar un dominio económico y una hegemonía política del gigante norteamericano por sobre el resto del continente.

Este tránsito de la colonia europea a la neocolonia norteamericana³ recibe un importante reimpulso a principios de siglo, luego de que Alemania e Inglaterra, en alianza con Italia, decidieran bloquear puertos venezolanos por una deuda insolvente que empresarios de ese país tenían con acreedores británicos y alemanes. Para reforzar una tendencia unilateral a pronunciarse sobre el orden internacional americano, el Presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) realiza una sustancial enmienda a la Doctrina Monroe que obliga a Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de un país que esté bajo su influencia, viendo en esta vía la posibilidad de adiestrar, reordenar y asegurar su dominio en todo el continente.

Esta “seguridad” que entrega el gobierno norteamericano con el llamado Corolario Roosevelt, permite una acelerada penetración de capitales y

³ Halperin, Tulio (1969) “Historia contemporánea de América Latina”, Alianza Editorial, Madrid, España.

empresas estadounidenses en búsqueda de materias primas para desarrollar su propia industria. Este ciclo económico, que incluso tiene importantes períodos de bonanza por las necesidades militares de las potencias en guerra, entra en crisis hacia 1929, produciendo una importante debacle en cadena de los mercados y modificando la producción en países de todo el mundo.

Frente a ello, surge en algunas naciones de Latinoamérica la necesidad de completar un ciclo de “sustitución de importaciones” y, hacia el término de la Segunda Guerra Mundial, ensanchar el horizonte a un abierto proceso de industrialización y desarrollo autosustentado, apoyado por la coyuntura económica que vivían países que lograron estabilizar sus mercados como Argentina, México, Brasil, Colombia y Chile⁴.

En consecuencia, este nuevo ciclo económico exigió el fortalecimiento y modernización del Estado como principal motor de desarrollo, que en Chile tuvo un temprano impulso con los gobiernos radicales (1938-1952) que complementaron una importante inversión de apoyo a la emergente burguesía industrial con una creciente expansión de la educación para aumentar la calificación de amplias masas de trabajadores y la creación de empresas

⁴ Cardoso, Fernando Henrique, y Faletto, Enzo (1977) “Dependencia y desarrollo en América Latina”, Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina.

estatales que no sólo tenían el objetivo de nutrir de mayor capital la inversión del Estado, sino también servir como eje de este proceso industrializador.

El cambio de orden: Política en Chile 1920-1952

La expansión económica y el avance industrial experimentado en Chile desde principios de siglo trajeron consigo un importante proceso de urbanización que en 1920 alcanzaba poco más del 46% de habitantes en la ciudad⁵ y que hacia 1940 superaba el 58%⁶. Sin embargo, más que situarse en las ciudades, el polo de desarrollo que permitió este período de bonanza económica tenía directa relación con los diversos enclaves mineros situados en un territorio que había aumentado su extensión a unos 800 kilómetros tras la Guerra del Pacífico (1879-1883), y que convertían a Chile en el único exportador de salitre del mundo, el llamado “oro blanco” que europeos y estadounidenses utilizaban como abono para su agricultura y la elaboración de pólvora.

⁵ Censo de población de la República de Chile (1920), Dirección General de Estadística. Recuperado en: http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1920.pdf

⁶ Censo de población de la República de Chile (1940), Dirección de Estadística y Censo. Recuperado en: http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1940.pdf

El efecto de esta expansión económica acarreó una complejización de la estructura social y económica del país. Los niveles de ingresos que alcanzó el Estado por la vía tributaria del salitre, permitió un sustantivo aumento de sus servicios, sus funcionarios y su infraestructura. De los 3 mil trabajadores con los que contaba en 1880, el Estado pasó a tener 27 mil en 1919. Los ferrocarriles estatales pasaron a cubrir de mil kilómetros en 1890 a 5 mil en 1913. Se ampliaron las redes telegráficas, telefónicas, de correos, los sistemas de salud y educación públicos, etc⁷. Así también, emerge la clase media propiamente tal, conformada por grupos de profesionales específicos para determinadas áreas de desarrollo, estimulando además la creación de un mercado interno que incentiva la producción agrícola e industrial de la zona central y sur de Chile.

Sin embargo, a pesar de este proceso que experimentaba el país, se habló de una “crisis del centenario”⁸ alrededor de 1910, que tenía distintos ribetes desde el punto de vista social, moral, económico y político. Entre sus causas podemos enumerar el acercamiento de la burguesía a hábitos de ostentación y lujo por la renta fácil del salitre, la ineficiencia gubernamental y administrativa del régimen parlamentarista, la continua desvalorización del peso chileno frente a la libra esterlina, el empobrecimiento de los grupos medios, las insostenibles condiciones de vida del proletariado, la creciente efervescencia social y

⁷ Correa, Sofía (2001) “Historia del siglo XX chileno” Editorial Sudamericana, Santiago, Chile. Pág. 24.

⁸ Sagredo Baeza, Rafael (1998) “Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del ‘Cielito Lindo’ a la Patria Joven”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago, Chile.

organización del campo obrero, las periódicas crisis económicas que provocaban quiebras y cesantía, etc.

La monopolización del poder político, social y económico en una pequeña élite, frente a una mayoría marginada del sistema y sus beneficios, fue larvando las condiciones para importantes estallidos de violencia que abrieron en esta época lo que se entiende por “cuestión social”⁹. Situación que volvió a reflotar en la escena política al terminar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), principalmente por la dependencia de la economía nacional a las fluctuaciones del comercio exterior, que trajo consigo una devaluación monetaria, severa inflación, el súbito aumento de desempleados y la carestía del costo de la vida.

En ese contexto, entre la Gran Guerra y la Gran Depresión, Estados Unidos toma el control del comercio internacional chileno, introduciendo tecnología de punta en la minería nacional e invirtiendo grandes capitales que hacia 1929 se aproximaban al billón de pesos, suma que superaba ostensiblemente las inversiones combinadas que tenían Alemania e Inglaterra¹⁰. Este cambio de influencia en la economía nacional también está apareado con una serie de transformaciones culturales, como la irrupción de la comunicación de masas, principalmente de la radio, que debuta por primera vez en vivo el año 1923

⁹ Grez Toso, Sergio (1995) “La ‘Cuestión Social’ en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago, Chile.

¹⁰ Rinke, Stefan (2002) “Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago, Chile. Pág. 25.

frente al diario La Nación, con la transmisión de la pelea y victoria por *KO* en el segundo round del campeón mundial de los pesos pesados, Jack Dempsey, frente al argentino Luis Ángel Firpo, el “toro salvaje de las pampas”¹¹.

En síntesis, hacia el año 1920 tenemos un marco histórico atravesado por la creciente influencia norteamericana, el surgimiento de la comunicación de masas y una situación económica que complejiza la formación social del país, lo que permitirá ensanchar el número de proletarios que viven en condiciones miserables, la organización de colectividades de carácter obrero (de sindicatos y federaciones a partidos políticos) y el surgimiento de una clase media de trabajadores profesionales, comerciantes e intelectuales. Este escenario inicial irá modificándose con un proceso de progresiva democratización¹² de las instituciones políticas, hasta entonces imposibilitada de procesar los emergentes conflictos sociales. Por ello se irán introduciendo una serie de cambios al Estado, el que con todo no estará exento de confrontaciones debido al surgimiento de nuevos actores políticos que se disputarán el poder (partidos, caudillos y movimientos).

En otras palabras, la historia que recorre Chile entre 1920 y 1952 es una versión nacional de la disputa por el orden político que también se jugaba en el

¹¹ *Íbid.* Pág. 21.

¹² Para una mayor reflexión, revisar a Gómez Leyton, Juan (2004) “La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973”, LOM ediciones, Santiago, Chile.

concierto internacional. He ahí su relevancia histórica, puesto que, tanto las colectividades como los sujetos políticos, encarnaban, cada uno a su estilo y de acuerdo a sus propios principios y doctrinas, un proyecto histórico en particular. Si bien estos años hablan del declive de la sociedad liberal, la república oligárquica y el modelo parlamentarista, la historia que se comienza a escribir refleja un nuevo mapa de fuerzas y corrientes políticas que comienza a tomar forma principalmente a partir de la década del '30.

Especial relevancia tienen en este proceso los hechos que se sucedieron en medio de la crisis que vivió el gobierno del Presidente Alessandri entre 1924 y 1925, desde donde nace una nueva Constitución que reformularía las reglas democráticas con la clara intención de integrar a nuevos actores sociales. Desde aquí se dictaminan las primeras leyes laborales que regulan la relación entre el capital y el trabajo, legislación que además permitirá desarrollar los canales legales necesarios para arbitrar los conflictos entre patrones y obreros.

Esta integración de nuevos actores también se da en la arena política. De hecho, no es casual que el “ruido de sables” lo haya realizado la oficialidad joven del Ejército en medio de la aprobación en el Congreso de la dieta parlamentaria, el que más allá de ser un debate rendido por un abanico de políticos desprestigiados y en vías de desaparecer, significaba un importante avance para la integración de fuerzas políticas que no contaban con el privilegio

de entender la política como una actividad de *hobby* o de aficionados, como sí la entendía la oligarquía, cuyos políticos tenían la facilidad de desarrollar esta actividad *ad honorem*, puesto que el devenir de sus vidas y las de sus familias ya estaban aseguradas.

Esta misma idea de profesionalizar la política, para que los representantes se dediquen a ella bajo la lógica de un trabajo remunerado, se expandió también a otras esferas de la vida social. Sin ir más lejos, la fundación del Colo-Colo Football Club por David Arellano, precisamente el año 1925, tiene un ímpetu similar: su quiebre con Magallanes está dado por la necesidad de entender el fútbol como una labor ya no *amateur*, sino que debe ser profesionalizada, reordenada y remunerada, para generar las condiciones apropiadas que permitan a los futbolistas vivir de ello. No sería hasta 1933 que el fútbol podría tener su primera liga profesional, con ocho de los equipos más grandes de la Asociación de Fútbol de Santiago (AFS): Magallanes, Audax Italiano, Badminton, Green Cross, Morning Star, Santiago National, Unión Deportiva Española y el mismo Colo-Colo.

Volviendo al terreno de la política, en la década del '30 toma cuerpo la izquierda como expresión del proyecto político de la clase trabajadora chilena y con un carácter marcadamente marxista. Tras las muertes de Lenin y Recabarren, ambas en 1924, el Partido Comunista inicia un acercamiento cada vez más

convencido hacia el eje doctrinario de Moscú que funcionaba bajo el control de Iósif Stalin. El estalinismo, particularmente en Chile, tomará fuerza con la política de los Frentes Populares¹³ en la década del '30, que promoverá alianzas con sectores que representaran los intereses de la burguesía progresista e industrial, y que en el caso chileno, su representatividad recaía en las aspiraciones del Partido Radical. De esta forma, el PC logra convertirse en una fuerza electoral relevante recién en las parlamentarias de 1937. Su estrategia de Frentes Populares llevará a Pedro Aguirre Cerda a la Presidencia de la República en 1938, primer paso de los tres sucesivos gobiernos radicales que profundizarán el proceso de industrialización y democratización, pero con la paradoja de terminar con todos los comunistas proscritos y varios de ellos encerrados en un campo de concentración que funcionó en la ciudad de Pisagua, respaldado por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (1948), legislación que pasó a la historia bajo el nombre de "ley maldita".

A este recorrido del PC chileno, le sale al paso otro partido que busca disputar la amplia base social de los trabajadores chilenos: El Partido Socialista (1933). A diferencia de sus pares comunistas, su doctrina no era tributaria del eje Moscú. Por el contrario, el PS chileno siempre ha sido una colectividad compuesta por distintas corrientes políticas en su interior y su origen no está asociado únicamente al movimiento obrero, puesto que su composición tiene

¹³ Löwy, Michael (2007) "El marxismo en América Latina", LOM Ediciones, Santiago, Chile.

una matriz mucho más heterogénea (sectores medios, intelectuales y militares afectados por la crisis económica que azotó al país tras la Gran Depresión de 1929). En su núcleo, abarca a personajes diversos, como el médico Salvador Allende; el ex dirigente estudiantil anarquista, Óscar Schnake; los obreros trotskistas escindidos del PC, Manuel Hidalgo y Ramón Sepúlveda; el periodista, y también troskista, Óscar Waiss; el militar Marmaduke Grove; el Gran Maestro de la masonería, Eugenio Matte; solo por nombrar algunos.

Con la irrupción de estos dos partidos en reemplazo de un desgastado Partido Demócrata, y su estrategia de alianza con el Partido Radical, cambió el eje o centro político del sistema democrático chileno. Este cambio se puede verificar fácilmente con la figura de Arturo Alessandri, quien hacia 1920 figuraba a la izquierda del espectro, pero 12 años después, sin mayores cambios a su doctrina liberal y manteniendo buena parte de sus ideas programáticas, lo apreciamos indudablemente con un domicilio en la derecha política.

Frente a ello, parte de la juventud de los sectores medios y acomodados, pero también estudiantes y sindicatos de trabajadores, abrazaron las causas del Movimiento Nacional Socialista, inspirado en el fascismo italiano y el nazismo alemán, y que logró la elección de tres diputados en su primera parlamentaria (1937): Jorge González von Marées por Santiago, Fernando Guarello Fitz-Henry por Valparaíso y Gustavo Vargas Molinare por Temuco.

Finalmente, el declive de la hegemonía liberal y el fracaso de los proyectos modernizadores, como el de Alessandri, llevó a que el socialcristianismo se instalara como una alternativa doctrinaria para los conservadores, la cual abraza primero su juventud al formar la Falange Nacional (1935)¹⁴, y luego el Partido Conservador Social Cristiano (1949), liderados por el doctor Eduardo Cruz-Coke y el abogado Horacio Walker. Ambas agrupaciones estrecharían sus manos años más tarde para la conformación de la actual Democracia Cristiana (1957).

Las crónicas presentes en esta investigación tienen como escenario principal a Chile durante este período de transición política, social y económica, y retratan hechos protagonizados por cinco hombres que son reflejo del complejo y vertiginoso concierto internacional de esos años, pero también de las particularidades de la política chilena que convierten estos acontecimientos en únicos e irrepetibles.

¹⁴ Moulián T. y Torres Dujisin, I. (1985) "Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha 1938-1946", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Santiago, Chile. Págs. 68 y 69.

EL VIAJE DE RECABARREN

Luis Emilio Recabarren (Valparaíso, 1876 - Santiago, 1924) tipógrafo, político, educador y propagandista chileno, es considerado uno de los primeros pensadores marxistas de América Latina y padre del movimiento obrero en Chile. Fundador del Partido Obrero Socialista (POS) en 1912, fue también parte de su transformación en Partido Comunista en 1922, tras decidir afiliarse a la III Internacional. A fines de ese año, Recabarren realiza un viaje a Moscú para asistir al IV Congreso de la Internacional Comunista y al II de la Internacional Sindical Roja, ya pasados cinco años de la revolución de octubre (1917), hechos que llevarían a los bolcheviques al poder y que cambiarían para siempre el mundo que hasta entonces se conocía.

25 de junio de 1920. Es el primer viernes de invierno en aquel año bisiesto. El país aún lo gobierna el abogado Juan Luis Sanfuentes Andonaegui, el décimo octavo de los Presidentes de la República electos vía sufragio y el sexto tras la muerte de Balmaceda.

Gobierna, pero no sin complicaciones. Si bien Sanfuentes mantuvo la neutralidad durante la I Guerra Mundial (1914-1918), las esquivas del enfrentamiento bélico repercutieron fuertemente en un modelo de desarrollo como el chileno, dependiente de la exportación de un limitado número de materias primas y las fluctuaciones que pueda tener el comercio exterior.

Desde el año 1915, el trigo, el cobre y sobre todo el salitre mostraban signos de recuperación, a pesar del bloqueo británico al comercio de este último con

Alemania, por considerarlo un “producto estratégico” para la industria armamentista. Así también, se nota un sustantivo crecimiento en el número de empresas, de obreros, del capital y de la producción de la industria manufacturera¹⁵.

Este breve momento de bonanza económica se frena hacia 1917, mostrando sus primeros signos de recesión que, con el fin de la guerra y la firma del armisticio de Compiègne en 1918 no tardarán en convertirse en una aguda crisis económica para un país que había nutrido su economía con las necesidades bélicas de las potencias en conflicto, fundamentalmente de los Aliados, y que carecía de una marina mercante nacional que permitiera prescindir de los gastos del transporte extranjero. De los 2 millones 919 mil toneladas de salitre que se exportaban en 1918 se pasó a sólo 804 mil toneladas en sólo un año, lo que desencadenó la paralización de faenas de un 50% de las oficinas salitreras, a pesar del sustantivo aumento del apoyo económico que entregaba el Estado para superar la crisis, mediante la Ley de Auxilios Salitreros. Si en 1918 la emisión de vales de préstamos o anticipos alcanzaba los 4 millones 614 mil pesos, hacia fines de 1919, esta cifra asciende a los 41 millones 239 mil pesos¹⁶.

¹⁵ Ramírez Necochea, Hernán. “Seis artículos de prensa”, compilación y prefacio de Manuel Loyola (2005), Ariadna ediciones. Pág. 38.

¹⁶ Millar Carvacho, René (1981) “La elección presidencial de 1920”, Editorial Universitaria, Santiago, Chile. Págs. 12-15

Pero los problemas de Sanfuentes no eran sólo financieros. La principal variable de ajuste, que sufre directamente las consecuencias de la crisis, son los trabajadores, muchos de los cuales deben enfrentarse a la cesantía producida por los masivos despidos de las salitreras, el congelamiento de los reajustes salariales y el alza de los alimentos. Esto abre un proceso de continuas huelgas y protestas a partir de 1917 contra la carestía de la vida en Chile¹⁷.

Por lo tanto, aquel 25 de junio de 1920 no sólo se elige al sucesor de Sanfuentes en el gobierno, sino también a quien fuera capaz de resolver este complejo escenario económico, político y social que atraviesa el país. A cargo de esta misión habían 650 mil chilenos hombres, mayores de 21 años que saben leer y escribir, de una población total que según el censo de ese mismo año alcanzaba los 3 millones 785 mil personas. Sin embargo, de ese potencial electoral de 650 mil personas, sólo habían 370 mil 314 efectivamente inscritos, de los cuales sólo asistiría a las urnas el 45% de ellos¹⁸.

En la papeleta figuraban tres candidatos y uno de ellos permanecía en prisión desde principios de abril. Luis Emilio Recabarren tenía entonces 43 años, ya no usaba los erguidos bigotes negros que lucía en los años de la fundación del

¹⁷ La Opinión (1918) "La verdadera causa del hambre que aflige a Santiago", Santiago, Chile, 1 de julio de 1918. Pág. 3.

¹⁸ Millar Carvacho Op. Cit. Págs. 173-178.

Partido Obrero Socialista (POS) en 1912, ya que había adquirido la costumbre de afeitarse, y sus sienes ya se veían grises por la emergencia de las primeras canas¹⁹. Su trabajo como periodista, propagandista y tipógrafo sindical ya acumulaba varios años, convirtiéndolo en el hombre público más importante de los trabajadores organizados del país y en el principal dirigente del movimiento socialista chileno. De hecho, había sido electo diputado mientras militaba aún en el Partido Demócrata, sin embargo, nunca pudo ejercer este cargo tras negarse a prestar juramento ante Dios, argumentando su calidad de agnóstico declarado. Con los años, rompería con los demócratas, acusando enérgicamente su política de alianzas electorales con partidos “enemigos del progreso de los trabajadores” y considerando dentro de sus decisiones que la doctrina socialista es “más completa que la democrática”²⁰.

Este recorrido biográfico de Recabarren, que se alineaba con las posiciones que comenzaron a tomar los maximalistas rusos previo a la revolución bolchevique, genera inquietud entre los partidos oficiales de la época, quienes veían en el dirigente obrero una senda por la cual podría comenzar a transitar el movimiento obrero chileno. Incluso, con especial alerta se vivió la Convención de la FOCH llevada a cabo en la ciudad de Concepción a fines de 1919, donde participaron 68 consejos federales bajo la presidencia del mismo Recabarren.

¹⁹ Laferte, Elías. “Vida de un Comunista”. Santiago, Chile, versión digital luisemiliorecabarren.cl, 1961. Págs. 152-153.

²⁰ Barría, Jorge. “El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social”. Santiago, Chile, Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, 1971. Pág. 44.

En ella, se cambió el emblema de la central sindical por una bandera roja, se modificó la declaración de principios y, como indica Moisés Poblete, docente de la U. de Chile, posterior ministro de Alessandri Palma y autor de las primeras leyes laborales en nuestro país: “La FOCH abandonó entonces su base evolucionista y colaboracionista hacia la política social del gobierno y, de pacífica institución de socorros mutuos, se convirtió en una organización sindical revolucionaria”²¹.

Es por ello que, para proteger la elección presidencial de esta impronta “maximalista”, se despliega desde principios de año un importante contingente represivo sobre el movimiento obrero y estudiantil, desencadenando un período de violencia en que durante sus momentos más álgidos (junio y julio de 1920) se asalta con fusilería y se incendia el local de la Federación Obrera de Magallanes con trabajadores en su interior, se cierran una serie de locales e imprentas obreras y se inicia el denominado ‘proceso a los subversivos’, que significó el encarcelamiento de un elevado número de dirigentes a lo largo del país. Asimismo, esta escalada represiva también comprometió a la FECH, organización que sufrió el asalto a su sede en Ahumada 74 a plena luz del día por grupos nacionalistas, conservadores y católicos, la destrucción de la imprenta ‘Numen’ ubicada en la esquina de Cóndor con Santa Rosa, la

²¹ Garcés, Mario, y Millas, Pedro. “FOCH, CTCH y CUT. Las centrales unitarias de la historia del sindicalismo chileno”, Santiago, Chile, ECO educación y comunicaciones, 1988. Pág. 23.

detención de varios de sus dirigentes y la muerte en la Casa de Orates del estudiante José Domingo Gómez Rojas, torturado en prisión hasta la locura²².

La orden contra Recabarren fue emanada por el juez de Tocopilla el 3 de abril de ese año. Ese día, la policía política viola la sede del periódico *El Socialista*, pero no sería hasta algunos días después que darían finalmente con el dirigente obrero. Sin embargo, la vida política no se agota con Recabarren tras las rejas. Ya había estado preso en numerosas ocasiones, y en esta redactaba cartas que periódicamente llegaban a los órganos de prensa del partido. Escribía en una de ellas:

“Ya saben ustedes mis queridos compañeros, voy a asistir al Tribunal que me juzga ‘por propagar ideas subversivas’ y repetirles que seré eternamente propagador de ideas subversivas, por lo cual, si quieren, pueden preferir condenarme desde ya a prisión perpetua, o al patíbulo, si así les parece mejor a los señores ‘de horca y cuchillo’ que ahora y hasta hoy todo lo pueden en Antofagasta, menos encarcelar nuestras ideas, nuestras sublimes ideas, nuestras subversivas ideas”²³

²² Íbid. Pág. 27

²³ Recabarren, Luis Emilio (1920) “Todavía preso” en *El Socialista*, 8 de mayo de 1920. Pág. 1

Ese mismo mes, el senador por Tarapacá y exministro del Interior, Arturo Alessandri Palma, era proclamado candidato presidencial por la Alianza Liberal (que agrupa a liberales, radicales y demócratas). En medio de la crisis social, Alessandri encarnaba la cara opuesta de los obreros socialistas a la hora de proponer una resolución para esta crisis, como bien lo reflejan sus palabras:

“Querer contener al pueblo por medio de la violencia, es como poner un atajo a un río: las aguas se detendrán por de pronto ante el obstáculo, pero luego crecerán, rebasarán el obstáculo y por fin, con ímpetu avasallador, saltarán por sobre él y seguirán su camino, arrastrándolo consigo. Los movimientos populares hay que combatirlos yendo al origen del mal y dictando leyes que rijan las relaciones entre el capital y el trabajo, de manera que estas dos fuerzas se equilibren o que marchen paralelamente sin chocarse y de forma armónica. Es necesario enseñar al pueblo, ilustrándolo, dándole la conciencia de sus deberes y derechos”²⁴ .

Alessandri estaba convencido de que el mejor camino para reactivar la vulnerable economía nacional pasaba por refundar el Estado y democratizar la sociedad, haciendo de los trabajadores un elemento constructivo e integrado al orden social. El programa del “León de Tarapacá” buscaba entregar

²⁴ Pinto, Julio, y Valdivia, Verónica. “¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandriismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)”, Santiago, Chile, LOM ediciones, 2001. Pág. 19.

reconocimiento y protección estatal a los obreros, a cambio de que se comprometieran a despolitizar sus organismos de representación gremial, utilizar mecanismos institucionalizados de arbitraje y dejar el recurso de huelga sólo para las últimas circunstancias. Todo esto, ensalzando con un discurso contra la oligarquía y la mezquindad propia de una candidatura conservadora como la que representaba el tercer candidato, Luis Barros Borgoño, a pesar de que sus orígenes estuvieran en el seno una familia de reconocidos librepensadores, como los Barros Arana.

A mediados de mayo, la sección de Antofagasta del POS, una de las más afectadas por el “fenómeno” Alessandri (quien fue senador por esa zona), decide que el partido debe llevar un candidato propio a las presidenciales, lo que deviene en la proclamación de Luis Emilio Recabarren como tal durante la primera semana de junio, en una convención extraordinaria realizada a sólo 23 días de las elecciones y con él recluido en la cárcel de Tocopilla. La idea principal de esta improvisada acción política era evitar que los trabajadores fueran atraídos por las candidaturas oficiales, constituidas –según ellos- en una verdadera amenaza.

Tras una agitada campaña, las votaciones de ese 25 de junio de 1920 estuvieron lejos de desarrollarse normalmente y los resultados tampoco fueron satisfactorios para ninguna de las candidaturas. Debido al sistema de sufragio

acumulativo o indirecto, cuyos votos electorales dependen del número de habitantes de un distrito, Alessandri triunfó 179 contra 175, debido a que su popularidad era mayor en sectores urbanos, más densos y populosos. Sin embargo, Barros Borgoño tuvo más votos, 83.100 contra 82.083, debido a su arrastre en las zonas rurales, donde vivía la mayoría del país en aquellos años, pero distribuidos en distritos menos densamente poblados²⁵. Al día siguiente, ambos candidatos proclamaron su triunfo, mientras el gobierno entregaba cómputos contradictorios. Considerando esta situación y las numerosas acusaciones cruzadas por fraude electoral, la verificación de estos resultados quedaron a cargo del Congreso pleno, en el que había una estrecha mayoría que apoyaba a Barros Borgoño.

Para no perder, Alessandri sabía que era necesario evitar a toda costa el pronunciamiento del Congreso pleno, por lo que inicia una campaña para evitarlo, al mismo tiempo que elabora una propuesta que permitiera dirimir la elección: un Tribunal de Honor, compuesto por personas totalmente imparciales que examinen y entreguen su veredicto sobre el proceso eleccionario. Esta propuesta le llega a Barros Borgoño el 6 de julio, invitándolo a comprometerse a acatar el fallo. Si bien el acuerdo tarda, finalmente llega, y recién el 30 de

²⁵ Millar Carvacho. Op. Cit.

septiembre de 1920 el Tribunal emite un fallo que asigna 177 electores a Alessandri y 176 a Barros Borgoño²⁶.

Por su parte, Recabarren apenas incidió en los resultados y sólo se contaron 154 votos en Iquique y 527 en Antofagasta a su favor. Además de tratarse de una acción política improvisada, sin duda fueron diversos los factores que llevaron al POS a este fracaso electoral: las ya mencionadas formas de fraude e intervención electoral; ser un partido pequeño y no contar con un “aparato” electoral; su candidato estaba en la cárcel, privado de hacer campaña; poca experiencia en elecciones (se habían presentado por primera vez en 1918); y, sin duda, la más gravitante de todas fue la candidatura de Alessandri, que provocó desconcierto y división en ciertos sectores obreros que ideológicamente no estaban muy definidos²⁷. Así lo refleja el testimonio del militante comunista Juan Chacón Corona:

“Nos emborrachábamos con la ilusión del cielito lindo por muy fochistas, socialistas y revolucionarios que fuéramos muchos. Salíamos todos los días a desfilas. Jurábamos ir a la huelga general para apoyar a Alessandri, si la oligarquía no reconocía el triunfo. El hombre sabía hablar. Tomaba los problemas más sentidos (...) ¿Y nadie se daba cuenta del engaño? Sí, pues. Había compañeros que trataban de calmar esa fiebre política, que hacían

²⁶ Íbid.

²⁷ Íbid. Pág. 63.

esfuerzos por una política independiente de la clase obrera, que advertían contra el engaño (...) pero el camino de Alessandri sonaba más fácil y más bonito. Nos sentíamos socialistas, estábamos con Reca en cualquier pelea sindical, lo admirábamos por su firmeza pero... había que votar por Alessandri. ¡Si es para darse con un palo en la cabeza!”²⁸.



16 millones de muertos, entre quienes murieron en el campo de batalla y quienes lo hicieron por las enfermedades que acarreó el conflicto. Esas eran las cifras que dejaba la I Guerra Mundial, junto con un drástico cambio en la correlación de fuerzas entre las potencias mundiales, donde Europa perdía su hegemonía global, puesto que comenzaba a vivir distintos procesos de independencia de sus colonias en África y Asia, pavimentando poco a poco el camino a Estados Unidos, que pasaría de ser una sencilla potencia económica a la potencia militar más importante de occidente.

La guerra significó también una prueba de fuego para el movimiento obrero mundial, organizado entonces en partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas alrededor del globo, agrupados en la Internacional Socialista (IS), conocida también como II Internacional. En la conferencia de Zimmerwald,

²⁸ Varas, José Miguel. “Chacón”, Santiago, Chile, LOM ediciones, 1998. Pág. 45.

Suiza, en septiembre de 1915, la fractura se suscita entre quienes se oponen a la guerra, porque es una expresión de los mezquinos intereses de las potencias, y quienes promueven el apoyo a sus países en conflicto.

Vladimir Ilich Lenin era el delegado del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso a la Internacional Socialista. En su informe, declara formalmente la “bancarrota” de la II Internacional, tras 25 años de ejercicio, debido a que “la mayoría de los partidos social-demócratas aplicó una táctica reaccionaria, poniéndose del lado de sus gobiernos y de su burguesía”²⁹.

Sin embargo, este aparente momento de crisis del socialismo internacional permitió dividir aguas entre aquellos partidos que tienen una disposición más moderada, que apuestan por reformas graduales al sistema de dominación y a una conciliación entre las clases sociales, y aquellos llamados “maximalistas”, que aspiran a realizar una revolución social que eche por tierra el sistema capitalista y la explotación del hombre por el hombre.

La posición de Recabarren frente a la Gran Guerra estuvo alineada con los “maximalistas” de la Internacional. En 1914 ya asumía que el conflicto bélico era producto de los egoístas intereses de la “civilización burguesa” y escribía al

²⁹ Lenin, V.I. “El socialismo y la guerra. La posición del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia” (1915) en “Tres artículos de Lenin sobre la paz y la guerra”, Pekín, China, Ediciones en lenguas extranjeras, 1976.

respecto que Europa “era el foco de la más elegante civilización, de la más finísima cultura, del más fervoroso patriotismo, del ingenio y de la inteligencia, etc. Hoy el mundo entero contempla a Europa al desnudo, tal es: bárbara y salvaje. Su civilización, su cultura, su patriotismo, su inteligencia, todo era superficial y mentido”³⁰.

Los nexos de Recabarren con el movimiento obrero internacional los forja principalmente en 1908, cuando se radica en Argentina huyendo de las acusaciones por “sedición” que habían en su contra. En el país trasandino, Recabarren entra a militar en el Partido Socialista Argentino. Su periplo lo lleva a conocer Francia, Bélgica y España, donde tuvo un contacto directo con las tendencias teóricas y políticas que se fraguaban en el concierto internacional, previo a la Revolución Rusa.

A principios de 1918, Recabarren entrega su voto de adhesión a los “maximalistas” rusos que iniciaban “el camino de la paz y de la abolición del régimen burgués capitalista y bárbaro”³¹, a pesar de que no haya registro de que el líder revolucionario chileno manejara datos fidedignos o informaciones precisas sobre los acontecimientos al oriente de Europa.

³⁰ Recabarren, Luis Emilio. “La civilización europea”, Iquique, Chile, El Despertar de los Trabajadores, 30 de agosto de 1914. En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo. “Recabarren. Escritos de Prensa Tomo III 1914-1918”, Santiago, Chile, Edición conjunta de editorial Nuestra América y Terranova Editores. Pág. 47

³¹ Recabarren, Luis Emilio. “La Rusia revolucionaria ante la Internacional obrera”, Iquique, Chile, El Despertar de los Trabajadores, 3 de febrero de 1918.

Tras un largo recorrido que realiza por el sur de Chile, que lo lleva incluso hasta Punta Arenas, Recabarren vuelve a Buenos Aires. Allí, el Partido Socialista Argentino vivía un agitado ambiente interno por la coexistencia de dos tendencias: una minoría revolucionaria a la cual pertenecía el militante chileno, y otra moderada, dirigida por Juan Bautista Justo, primer traductor de “El Capital” de Karl Marx al castellano (1895), pero siempre vinculado a las tendencias más moderadas de la II Internacional, hasta convertirse en el principal dirigente y teórico de la corriente socialdemócrata latinoamericana, la que fuera de Argentina, y en cierta medida de Uruguay, nunca se convertirá en una fuerza política importante en el continente³². El quiebre era inevitable: Recabarren apoya la ruptura y se suma a la fundación del Partido Socialista Internacional en 1918, el que posteriormente se convertirá en el Partido Comunista de ese país.

A su regreso, el dirigente obrero pone sus empeños en la Convención de la FOCH a realizarse en Concepción a fines de 1919 para cambiar su declaración de principios y su programa. Si bien su iniciativa genera reticencias al interior de la central sindical, sus ideas son ampliamente apoyadas.

³² Löwy. Op. Cit. Pág. 73

Conscientemente o no, este proceso estará fuertemente concatenado con la Internacional Comunista, que se había constituido algunos meses antes bajo el nombre de III Internacional o *Komintern* en la ciudad de Petrogrado. El movimiento obrero internacional había encontrado una suerte de “patria” en la Rusia soviética, por ello se define como sede la ciudad de Moscú y como presidente a Grigori Zinóviev, uno de los más preparados militantes ucranianos, muy cercano de Lenin, pero a quien le espera un trágico futuro al formar parte de aquella primera línea bolchevique que sería acusada de conspirar contra Stalin, procesada en Moscú y mandada a ejecutar entre 1936 y 1938.

Al ser Rusia un centro neurálgico para los trabajadores del mundo y Europa el escenario principal donde se desenvuelven los partidos más avanzados, como contracorriente hay una dificultosa participación americana. De hecho, en su primer Congreso no participó ningún representante latinoamericano.

Sin embargo, la densidad orgánica que fue adquiriendo el *Komintern* le permitió convocar en 1921 al primer Congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR) o *Profintern*, que buscaría agrupar y generar líneas de acción para las organizaciones sindicales del mundo. Esto agilizó rápidamente las discusiones en Chile, donde si bien se venía tratando la adhesión del POS al *Komintern* con

cierta formalidad desde 1920³³, la FOCH se encontraba atrapada en una disyuntiva que implicaba convertirla en un partido único de la clase trabajadora, algo así como un “partido laborista”, por iniciativa de algunos militantes del POS reticentes a los axiomas soviéticos y varios sindicalistas democráticos.

Estos dilemas serían parte de las agitadas discusiones que se comenzaron a desenvolver en la Convención de la FOCH en Rancagua, la que comienza en plena navidad de 1921. En la instancia, la mayoría de los convencionales aprueba una moción presentada por Recabarren, que establecía que, puesto que el Partido Demócrata se había declarado reformista, la FOCH no podía concluir pacto alguno con ellos. En el acto, buena parte de los delegados demócratas se retiraron denunciando ‘cambullones’ de Recabarren y sus partidarios. A ellos se sumaron delegados de los gremios ferroviarios, carboníferos y zapateros, así también la Federación Obrera de Magallanes (FOM), muy influenciada por los anarquistas, que había decidido con antelación no enviar delegados a Rancagua³⁴.

Finalmente, y tras cinco días de debates, la adhesión a la Internacional Sindical Roja fue aprobada por 106 delegados, versus 12 votos en contra y 7 abstenciones, previo rechazo de la moción del militante socialista Enrique Díaz

³³ Grez, Sergio. "Historia del Comunismo en Chile". Santiago, Chile, LOM Ediciones, 2011, Pág.156.

³⁴ *Íbid.* Págs. 168-169.

Vera, opositor a la adhesión, que buscaba posponer un año la decisión (34 a favor, 74 en contra y 6 abstenciones). Ofendido, Díaz Vera se retiró de la Convención tras las dos votaciones.

Una vez cumplidos los ocho días de sesiones, el 1 de enero de 1922 se desplegó en Rancagua una bandera roja con los escudos del Soviet y se cantó “La Internacional”. De esa forma se cerró la Convención Obrera de Rancagua, para comenzar al día siguiente el III Congreso del POS, donde 12 delegados socialistas, acompañados del periodista argentino y amigo de Recabarren, Juan Greco, acordaron sin mayores discusiones y por unanimidad la adhesión al *Komintern* y el surgimiento del Partido Comunista de Chile (PCCh).

Los rusos se enteraron de la adhesión del POS a la III Internacional gracias a un mensaje cifrado enviado desde Montevideo, Uruguay, por el representante del *Komintern* y *Profintern* en Argentina, Mijaíl Alexeevic Komin-Alexandrovsky. Esta información recién llegó a Rusia en marzo de 1922, junto con otros informes que alababan la labor del PCCh, como los escritos por el lender-secretariado de países latinos, el revolucionario búlgaro Stoian Minev.

La Internacional Comunista, no obstante, optó por los comunistas argentinos como cabeza de su Buró sudamericano, básicamente porque no habían contactos directos con los chilenos, a pesar de que las referencias hablaban de

que el movimiento ahí gestado era de similar o mayor envergadura que el argentino. Ejemplo de ello es el artículo publicado por el sindicalista español y afiliado a la Central Nacional del Trabajo (CNT), Hilari Arlandis:

“La Internacional Sindical Roja acaba de registrar un importante éxito en el país donde, aparte de Argentina, el proletariado es el mejor organizado y el más revolucionario de toda Sudamérica: Chile”³⁵.



De acuerdo a las investigaciones que ha realizado la historiadora Olga Ulianova de los archivos del *Komintern* y los lazos que unen a Chile con el movimiento comunista internacional, el Partido Comunista chileno mantuvo una notable independencia respecto del centro del comunismo mundial, manifestando un escaso interés de informar de sus actividades y que, a diferencia de otros partidos comunistas latinoamericanos, nunca pidió instrucciones a Moscú acerca de cómo proceder.

Las distancias siempre fueron evidentes. Para el IV Congreso de la III Internacional a realizarse en Moscú en septiembre de 1922, los representantes

³⁵ Arlandis, Hilaris, “*La Fédération ouvrière du Chili adhère a l’Isr*”, en *La Correspondance internationale*, 20 de mayo de 1922. Extraído de Massardo, Jaime (2008) “La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren” LOM Ediciones, Santiago, Chile. Pág. 263.

argentinos José Penelón y Juan Greco llevaban preparado un informe sobre el movimiento obrero y comunista en Chile, a pedido de “los camaradas de ese país”³⁶.

Un común denominador de los mensajes enviados por el *Komintern* y el *Profintern* al PCCh y la FOCH entre mayo de 1922 y 1927 es el constante reproche a los chilenos por su escaso interés en informar de manera formal a sus camaradas en Moscú. Así lo dio a entender el propio Carlos Alberto Martínez, secretario general de la FOCH, quien no pertenecía al PCCh, pero al ser representante de la central obrera, se disculpó y pidió que la ISR les manifestara “en forma precisa” las obligaciones y deberes que representa para la FOCH su adhesión al *Profintern*³⁷.

Después de insistentes mensajes de la Internacional Sindical Roja, la FOCH se limitó a enviar un ejemplar de “La Federación Obrera” a la dirección indicada en Berlín. La Internacional acusó recibo, pero mantenía la petición por informes. Para la historiadora Olga Ulianova, el escaso esfuerzo de los comunistas

³⁶ Penelón, José, y Greco, Juan. “Informe de la delegación argentina al comité ejecutivo de la Internacional Comunista”, Moscú, septiembre de 1922. Extraído de Campione, Daniel, López, Mercedes y Maier, Bárbara. “Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires. Los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1926)”. Buenos Aires, Argentina, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2007. Pág. 111.

³⁷ Federación Obrera de Chile. “La Internacional Sindical Roja se dirige a la Federación Obrera de Chile. Contestación de la Junta Ejecutiva Federal”, Santiago, 18 de julio de 1922. Extraído de Ulianova, Olga, y Riquelme, Alfredo, “Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo I: Komintern y Chile 1922-1931”, Santiago, Chile, Ediciones DIBAM, Centro de Investigación Barros Arana, LOM Ediciones, 2005. Págs. 99-100.

chilenos por vincularse estrecha y regularmente con la III Internacional y la Internacional Roja tiene que ver con que la Rusia soviética era percibida por militantes chilenos más como un lugar simbólico que real³⁸.

No obstante, el 3 de octubre de 1922, Ramón Sepúlveda, que oficiaba entonces como secretario general del Partido Comunista, redacta desde Viña del Mar una carta donde presenta a Recabarren como uno de los 408 delegados que representarán a 58 organizaciones y partidos del mundo en el IV Congreso de la Internacional Comunista. Cuatro días más tarde, repite la acción Carlos Alberto Martínez, secretario general de la FOCH, quien dirige su carta a los organizadores del II Congreso de la Internacional Sindical Roja.

De esa forma, el 9 de octubre de 1922, desde Buenos Aires, Argentina, Luis Emilio Recabarren emprende su viaje a bordo del barco a vapor “Baden”, de firma y construcción alemana, que lo llevaría en 26 días hasta Hamburgo, ciudad ubicada al norte de Alemania. El pasaje en tercera clase sorprende a Recabarren, quien reconoce que es más espacioso y cómodo que su versión chilena, y lo considera acorde a su valor: doce y media libras esterlinas hasta Hamburgo y sólo doce libras hasta España³⁹.

³⁸ Íbid.

³⁹ Recabarren, Luis Emilio. “En viaje a Rusia”, escrito a bordo del “Baden” el 26 de octubre de 1922, publicado en “La Federación Obrera” el 26 de noviembre de 1922. En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo, op. Cit. Pág. 165.

Hamburgo se había convertido desde finales del XIX en el tercer puerto más importante del comercio europeo en el Atlántico y hasta el día de hoy ostenta el título del segundo puerto más grande de Europa, después de Rotterdam. Esto debido a que su posición estratégica permite que confluyan el río Elba (por donde entran los barcos desde el mar del norte) con los ríos Alster y Billie, lo que permite tener vías para llegar a distintas partes de Alemania.

Desde allí, Recabarren se traslada hasta Berlín, una ciudad en la que entonces habitaban unos 4 millones de personas. Se queda en una pensión que se encuentra a cinco cuadras de la Secretaría Central del Partido Comunista alemán y a diez de la oficina sindical de la Internacional Roja. Por las dificultades que presenta el idioma germano, Recabarren sólo puede dialogar con una compañera un poco anciana en francés. Allí le realizan un minucioso examen para comprobar que efectivamente se trataba de Recabarren y no de un infiltrado o un impostor. Una vez superada esa traba, logra acordar llegar a Moscú en aeroplano en un día⁴⁰.

Sin embargo, esta posibilidad se frustra, por lo que debe esperar en Berlín algunos días más, los que aprovecha para ir de compras a uno de los almacenes más grandes de la ciudad, donde obtiene dos camisas “de muy

⁴⁰ Recabarren, Luis Emilio. “El camarada Recabarren en Berlín”, escrito en Berlín, Alemania, el 9 de noviembre de 1922, publicado en Santiago, Chile, La Federación Obrera, 6 de enero de 1923. En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo, op. Cit. Pág. 165-166.

buena clase” a tres pesos chilenos cada una, cuellos a cincuenta centavos chilenos, calcetines largos de lana “ricamente tejidos” a sesenta y cinco centavos chilenos, y una pistola automática con la que, dos años después, pondrá fin a sus días⁴¹.

En su mismo hotel, Recabarren se encuentra con dos franceses que van rumbo al Congreso junto a otro lote de delegados que está alojando en otras partes de la ciudad. Acuerdan partir juntos en un vapor desde un puerto alemán hasta Petrogrado, para luego viajar a Moscú en ferrocarril.

Petrogrado es la misma ciudad que San Petesburgo. Ambos nombres están escritos en honor al apóstol San Pedro, el primero en ruso, el segundo en alemán. El cambio lo realizó el zar Nicolás II al comenzar la I Guerra Mundial por razones nacionalistas. Fue allí donde se realizaron los primeros movimientos de la Revolución Rusa y fue la capital hasta 1918. Posteriormente, la capital fue trasladada a Moscú, debido a que se encontraba más alejada de los frentes de batalla de la guerra. Tras la muerte de Lenin en enero de 1924, Petrogrado cambiaría nuevamente su nombre, esta vez a Leningrado, en honor al difunto.

⁴¹ Pinto, Julio. “Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica”. LOM Ediciones, Santiago, Chile. Primera edición, 2013. Pág. 229.

Recabarren arriba sin sobresaltos a esta ciudad y llega posteriormente a Moscú una fría y nevosa mañana de otoño, para hospedarse junto a otros delegados en un hotel cercano al Kremlin, cuando el termómetro marcaba los -28 °C. La nieve en las calles moscovitas puede permanecer medio año perfectamente, desde fines de octubre hasta principios de abril. En invierno, rara vez la temperatura supera los 0 °C y puede llegar incluso a bordear los -40 °C.

No obstante, los desafíos de la Rusia revolucionaria poco tenían que ver con las inclemencias climáticas. La revolución se había tambaleado pero había logrado resistir la guerra civil, el Ejército Rojo salía vencedor y reforzaba su popularidad. Sin embargo, en la concepción de los bolcheviques, la revolución rusa sólo puede sostenerse como un momento de la revolución mundial, la que debía sumar el Occidente industrializado, en particular Alemania. Las posibilidades de concretar esto se vieron rápidamente bloqueadas por un capitalismo que, agrupándose bajo las iniciativas norteamericanas, parecía lograr un nuevo momento de recomposición, una “estabilidad relativa”, aislando la lucha que iniciaba el movimiento comunista⁴². Son estas circunstancias las que estarán presentes en el IV Congreso de la IC.

La primera reunión que sostuvo Recabarren fue con el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Comenzó a las 9 de la

⁴² Massardo, Jaime, op. Cit. Pág. 264.

mañana en el Kremlin y la bienvenida se la da el propio Lenin, quien hace esfuerzos para pronunciar correctamente su apellido. “En nombre de los soviets de obreros, campesinos y soldados –le dice el líder soviético-, le agradecemos fraternalmente su presencia desde tan lejos y de un rincón del globo que en verdad conocemos demasiado poco”. Recabarren asienta con la cabeza en señal de dar las gracias desde el fondo de la pieza.

Luego Lenin presenta a cada uno de los presentes, todos miembros del Comité Central del PCUS: Nikolái Bujarin, ideólogo de la Nueva Política Económica del Estado soviético; Lev Kámenev, el segundo hombre más importante en el *Sovnarkom* (gobierno) después de Lenin; Grigori Zinóviev, presidente de la Komintern; Iósif Stalin, futuro secretario general del Comité Central del PCUS, pero entonces Comisario del Pueblo de Asuntos Nacionales; y León Trotski, Comisario de Guerra, cargo desde donde creó y direccionó al Ejército Rojo durante la guerra civil.

La solemne presentación de cada miembro presente en aquella reunión, tuvo a Recabarren mirando a sus contertulios y al traductor hasta que llegó su turno. “Antes de entrar a lo serio, les pregunto –dice mientras apunta a una de las ventanas que da a la Plaza Roja- ¿cómo ustedes pueden vivir con tanto frío y tanta nieve?”

Recabarren había roto el hielo en medio de tanta solemnidad una vez que el intérprete entregara el mensaje en perfecto ruso y estallaran las carcajadas en el salón.

- *¿Qué temperatura hace actualmente en Chile, camarada?*- pregunta Bujarin.
- *Bueno, Chile es muy largo. No tiene temperaturas uniformes* –contesta Recabarren- *Podríamos decir que en las ciudades del norte, como Antofagasta por ejemplo, hoy día debe haber unos 30 grados* – responde mientras hace ese típico ademán con la mano que expresa un “más o menos”.

En el acto, Zinóviev comienza a explicar al resto que por esos días, en el hemisferio sur es verano, por lo que no es de extrañar que la temperatura alcance esos niveles. En un ambiente ya más relajado, Recabarren procede a presentar y a agradecer “el tiempo escaso que ustedes disponen para recibirme tan calurosamente. Agradezco además que se interesen en mi país, tan austral y tan pequeñito y que comprendan en las disímiles realidades en las que viven nuestros países”.

El diálogo se extiende por unos 40 o 45 minutos, donde Recabarren se encarga de responder sus dudas sobre el movimiento sindical, el papel del partido

comunista en Chile, la conciencia de clase de los obreros chilenos, el nivel de los aparatos represivos, las distintas estrategias de la oligarquía chilena, etc. Todo esto hasta que entró un asistente a la sala y murmuró algo al oído de Lenin, quien mira el gran reloj de la sala y le dice a Recabarren que quedan tan sólo algunos minutos y que, para concluir, le dejaban la palabra a él.

Recabarren pregunta cómo se logró vencer a la oposición que no sólo estaba en los ejércitos zaristas de Kolchak, Denikin y otras bandas reaccionarias, sino también varios regimientos polacos, húngaros, rumanos, franceses e ingleses. Lenin le entrega la palabra a Trotski, a quien le rotula el título de “artífice en terreno de las victorias del pueblo en uniforme”.

El revolucionario ucraniano se toma un poco de tiempo para responder y describe: “Camarada Recabarren, estoy sorprendido que Ud. sepa tanto de lo que pasa en mi país y yo sepa tan poco de lo que pasa en el suyo. Para abreviar, porque nos queda poco tiempo, le puedo decir que podríamos escribir libros y libros con las proezas y sufrimientos del Ejército Rojo durante estas campañas, pero lo resumiré en cuatro frases: 1) alto grado de convicción del objetivo, 2) férrea organización, 3) lealtad entre oficiales y tropas y 4) compromiso por igual de dirigentes y base”. Bujarin lo interrumpe y añade: “Un aspecto esencial, camarada, es que la base vea que su dirigente arriesga tanto como ellos. Hay que predicar con el ejemplo”.

Recabarren aprovecha y pregunta por las tareas actuales de la revolución. Lenin toma la palabra, al mismo tiempo que insiste que deben concluir la reunión lo más rápidamente posible: “Las tareas, camarada Recabarren, son muchas y variadas. En un decenio debemos normalizar la producción para obtener alimentos, vestuario y vivienda para, al menos, el 90% de nuestros habitantes, trabajar con energías redobladas en la necesaria electrificación del país y su más necesaria aún alfabetización, hacer que la educación y salud sean gratuitas para el total de nuestros habitantes, fomentar decididamente el deporte y las artes y sostener los esfuerzos reivindicativos de todos los trabajadores del mundo. Debo haber olvidado muchas cosas más, pero ya nos veremos otro momento y conversaremos más de todo esto”.

Diciendo esto, avanza hacia Recabarren para darle la mano en signo de saludo y de finalización de la reunión, felicitándolo por su labor en Chile y el enorme sacrificio de casi un mes de viaje por venir a Moscú. Luego, uno a uno se van despidiendo del revolucionario chileno, hasta que se percibe la figura del delegado chino Chou En Lai, en el umbral de la puerta, a quien también saluda antes de retirarse⁴³.

⁴³ Diálogos relatados por Bravo, Dante, y Bassaletti, Carlos, en “Diálogos en Moscú. Recabarren, Lenin, Trotsky”. Recuperado por el Centre de Ressources pour l'Investigation, l'Éducation et la Formation C.R.I.E.F. en: <http://crieflatinoamerica.com/crief/gestion-articles/2014/06/15/recabarren-lenin-y-trotsky-dialogos-de-moscu/>

Por esos años, el Kremlin tenía en el subsuelo una especie de cantina-cafetería donde comían los soldados y la gente que trabajaba en las distintas dependencias. A diferencia de Lenin, varios miembros del Comité Central bolchevique les encantaba conversar, intercambiar opiniones, beber vodka y fumar mucho. Es por eso que Recabarren comenzó a frecuentar ese lugar luego de las reuniones formales de ambos Congresos, para dialogar y enfrascarse en todo tipo de discusiones con Zinóviev, Trotski, Stalin o Kámenev. Estos dos últimos incitaban a Recabarren a fumar esos famosos cigarrillos negros, demasiado fuertes para la garganta de un chileno acostumbrado a fumar tabaco rubio.

Durante esos días, el chileno aprendió algunas palabras en ruso, alemán e inglés. No sabía pronunciar muy bien, pero había aprendido a saludar y a decir palabras claves como obrero, trabajo, lucha de clases, etc. Con Zinóviev las conversaciones eran más fluidas, porque este había estudiado un poco el español. Stalin se interesaba mucho en el carácter de los chilenos, mientras que Lenin quería conocer más de su geografía y recursos naturales. En esas conversaciones, Recabarren sacaba a relucir su espíritu de tribuno, captando fácilmente la atención de sus interlocutores.

Como las sesiones del Congreso se llevaban a cabo en el Kremlin, Luis Emilio quedaba maravillado con esa preciosa obra arquitectónica, por sus puertas y

ventanas bronceadas, las inmensas galerías y pasadizos, las pinturas, decoraciones, arcos y columnas. “Al esplendor de ayer –escribiría a sus coterráneos- de la brutalidad enseñoreada sobre el mundo, le ha sucedido el esplendor de la nueva cultura, de la nueva civilización que el proletario del mundo entero está construyendo afanosamente”⁴⁴.

“Los rusos son incansables por todo aquello que produzca alegría, que eleve el espíritu y que desarrolle el amor por las cosas exquisitas y agradables”⁴⁵, escribía el padre del comunismo chileno al aludir a las distintas fiestas de inauguración de los Congresos, donde se desarrollaron cantos y bailes de cada nacionalidad presente. Así también, había espacio para los discursos. En la inauguración del II Congreso de la ISR, el primero de ellos es pronunciado por Salomón Lozovsky, secretario general del *Profintern* desde 1921. Luego apareció en la tribuna Clara Zetkin, “la compañera alemana, con su cabellera nevada que parece una permanente aureola a su vida entera consagrada a la Revolución”⁴⁶, quien motivó a una ovación por Rosa Luxemburgo, destacada revolucionaria alemana que había sido asesinada cuatro años antes.

⁴⁴ Recabarren, Luis Emilio, “Los dos Congresos Internacionales. El Comunista y El Sindical Rojo”, escrito en Moscú el 25 de noviembre de 1922, publicado en El Comunista el 20 de marzo de 1923. Extraído de la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo. Op. Cit. Págs. 186-187.

⁴⁵ Recabarren, Luis Emilio, “La sesión inaugural del Segundo Congreso de la I. Sindical Roja”, escrito en Moscú el 20 de noviembre de 1922, publicado en El Comunista el 22 de enero de 1923. E En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo, op. Cit. Pág. 183.

⁴⁶ *Ibid.* Pág. 184.

Además de la cantina subterránea del Kremlin, Recabarren también aprovechó algunas noches para compartir con camaradas que hablaran el mismo idioma. Es así como al hotel Lux, donde se hospedaban Greco, Penelón y Pellegrini, los tres delegados argentinos, no sólo llegó el chileno, sino también Francisco Pintos, delegado uruguayo; los españoles Acevedo, González, Trilla, Calasanin y Sierra; y algunas muchachas rusas. En la ocasión, Juan Greco había compuesto una canción basándose en melodías rusas. “Greco –escribía Recabarren- aquel muchacho de cabellera ensortijada, de ojos que parecen soñar en la inmensidad, siempre alegre, que recorrió conmigo dando conferencias desde Valparaíso hasta Valdivia, cuya palabra fogosa ha dejado imborrables recuerdos en Chile. Greco es también un poeta...”⁴⁷

La estadía de Recabarren en Rusia se llevó mayoritariamente entre los dos edificios donde se desenvolvían los Congresos del *Komintern* y el *Profintern*. En algunos espacios que quedaban libres, Recabarren también aprovechó de asistir a algunas visitas guiadas a fábricas bajo control de la organización obrera o a la misma Universidad de Moscú. La Federación del libro, como se conoce a la organización de obreros de imprenta, hizo una invitación a todos los delegados que fueran del ramo a visitar el más grande de los talleres de imprenta que existe en esta capital, para el sábado 25 de noviembre, a las

⁴⁷ Recabarren, Luis Emilio. “Correspondencia especial de Recabarren. Una pequeña velada por el grupo hispano-sudamericano”, escrito en Moscú, Rusia, el 20 de diciembre de 1922, publicado en Santiago, Chile, La Federación Obrera, 4 de febrero de 1923. En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo, op. Cit. Pág. 168-169.

10:30 de la mañana. A ese edificio de seis pisos que ocupa casi 1 kilómetro de superficie llegó Recabarren, en uno de los tantos vehículos que transportaban a los delegados.

Impresionado, Recabarren y un pequeño grupo de delegados va recorriendo departamento por departamento, conociendo las fases productivas y los mecanismos de decisión que tienen al interior de la industria. En el departamento de encuadernación, que contaba con unos 300 obreros y obreras, Recabarren se acerca a un grupo de ellas y pregunta, por medio de un intérprete:

- *¿Viven ustedes en el comunismo ya?*
- *Todavía no, compañero, -contestó una- Estamos trabajando para llegar al comunismo, pero, fatalmente se necesita para ello el concurso de los trabajadores de todo el mundo. Nosotros hemos hecho la revolución, sin vacilar, pero con esto sólo hemos aplastado una pequeña parte de la explotación humana. Y ustedes, ¿cuándo hacen la revolución? ¿Cuándo acaban con la explotación?*

Recabarren no pudo contestar en el acto, enternecido por la convicción con la que había respondido aquella obrera.

- *No dudéis – se repuso- que pronto vuestro ejemplo será imitado por obreros y obreras, por los campesinos y campesinas de Chile.*

Al separarse del grupo, la misma compañera desprendió una de las pequeñas banderas rojas y le dijo:

- *Llebad este pequeño obsequio a los hermanos de Chile*⁴⁸.

Si bien el Congreso terminó el 5 de diciembre de 1922, entre diciembre de 1922 y enero de 1923, se llevó adelante una campaña con el fin de reunir fondos para costear el pasaje de regreso del compañero Recabarren. Llegó finalmente a la estación norte de Santiago un martes 20 de febrero a las 11:30 PM, el mismo día que arribó a Chile un confiado Julio César Fernández, boxeador uruguayo que buscaría ser el campeón sudamericano de box frente a la leyenda nacional Luis Vicentini, el “escultor de mentones”.

En su primer discurso, afirma enérgicamente que “en Rusia no existe la burguesía gobernante, no existe el capitalismo explotador. En Rusia, las fábricas, los campos, la producción está en poder de los trabajadores”⁴⁹. Los

⁴⁸ Recabarren, Luis Emilio. “Organización fundamental de las industrias”, escrito en Moscú, Rusia, publicado en Santiago, Chile, La Federación Obrera, 3 de febrero de 1923. En la recopilación de Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo, op. Cit. Pág. 166-167.

⁴⁹ Bravo, Dante, y Bassaletti, Carlos. Op. Cit.

aplausos no se hicieron esperar y rubricaron sus palabras. La gente lo llevó en hombros hasta su casa.

Las conferencias sobre las experiencias recogidas en Rusia no cesaron. La primera de ellas se llevó a cabo en el teatro Esmeralda de Santiago, entonces el más grande de Chile con una capacidad para 2500 espectadores, ubicado en San Diego al llegar a avenida Matta.

En marzo de ese año, se publicó “La Rusia Obrera y Campesina. Algo de lo visto en su viaje por Luis Emilio Recabarren”. Un folleto de 94 páginas donde su autor advierte:

“Se me podrá observar que 43 días no son suficientes para reconocer e informarse de todo lo necesario en un país que ha cambiado tan fundamentalmente su régimen social, político y económico. Pero yo responderé a eso que yo no fui a Rusia a buscar detalles, que para este objetivo no los necesito, fui solamente a constatar lo más fundamental, con lo cual se construirá el porvenir.

Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos efectivamente el poder político, con el cual garantice la conservación en sus manos del poder económico.

Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos la dirección del poder económico, con el cual irá construyendo su bienestar.

No fui en busca de menudencias y detalles. Para recoger lo fundamental me alcanzó el tiempo. Y pude ver con alegría, que los trabajadores de Rusia, tenían efectivamente en sus manos toda la fuerza del poder político y económico”.

En un libro titulado “Historia de Chile”, publicado en 1967 por el Instituto de Historia de la Academia de Ciencia de la URSS, se sostiene que “Luis Emilio Recabarren puede ser considerado el primer historiador chileno de la Revolución Socialista de Octubre”.

MARMADUKE GROVE: TIEMPOS DE MILITARES

Corría 1839 y el pequeño William Edward Grove tomaba la decisión de abandonar el puerto de Cork, ciudad irlandesa que servía entonces de residencia para buena parte de la familia Grove. Dejaba atrás la fama de los hermanos Robert y George Grove, el físico y el musicólogo, uno inventor de la pila que lleva su nombre y de la primera luz eléctrica incandescente que años más tarde perfeccionaría Thomas Alva Edison, y el otro creador del “Diccionario de la música y los músicos”, fuente obligada de investigadores de todo el mundo.

Cinco años atrás, el joven William había viajado a Londres para cursar estudios de medicina y ahora volvía a esa misma ciudad para abordar el bergatín “Mary” rumbo a Sidney, Australia. Desde allí daría la vuelta al mundo hasta encallar en Caldera, Chile. Aquel día, solicitaban en tierra un doctor de urgencia. William viajó así a Copiapó, ciudad devastada entonces por una epidemia de sarampión.

Entre las fosas comunes para evitar el contagio y los niños salvados de tamaña catástrofe, William Edward trabajó junto a una enfermera chilena, Ángela Ábalos, que ofició entonces como su asistente. Estabilizada la situación, la Marina chilena le informó al doctor que no podía quedarse tanto tiempo más si

no regularizaba papeles de residencia. El día que partió de vuelta a Londres, le prometió a Ángela volver la Navidad siguiente.

De vuelta en Cork, William le contó a sus hermanas que se había enamorado de una chilena. A ellas les encantó tanto la historia, que a una de sus sobrinas le pusieron de nombre “Ábalos”. En diciembre, el médico irlandés se despedía para siempre del bergatín “Mary”. Estaba parado sobre el muelle de Caldera, donde lo esperaba Ángela. Nunca más volvió a Europa.

Tuvieron nueve hijos. Tres de ellos, los varones, fueron llamados para combatir en la Guerra del Pacífico: Carlos, Juan y José Marmaduke. De los dos primeros nunca más se supo. El tercero regresó con su esposa Ana Vallejo y tuvo diez hijos, a quienes formó con valores éticos laicos y antidictatoriales, los mismos que lo llevaron a ser uno de los fundadores del Partido Radical, el más antiguo de los que existen hasta nuestros días. Estas mismas ideas lo obligaron al exilio en Argentina en medio de la Guerra Civil de 1891, donde vivió precariamente, dejando la familia a cargo del mayor de sus hijos, entonces con 13 años, Marmaduke Grove.

José regresó a Chile el año siguiente, enfermo, ciertamente discapacitado para cualquier actividad fuera de seguir siendo abogado de hombres pobres. Frente

a este adverso panorama, Marmaduke ingresó a la marina, ante la imposibilidad de seguir una carrera universitaria.

Una vez dentro, vivió varios episodios de conflictos con cadetes superiores. Le incomodaba que los novatos fueran objeto de burlas y se vulnerara tan gratuitamente su dignidad. Hacia noviembre de 1894, a días de recibirse como oficial de la Armada de Chile, los alumnos de la Escuela sumaban varias ocasiones en que recibían la comida en mal estado y, esa noche, el pan que recibían en sus bandejas estaba duro. Los jóvenes se acercaron a Marmaduke, que oficiaba de brigadier mayor, para denunciar el hecho. Incauto, Grove mandó a llamar al mismísimo director de Escuela para que comprobara el abuso que se cometía contra ellos. La llamada “sublevación del pan duro” terminó con la carrera de Grove en la marina, tras ser acusado de saltarse las jerarquías de la Armada⁵⁰.

Tres años después ingresa al Ejército. Su buena condición física, personalidad fuerte y experiencia lo destacan rápidamente al interior de la institución castrense. En esa oportunidad, el Presidente Federico Errázuriz solicitó una escolta especial para su viaje en “La Esmeralda”. Hasta Quintero llegó Marmaduke, donde embarcó junto a hombres que, si bien en esa oportunidad no cruzaron palabras, todos serían protagonistas de la historia nacional que se

⁵⁰ Brnčić, Moira. “Marmaduke Grove. Liderazgo ético”, Santiago de Chile, Ediciones Tierra Mía, 2003. Págs. 52-53.

escribiría en las próximas décadas: Carlos Ibáñez del Campo, Arturo Alessandri Palma y su futuro compañero, Arturo Puga Osorio.



Desde el triunfo conservador en la batalla de Lircay (1830) en adelante, Chile se diferenció de sus vecinos continentales por períodos presidenciales que comenzaban y terminaban sin mayores interrupciones, salvo la guerra civil que derrocó al Presidente José Manuel Balmaceda en 1891. Este imaginario de tradición democrática se fraguó y se mantuvo por el grueso de nuestra historia republicana hasta el golpe de Estado de 1973.

Sin embargo, hay otra de las excepciones importantes que echan por tierra el “mito democrático” chileno: el período que comprende entre 1925 y 1932, al que algunas corrientes historiográficas han decidido llamar “anarquía política” para describir un fragmento de nuestra historia que contempla el mayor número de derrocamientos y sucesivos cambios de gobierno en un período muy corto⁵¹.

Este tiempo también coincide con la irrupción de distintas facciones de militares en el escenario político, que años anteriores se había mantenido en las sombras, al alero de los partidos políticos tradicionales y como potestad del alto mando de las Fuerzas Armadas.

⁵¹ Op. Cit. Sagredo Baeza, Rafael. Págs. 13-15

Precisamente, es la oficialidad joven la que inaugura este nuevo ciclo político, luego de su pronunciamiento un 3 de septiembre de 1924, en las gradas del Congreso, que por esos años oficiaba en Santiago para dirimir la eventual aprobación de la dieta parlamentaria en el Senado. Conminados a retirarse del recinto, los oficiales arrastraron sus sables contra el mármol en señal de protesta por la lenta tramitación de leyes para mejorar las condiciones de los militares, situación que persistentemente criticaba el columnista Conrado Ríos en una serie de artículos publicados meses anteriores en el diario La Nación. Pero los oficiales no solo eran empujados por intereses corporativos, sino que también se vieron alimentados por la postergación de las llamadas “leyes sociales”, que buscaban circunscribir las relaciones laborales en un marco legal e integrar las necesidades de los trabajadores a la deliberación democrática institucional, todas reformas que figuraban entre las propuestas del Presidente Alessandri, pero que nada pudieron hacer frente a la ineficiencia de un sistema político parlamentarista que, por esos días, ya vivía su agonía⁵².

Luego de este episodio que la historia registró como “ruido de sables”, los 60 oficiales que se habían apostado en las gradas del Congreso, marcharon hasta el Club Militar de Santiago. Allí se terminaron por reunir 400 de ellos,

⁵² Millar Carvacho, René. “Significado y antecedentes del movimiento militar de 1924”, Historia nº 11, Santiago 1972-1973. Págs. 83-97.

aproximadamente⁵³. Tras recibir una serie de visitas durante la tarde, pasadas las 10 de la noche el Presidente Alessandri se entrevistó con tres de ellos, el capitán Valenzuela y los tenientes Pimstein y Contreras.

Lo que había comenzado como un movimiento militar espontáneo, conducido por tenientes y capitanes jóvenes desligados de la clase dirigente y en su mayoría miembros del Ejército, dio a luz a la Junta Militar y Naval que llegó a tener 41 miembros, luego de la adhesión de la Armada y la policía al movimiento. Esta Junta, que era presidida por el teniente coronel Bartolomé Blanche y contaba con una Comisión de Difusión Obrera encabezada por el capitán Carlos Millán, presentó un pliego de peticiones al gobierno el 5 de septiembre de ese mismo año.

El encargado de leer este manifiesto frente al Presidente fue el secretario de la Junta, teniente Alejandro Lazo. Cuando terminó la lectura, Alessandri llamó a sus ministros para discutir cómo enfrentar esta situación. Quien oficiaba entonces en la cartera de Interior, el profesor Pedro Aguirre Cerda, le aconsejó esperar a que llegaran todos los miembros del gabinete para discutir con ellos un plan de acción. Lazo ya había leído las peticiones por segunda vez y, ante la falta de reacción del Presidente, afirmó que solo tratarían con él y no con alguno de sus ministros. “*¡Vinimos a exigirle al Presidente, señor!*”, sentenció.

⁵³ *Íbid.* Pág. 103.

Ofendido por el teniente sublevado, Alessandri subió el tono y le espetó: *“Mi puesto y mi vida, dos cosas que poco me importan en este momento, están en manos de ustedes porque tienen la fuerza. Dueños son, si lo quieren, de arrebatarme y pisotear el tricolor nacional que mis conciudadanos me entregaron como insignia de mando. Pero hay algo para mí que vale mucho más que la vida y el puesto: mi dignidad personal. Esa la defiendo yo; es mía. Ustedes ni nadie me la pueden arrebatar; vale más que la vida, y la última palabra empleada me impide continuar en esta conferencia. ¡Hemos terminado!”*⁵⁴.

Según la esposa del teniente Lazo, a esta alocución el Presidente habría agregado *“¡Botas de mierda!”*, insulto que desencadenó la reacción de Lazo, quien saltó sobre Alessandri y lo comenzó a ahorcar. La situación estaba fuera de control. Nadie nunca había agredido de ese modo al Presidente. Tardaron bastante en sacarlo de encima de Alessandri, debido a su contextura física trabajada en años de oficios militares. Cuando finalmente lo lograron, el teniente retomó su compostura, dio media vuelta y abandonó el salón arreglándose la guerrera⁵⁵.

⁵⁴ Charlín, Carlos. “Del avión rojo a la República Socialista”. Editorial Quimantú, 1970.

⁵⁵ Op. Cit. Brnčić, Moira. Pág. 65.

Los 16 proyectos de ley contenidos en este pliego de peticiones y que durmieron durante largos meses en el Congreso, fueron aprobadas sin discusión tres días después y en un tiempo récord de 8 minutos. Entre las leyes aprobadas figuraban las ocho horas de jornada laboral, los límites del trabajo femenino e infantil, la creación de la Inspección del Trabajo, el seguro obligatorio contra accidentes, la creación de los tribunales de conciliación y arbitraje, entre otros.

Sin embargo, la Junta se negó a disolverse. Todo lo contrario, en los días previos había creado un Comité Ejecutivo que buscaba reunir a importantes comandantes de las Fuerzas Armadas que representaban a buena parte de los regimientos del país. Entre ellos figuraban el director de la Escuela de Caballería, Carlos Ibáñez del Campo, y el director general de la Escuela Militar, Arturo Ahumada. Luego este último abandonó la instancia, alegando en contra del trato que recibían del Presidente Alessandri y sus ministros. En vista de las circunstancias, asume esta tarea su subdirector, el teniente coronel Marmaduke Grove Vallejo, cargo que ocupaba desde 1918, tras el fallecimiento en Alemania del general José Barceló Lira.

Con todo, poco a poco la sublevación de la oficialidad joven fue dando paso a la alianza que históricamente han mantenido los altos mandos de las Fuerzas Armadas con la oligarquía, contraria al programa de Alessandri y que vio en

estos hechos la posibilidad de desplazar al Presidente del poder y frenar el proceso de reformas. Desde su posición en el Comité Militar, Marmaduke Grove fue denunciando esta situación en la prensa bajo el pseudónimo de “Ekud” (Duke, al revés), pero las palabras no fueron suficientes. El Comité Militar le pidió a Alessandri disolver el Congreso, ante lo cual se citó inmediatamente al Consejo de Estado, se promulgaron las leyes que aún estaban pendientes y el Presidente presentó la renuncia ante sus ministros.

El general Luis Altamirano, que desde el “ruido de sables” oficiaba como ministro del Interior en reemplazo de Pedro Aguirre Cerda, quien se encontraba exiliado en Europa, rechazó su renuncia y le sugirió pedir permiso constitucional al Congreso para abandonar el país, lo que Alessandri jamás hizo y tomando rumbo propio, se autoexilió en la embajada de Estados Unidos, donde le otorgaron asilo diplomático. Sin embargo, el Congreso le otorga de todas formas un permiso constitucional por seis meses.

Frente a estos hechos, Altamirano juró como vicepresidente y tomó el mando de una Junta de Gobierno que compuso en compañía del almirante Francisco Nef y el general Juan Pablo Bennet. Estos dos últimos también habían sido parte del gabinete de Alessandri tras la subversión militar, oficiando como ministros de Hacienda y Guerra y Marina, respectivamente. El 10 de septiembre de ese convulsionado año 1924, declararon:

“(…) al tomar a nuestro cargo la dirección de los negocios públicos, lo hacemos con el carácter provisional y transitorio que debe tener: que no aspiramos a otra cosa que a devolver cuanto antes la República al funcionamiento de sus instituciones; que no aspiramos ni aceptamos la perduración de un sistema militar de gobierno (…) garantizamos el orden público y pedimos a nuestros conciudadanos tranquilidad y cooperación”⁵⁶.

Al día siguiente, se dispone la disolución del Congreso Nacional. Sin embargo, a pesar de la Junta de Gobierno, continúa funcionando la Junta Militar, quienes ese mismo día publican un manifiesto que vuelve a posicionar los principios del movimiento militar y la necesidad de una Asamblea Constituyente que redacte una nueva Carta Fundamental:

“La miseria del pueblo, la especulación, la mala fe de los poderosos, la inestabilidad económica y la falta de esperanza en una regeneración dentro del régimen existente, habían producido un fermento que irritaba las entrañas de las clases cuya lucha por la vida es más difícil (…) Este movimiento ha sido fruto espontáneo de las circunstancias. Su fin es abolir la política gangrenada; y su procedimiento, enérgico, es obra de cirugía y no de

⁵⁶ Molina Johnson, Carlos (1989) “Chile: Los militares y la política”. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile. Pág. 106

venganza o castigo (...) No hemos asumido el poder para conservarlo. No hemos alzado ni alzaremos un caudillo, porque nuestra obra debe ser de todos y para todos (...) De creación y no de reacción es el momento. Nuestra finalidad es convocar a una libre Asamblea Constituyente, de la cual surja una Carta Fundamental que corresponda a las aspiraciones nacionales”⁵⁷.

El documento fue redactado por el propio Marmaduke Grove, y firmado por Bartolomé Blanche y Carlos Ibáñez del Campo. Si bien su publicación inquietó a la Junta de Gobierno, no logró atemorizar sus aspiraciones, principalmente porque el comandante Alfredo Edwing, director general de Carabineros, permitía mantener a raya a la oficialidad joven con su voto al interior de la Junta Militar.

Fue tal el poder que comenzó a acumular Edwing que se hizo correr una carta por todas las prefecturas ensalzando sus virtudes, ante lo cual él declaró no tener idea del asunto. En otra ocasión, sus adherentes convocaron a unos mil uniformados a Plaza Italia, con la finalidad de tomarse La Moneda. Sin embargo, Edwing no se presentó. Eran los primeros retazos de una carrera presidencial desconcertante, en medio de una democracia ya quebrada, con el Congreso disuelto y el Presidente en el exilio.

⁵⁷ Op. Cit. Pág. 107-108.



La relación de Marmaduke Grove con Carlos Ibáñez del Campo en los albores de 1924 es producto de las circunstancias. Ambos compañeros de armas quedaron posicionados en el espectro reformista de las instituciones castrenses. Mientras la Junta de Gobierno siguió gobernando una vez entrado 1925, los dos militares sostenían reuniones de manera clandestina, sumando a otros uniformados y políticos alessandristas. Para evitar sospechas, Marmaduke pidió su traslado a la guarnición de La Serena, así también lo hicieron varios militares que se dirigieron a distintos puntos del país.

Con el pie izquierdo enyesado tras un accidente vehicular, los clandestinos recogieron a Marmaduke a mediados de enero para que presidiera una trascendental reunión en el Regimiento Pudeto, donde se planificaría el derrocamiento de la Junta de Gobierno. Allí llegó pasada la 1 de la madrugada, donde lo esperaban una treintena de oficiales en el casino del regimiento. En la reunión no estaba Ibáñez, quien se excusó por tener asuntos de suma importancia que nunca fueron revelados. Avanzada la discusión, el debate se acaloró a la hora de decidir qué hacer con la vida de Altamirano. Era fuerte la posición de condenarlo a pena de muerte o incluso asesinarlo en el acto, por sus posiciones antidemocráticas. Grove llevó el debate a una perspectiva filosófica y motivó a los oficiales a reflexionar sobre el significado de quitarle la

vida a un hombre. Finalmente se decidió votar la decisión: balotas blancas si querían que Altamirano recibiera un juicio justo, mientras que las negras lo condenaban a muerte. Por solo dos votos, Altamirano retuvo su vida.

Las reuniones continuaron los días siguientes. Ibáñez llegó al final y argumentó que no se pudo sumar antes, debido a que la Junta de Gobierno lo seguía constantemente y deseaba despistar la vigilancia. El plan estuvo listo la noche del 22 de enero, a la misma hora que se realizaba un banquete de grandes proporciones, donde Ladislao Errázuriz era proclamado candidato a la Presidencia de la República por los conservadores.

La primera parte del plan consistía en llevar el Regimiento Pudeto a Santiago, sin embargo, hubo que apresar a un comandante y su ayudante entremedio, puesto que realizaría una visita esa misma mañana a los campamentos. La tarea fue encomendada al teniente Luco, quien junto a una patrulla del Regimiento Cazadores, los tomaron en las inmediaciones del río Mapocho y los internaron en el cerro San Cristóbal.

A las 6 de la mañana de ese 23 de enero, Pudeto comenzó a avanzar a Santiago. La Junta de Gobierno ya había sido informada y a las 4 de la tarde dispuso un cordón de policías para retener a los tenientes que avanzaban firmes a apoderarse de la residencia presidencial.

A las 5:30 de la tarde, Grove salió del ministerio de Defensa y penetró en La Moneda junto a otros 20 oficiales, entre los que estaba Ibáñez. En ese mismo instante, los regimientos Cazadores y Pudeto aparecieron por Morandé y rodearon el Ministerio de Guerra y La Moneda. Los Carabineros se sumaron a la causa.

El general Altamirano solo pudo constatar eficacia al ver que los miembros de la Junta de Gobierno eran prontamente reemplazados por miembros de la Junta Militar, como Pedro Pablo Dartnell y Emilio Ortiz Vega. Ibáñez les pidió la renuncia a todos sus miembros y una vez asegurado el palacio sin derramamiento de sangre, se envió un telegrama a Roma a Arturo Alessandri:

“En nombre de la oficialidad del Ejército saludamos al Presidente Constitucional de Chile y esperamos su pronto regreso. Marmaduke Grove, Carlos Ibáñez del Campo”⁵⁸.

Solo la Marina se opuso a la jugada de Grove e Ibáñez. Agustín Edwards MacClure, director de El Mercurio, cumplía un rol mediador y manejaba una minuta donde esta institución se oponía a los tres puntos de la nueva Junta de Gobierno: no querían el regreso de Alessandri, ni una Asamblea Constituyente,

⁵⁸ Op. Cit. Brnčić, Moira. Pág. 73

ni que quedara sin efecto la candidatura de Ladislao Errázuriz. Grove e Ibáñez ordenaron la clausura del Diario Ilustrado y asaltaron el Club de la Unión. Al día siguiente, la clase obrera organizada salió a las calles bajo la consigna “¡Todo nuestro apoyo!”.

Una vez que se anunció el regreso de Alessandri para la primera quincena de marzo de 1925, comenzaron a circular rumores sobre la acumulación de armas de los conservadores en distintos lugares de Santiago y zonas rurales. Carlos Ibáñez, que ya oficiaba como ministro de Guerra, realizó un operativo para allanar parroquias, fundos, conventos, colegios de la clase alta y nuevamente el Club de la Unión en búsqueda de armas.

La paranoia llegó a tal punto que para el día de la llegada de Alessandri, Ibáñez declaró Estado de Sitio. Pero el general solo estaba moviendo sus piezas, porque cuando el Presidente llegó a Montevideo, Uruguay, lo esperó una comitiva que tenía en sus manos las condiciones para retomar el poder: dejar a Ibáñez en un cargo ministerial, supeditar su mandato al Comité Militar, realizar una Asamblea Constituyente y obedecer plazos.

Al enterarse Grove de la jugada, aseguró a Alessandri que debe renunciar a toda injerencia en el gobierno, incluida la de las Fuerzas Armadas. Sus palabras fueron respaldadas por distintos miembros del Comité Militar, incluido Alejandro

Lazo, quien en otras circunstancias se había lanzado a golpear al Presidente de la República.

Los desencuentros entre Ibáñez y Grove no terminaban ahí y frecuentemente se sumaba Alessandri a estos líos. Existía recelo por las elecciones presidenciales, especialmente por la posibilidad de que emergieran candidaturas castrenses. El 30 de septiembre de ese año, Ibáñez recibió 800 firmas de ciudadanos que lo apoyaban en una futura candidatura. “Acepto el espontáneo ofrecimiento de las fuerzas sanas de la nación”, sentenció.

Ante esta jugada, Alessandri reunió a su gabinete para pedirle la renuncia a Ibáñez como ministro de Guerra si pensaba embarcarse en la carrera presidencial. Tras varias horas de discusión, el resultado fue totalmente impredecible: Renunciaron todos los ministros, menos Ibáñez, quien prometió hacerlo más adelante, para que luego, vía carta y esgrimiendo innumerables razones- ninguna de peso-, expresara que “no abandonaré, por ahora, el puesto”. La provocación motivaría la reacción de Alessandri, que nombra a Luis Barros Borgoño, su otrora rival en las elecciones de 1920, como vicepresidente, y renuncia a la presidencia de la nación.

Desde ahí Ibáñez comenzó a nutrir su currículum como hombre de conspiraciones, al mantenerse como pieza importante en el gobierno de

Emiliano Figueroa, donde ordenó la persecución de opositores hasta que finalmente se hace con el poder político.

El vuelo del avión rojo

Calculador y pragmático; parco y de pocos amigos, Ibáñez rápidamente deviene en un dictador personalista, que aplica en el Gobierno la lógica jerárquica castrense para imponer su voluntad. Por ello, desconfía de cualquiera que crea le pueda hacer sombra, entre quienes está Marmaduke Grove. Por el contrario, este se caracteriza por ser espontáneo, de palabra directa y penetrante. Además de sociable, dispuesto a la amistad y de reconocida rectitud moral, lo anterior hace que goce del respeto y sincero aprecio de sus compañeros de armas, que ven en su arrojo e impulsividad las cualidades de quien antepone el interés colectivo al personal. Consciente de ello, Ibáñez no tarda en sacarlo de la primera línea, enviándolo como agregado militar a Londres⁵⁹.

Estando en Europa, rápidamente llegan a los oídos de Marmaduke los atropellos en los que incurre Ibáñez, adquiriendo la certeza de que traicionó por completo los ideales de “la revolución” de 1924. “Creí en la rectitud y sanos

⁵⁹ Izquierdo, Gonzalo, Historia de Chile, Tomo III, Santiago, Editorial Andrés Bello, Pág. 32.

propósitos de Ibáñez como si hubiesen sido los míos”⁶⁰ , reconoció desengañado por esos días.

Entonces establece contacto con el selecto grupo de exiliados instalado en el viejo continente, entre ellos el propio Alessandri. Incluso participa en la firma del famoso pacto de Calais, lo que le cuesta ser destituido de su cargo y dado de baja del Ejército, al enterarse el dictador⁶¹.

Con los agentes de Ibáñez pisándoles los talones, el objetivo del documento deviene en un poco elaborado plan de acción, que ahora sin el peso del deber castrense lleva a Marmaduke a Argentina, donde se une a una célula alessandrista que fraguaba la conspiración.

La idea era llegar sorpresivamente a la ciudad de Concepción, donde con la ayuda de oficiales comprometidos se harían del control del regimiento Chacabuco. Luego paralizarían el comercio, las fábricas, y buscarían el apoyo de los trabajadores. Paralelamente, se levantarían los regimientos de Chillán, Iquique y Antofagasta, arrastrando en un efecto dominó a los del centro del país.

⁶⁰ Op. Cit. Brnčić, Moira. Pág. 95.

⁶¹ Reunión en dicha localidad francesa en la que participaron Arturo Alessandri, el general retirado Enrique Bravo, el mayor Carlos Millán, y Marmaduke Grove. Allí firmaron un acta en la que desconocían la legalidad del gobierno de Ibáñez y juraban recuperar la democracia y el imperio de la ley en Chile.

Ante la imposibilidad de salir de Argentina por el cierre de las fronteras producto de un golpe de estado local, el movimiento sufre una serie de contratiempos. Finalmente se echa a andar dos días después de lo pactado, con el despegue del mítico avión rojo con el que Grove cruzará la Cordillera de Los Andes.

Con una parada obligada en San Rafael, a las 16:30 horas del 21 de septiembre de 1930 aterriza junto al general Enrique Bravo en el Club Hípico de Concepción. Sin embargo, el recibimiento no es el que pensaban. De hecho no hubo recibimiento, dado que los encargados se habían aburrido de esperarlos. Entonces parten a las casas de dos oficiales que se suponía los llevarían al Chacabuco. Ambos ausentes e inubicables. Pese a todo, confiados en la nobleza de la causa el grupo de alzados decide ir al regimiento por su cuenta, para lo que arriendan un auto. Allí, como era de suponer, todo solo empeora.

José María Barceló, jefe de la guarnición y previamente comprometido en el movimiento, ahora está convencido de que será un fracaso, dado que el retraso en su inicio perjudicó el contacto entre los enlaces del resto del país. Además, reprueba la presencia de Grove en la avanzada golpista, e incluso había pedido que se quedara en Argentina por considerarlo, al igual que un sector del alessandrismo, “desatinado y loco⁶²”.

⁶² Op. Cit. Brnčić, Moira. Pág. 95

Al llegar a su regimiento, donde los conjurados ya habían anunciado que su presencia allí era “para terminar con la tiranía en Chile”⁶³, se niega a saludarlos y forma a la tropa. Viendo que todo está perdido, Bravo se desarma moralmente. Pero Marmaduke no está dispuesto a rendirse tan fácilmente, y desafiante se para atrás de Barceló para dirigirse a los presentes.

“¡Soldados y oficiales de mi patria: Somos chilenos y oficiales de este ejército, como vosotros que me escucháis! Hemos arriesgado nuestras vidas y abandonado a nuestras esposas e hijos en tierra extraña, para venir hacia vosotros y ayudaros a recuperar para Chile la tranquilidad, el respeto y la paz para el pueblo, esclavizado por un régimen tiránico que no respeta ningún derecho humano ni garantía constitucional”, dice con una solemnidad extraña a su habitual tono coloquial, para luego instarlos a “cumplir los preceptos de nuestra Constitución de 1925”⁶⁴.

Indignado, Barceló le grita “canalla”, y le pregunta cómo se atreve a hablar así en su presencia. Viendo que venía con la pistola desenfundada, Grove se parapeta en el pasillo de entrada del cuartel, y le responde seguro:

⁶³ *Ibíd.* Pág. 120.

⁶⁴ *Ibíd.* Pág., 122. A continuación se reproduce diálogo.

"¡Cuidado José María, que también estoy armado y sabes que disparo con mejor puntería que tú y podría herirte si lo quisiera, en tanto insistas en matarme!". Sin escucharlo el comandante jala del gatillo, pero solo para comprobar que su arma estaba descargada. Entonces, fuera de sí, se dirige hacia los soldados y ordena apuntar contra los sublevados.

Viendo que se podía terminar en una masacre, de improviso interviene el teniente Charlín, quien estaba a cargo de la tropa. Con extraordinaria firmeza el oficial, comprometido con los alzados, grita: "¡Alto! ¡Aquí nadie dispara! ¡Abajo las armas! ¡Descansen!". Logrando controlar la situación, luego ordenó que disolvieran la formación y se retiraran.

Con Barceló a merced de los conspiradores, en ese momento surgió un grito demoledor, proveniente del general Bravo: "¡Mátelo Marmaduke, mátelo y decidamos la revolución!".

Pero siguiendo el relato de Carlos Vicuña Fuentes, uno de los tripulantes del avión rojo, "Grove nunca había asesinado a nadie y mucho menos lo habría hecho allí, a menos de cuatro metros de distancia"⁶⁵. En ese momento Barceló se refugia al interior del cuartel, mientras que Marmaduke y los suyos hacen lo propio en la comandancia. Pese a haberse impuesto "al traidor", saben que la

suerte está echada. Tras unos minutos son detenidos y entregados a la Corte Marcial, que los relega a la Isla de Pascua.

Un año después, finalmente, cae la dictadura de Ibáñez; no víctima del arrojido de un grupo de aventureros ni de las maniobras de Alessandri, sino que de la crisis económica producto de la Gran Depresión que impactó al mundo, y en particular a Chile. La crisis sorprendió al general desprestigiado y sin el ímpetu inicial, y al mismo tiempo, al renunciar este, posibilitó el retorno de Grove al país.

Tras escaparse de Isla de Pascua a bordo de una goleta francesa, Marmaduke es indultado y vuelve con la fama del que lo arriesgó todo, -en un pésimo plan pero románticamente ejecutado-, para recuperar la libertad pisoteada por la dictadura. Para contrarrestar el arrastre que aún tenía Ibáñez en sectores de la oficialidad, entonces es nombrado comandante de la naciente Fuerza Aérea de Chile.

Sin embargo, el débil gobierno de Juan Esteban Montero ⁶⁶ rápidamente comienza a hacer aguas, y toma una franca actitud represiva contra las incipientes protestas obreras. Por esos días el pensamiento práctico de Grove experimenta una transformación, llegando a la conclusión de que el imperativo

ético de su vida pública ya no debe ser simplemente la recuperación de la democracia y el respeto al imperio de la Ley y la Constitución, sino que luchar por una transformación profunda de la sociedad: se declara socialista.

Ante todo hombre de acción, para ello no se pierde en discusiones teóricas. Descrito por sus compañeros como un “socialista instintivo”, que creía que el socialismo era la bondad, por aquella época expresó: “Yo sé de Marx sólo que fue un viejo con la barba larga, y sin embargo, soy más marxista que nadie”⁶⁷.

Nuevamente expulsado de las filas castrenses por sus actividades políticas, se decide a emprender la que será su última acción subversiva, encabezando el movimiento cívico-militar que se hará del poder instaurando una efímera República Socialista, la que durará sólo 12 días.

La mañana de ese 4 de junio de 1932, por las calles de Santiago circuló un panfleto que dio cuenta de la firme convicción del hombre llamado a “mandar el buque”, pero también de su sino como tierno y entregado luchador de causas tan necesarias como trágicamente perdidas: “La revolución se hará hoy, aunque llueva”.

⁶⁷ Millas, Hernán, “Habrás Visto”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993. Pág. 110.

EL LEÓN TODAVÍA RUGE: EL CASO TOPAZE

“Porque el destino manda más que la voluntad humana (...), era un imperativo y era menester obedecerlo sin consideración a nada ni a nadie...”

Arturo Alessandri⁶⁸.

Durante la mañana del 13 de enero de 1938, en la empresa de Imprenta y Litografía Leblanc se trabaja contra el reloj. Las prensas imprimen la edición número 285 de la revista de humor y sátira política Topaze⁶⁹, que debe estar en los quioscos al día siguiente. En el local de calle Monjitas 511, el proceso es supervisado por el director y dueño de la publicación, Jorge Délano Frederick, más conocido como “Coke”.⁷⁰

Durante la noche anterior, el periodista había recibido una llamada telefónica del prefecto de Investigaciones, Oscar Peluchonneau, quien le advirtió que si el

⁶⁸ Donoso, Armando. “Conversaciones con don Arturo Alessandri”, Santiago de Chile, Biblioteca Ercilla Nº 34, 1934. Pág. 61 - 63.

⁶⁹ Con un éxito rotundo, su primer número fue lanzado el 12 de agosto de 1931, pocas semanas después de la caída de la dictadura de Ibáñez. Tomó su nombre “prestado” de la obra de teatro francesa Topaze, -por entonces en la cartelera del Teatro Comedia de Santiago-, para tener propaganda gratuita. Pese al anticomunismo de su fundador, tuvo una línea editorial relativamente independiente.

⁷⁰ Destacado caricaturista político, funda la revista que con justicia llegó a ser considerada “el barómetro de la política chilena”. Con múltiples intereses, además fue pionero del cine nacional, dirigiendo la primera película hablada de Sudamérica. También desarrolló una carrera como pintor, campo en que destacó como retratista, logrando captar, según los entendidos, “la psicología” de sus modelos. Varios importantes retratos de Alessandri son de su autoría. En 1964 recibió el Premio Nacional de Periodismo, categoría “Dibujo”.

número traía alguna caricatura “que sea mortificante”⁷¹ para el Presidente de la República, procedería a requisarlo completo por instrucciones del intendente de Santiago, Julio Bustamante.

Para el director de Topaze la situación no es nueva, por lo que no se sorprende cuando, sin orden judicial, dos detectives del servicio “Político-Social”⁷² irrumpen en el local, llevándose un par de revistas recién impresas. Luego los funcionarios parten a la Intendencia⁷³, donde le entregan los ejemplares secuestrados a la autoridad. Tras una rápida ojeada, la conclusión de los censores es determinante: la última edición del “barómetro de la política chilena” no puede llegar a las calles.

A las 3 de la tarde se presenta una denuncia por injurias y desacato ante la Corte de Apelaciones de Santiago, la que de inmediato designa al ministro Miguel Aylwin como juez instructor⁷⁴. Pero la premura del Gobierno es superior a los tiempos judiciales, puesto que sabe que las primeras revistas ya están embaladas y dispuestas para ser enviadas fuera de la capital.

⁷¹La Hora, 14 de enero de 1938.

⁷² Sección de la Dirección de Investigaciones, cuerpo policial dependiente del Ministerio de Interior, y antecesor de la actual Policía de Investigaciones. Su función era detectar y perseguir eventuales complots o atentados contra la autoridad.

⁷³ Ibídem.

⁷⁴ La Hora, 14 de enero de 1938.

Para evitar la distribución de los ejemplares, un par de detectives bloquea la salida de la imprenta. Poniéndolos a prueba, Délano intenta sacar del local un puñado de ellos, indicando que corresponden a los que debe llevar a la Biblioteca Nacional. Sin embargo, los agentes se lo impiden. Indignado, va en búsqueda de un notario que pueda dar fe de la situación, quien a las 16:15 corrobora la actitud de los policías. Al preguntarles si poseen un escrito judicial que la avale, solo se remiten a contestar que cumplen “órdenes superiores”.⁷⁵

Paralelamente, el juez Aylwin se constituye en el Primer Juzgado del Crimen para analizar los antecedentes. Antes de que emita cualquier orden, a eso de las 7 de la tarde Investigaciones actúa “por su cuenta y riesgo”⁷⁶, e incauta los cerca de 19 mil 500 ejemplares impresos. Momentos después el magistrado despacha el documento que mandata la acción policial, y cita a declarar al director de Topaze.

Es el propio Peluchonneau quien encabeza la requisa de las revistas, procedimiento tras el que le pide a Délano “acompañarlo” hasta los Tribunales. Estando a bordo de su auto, las protestas del periodista resultan inútiles.

⁷⁵ La Hora, 15 de enero de 1938.

⁷⁶ La Hora, 14 de enero de 1938.

“Yo soy un modesto 'barómetro de la política chilena'. Los que se encolerizan con mis caricaturas proceden en forma tan desatinada como pudieran hacerlo aquellos que arremetieran contra un barómetro cuando su puntero anuncia tempestad”⁷⁷, alega Délano.

“Yo no hago más que cumplir órdenes superiores”, contesta el inspector, conocido en el ambiente como “Pelucho”. Inconforme con su contestación, “Coke” insiste: “cuando las órdenes impartidas son arbitrarias, hieren al que las da y a los que las cumplen”. Imperturbable, el prefecto solo argumenta que en el número requisado hay una caricatura que resulta “muy ofensiva para Su Excelencia”.

A eso de las nueve de la noche, ya con el acusado en su despacho, el juez toma lentamente un ejemplar de Topaze, y apunta con el dedo sus páginas centrales. En ellas se puede ver un famélico león de circo pobre, dominado por el látigo de un personaje con los rasgos del mayor enemigo político de Alessandri, quien acaba de regresar al país con la intención de sucederlo en La Moneda: Carlos Ibáñez del Campo. “¿Ha sido su intención personificar al Presidente de la República en la figura de este león?”, pregunta el magistrado. La ironía con que Délano le contesta daría cuenta de que el proceso que

⁷⁷ Délano, Jorge, “Yo soy tú”, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1966. Pág. 261. En su autobiografía, Délano relata el diálogo que sostuvo camino a tribunales con Peluchonneau.

comienza no resultará nada fácil: “Me sorprende que Su Señoría suponga que Su Excelencia pueda ser representado por un animal”⁷⁸.



Formado en la política de salones de la oligárquica República Parlamentaria, durante su gestión como senador de Tarapacá, -a mediados de la segunda década del siglo XX- Arturo Alessandri rompió con el mundo en que se fogueó públicamente. Sabiendo recoger el “ánimo político” de su tiempo, logró posicionarse como el hombre capaz de refundar el Estado, cuya arquitectura institucional se veía desbordada por crecientes demandas sociales.

Con el objetivo de encarnar los ideales de cambio y justicia de una sociedad asqueada con la lenidad de su clase política, “El León de Tarapacá”⁷⁹ asumió una campaña presidencial recogiendo el sentir de las capas medias emergentes, y de sectores populares que comenzaban a organizarse en sus propios referentes políticos.

⁷⁸ Délano, Jorge, op. cit. 262

⁷⁹ Apodo que Alessandri heredó del poeta, ensayista y periodista radical Víctor Domingo Silva, quien tras cederle su lugar como candidato a senador por la zona, desde el periódico La Provincia de Iquique apoyó fervorosamente su campaña, durante el año 1915.

“En los momentos actuales, la humanidad entera atraviesa por uno de aquellos grandes periodos que marcan una gran transformación social; asistimos, ciertamente, al nacimiento de un nuevo régimen, y es ciego y sordo quien no quiera verlo y sentirlo”⁸⁰, dijo al ser proclamado por la Alianza Liberal⁸¹.

Como candidato utilizó un discurso frontal y avasallador, extraño para la fría formalidad de la política chilena. “Yo no doy ni pido cuartel”⁸², lanzó cada vez que fue criticado por la prensa oficialista. Cuando la derecha lo calificó como un demagogo peligroso, se defendió de la mejor manera que sabía hacerlo: atacando. “Quiero ser amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria: esos son los propagandistas del desconcierto y del trastorno. Yo quiero ser amenaza para los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho”⁸³, expresó entonces.

Poseedor de una retórica aventajada, Alessandri adaptaba sus palabras al público que se dirigía, usando un lenguaje sencillo y directo cuando le hablaba a los trabajadores. Igual de fácil le resultaba expresar una idea con la más

⁸⁰ Donoso, Armando, “Conversaciones con don Arturo Alessandri: anotaciones para una biografía”, Biblioteca Ercilla, Santiago de Chile, 1934. Pág. 434.

⁸¹ Conglomerado integrada por los partidos Liberal Doctrinario, Radical y Demócrata, más otras fracciones liberales.

⁸² Gonzalo Vial, “Historia de Chile”, Tomo I, Editorial Santillana, Santiago de Chile, 1981. Pág. 317.

⁸³ Alessandri, Arturo, “Recuerdos de Gobierno”, Tomo I, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1952. Pág. 404.

simple de las parábolas en alguna apartada estación ferroviaria, como argumentar la necesidad de impulsar un programa de cambio en un auditorio refinado. En todos los espacios, sin embargo, la idea central era la misma: hacer reformas sin violencia ni subvirtiendo el orden; avanzar en justicia social pero sin sobrepasar la ley. De ser insuficiente, la legislación debía ser cambiada dentro del ordenamiento institucional⁸⁴.

Con los humildes, que fueron la base de su arrastre electoral, además usó elementos emotivos. “Solo el amor es fecundo, el odio nada engendra”, repetía en sus concentraciones⁸⁵. Aunque nadie sabía bien qué pretendía decir, -dado que no hubo discurso en que no demoliera verbalmente a sus rivales-, con ello se dotó de aires mesiánicos, que le ayudaron a crear un vínculo directo con el pueblo y convertirse definitivamente en un líder carismático⁸⁶.

⁸⁴ Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, “Arturo Alessandri Palma y su época: Vida, política y sociedad”, Ediciones Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago de Chile, 2012. Pág. 31.

⁸⁵ Según Julio Heise, en Tarapacá Alessandri “descubrió la fuerza insospechada de la agitación popular y la nota afectiva para despertar en las masas la voluntad de lucha. Echó mano de eficaces símbolos, términos y frases, como ‘la canalla dorada’, ‘el odio nada engendra, sólo el amor es fecundo’, ‘con el corazón en la mano’, y otras fórmulas que, sin duda, desencadenaron emociones e incitaron al fortalecimiento del compromiso social de los trabajadores”. Ver Heise, Julio, citado en Álvarez García, Marcos, “Líderes políticos del siglo XX en América Latina”, LOM Ediciones, Santiago, 2007, Pág. 108.

⁸⁶ Cumple fielmente con lo propuesto por Max Weber, en cuanto a que utilizó como fuente de legitimidad social su “poder carismático, basado en la sumisión casi afectiva a la persona de un jefe, ‘conductor de hombres’”. Ver Pinto, Julio; Salazar, Gabriel, “Historia contemporánea de Chile”, tomo II: actores, identidad y movimiento, Editorial LOM, Santiago de Chile, 1999. Pág. 14.

El relato de José González Vera resulta decidor: “Arturo Alessandri, hombre de voz cálida, hecha de templado metal, que podía hablar tres o cuatro horas seguidas, cuya gesticulación era tan elocuente como sus palabras, de un poder de simpatía no superado por ningún otro chileno; vehementísimo, especie de mago que transformaba las frases comunes y las ideas más atrocemente manidas, en oro puro”.⁸⁷

Con un inédito escenario electoral a su favor, a poco andar Alessandri se posicionó como el casi seguro ganador de la elección de 1920. Entonces, sus principales enemigos fueron el cohecho y la falta de garantías de que su triunfo fuese respetado por la clase dirigente.⁸⁸ Ante ello “El León” apeló a la movilización de masas, dando a lo largo de Chile discursos cargados de épica que, además de reforzar el compromiso emocional de sus adherentes, demostraban a la oposición su poder de convocatoria. Muchas de las arengas las hizo desde el balcón de su propia casa, creando una nunca antes vista agitación callejera en torno a una carrera presidencial.

⁸⁷ González Vera, José, citado en Castedo, Leopoldo, Chile: vida y muerte de la República Parlamentaria, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 1999, p. 234.

⁸⁸ La ausencia de una “cédula única”, - cada partido en cada provincia imprimía sus papeletas electorales -, hacía común la compra de votos, práctica que si bien transversal favorecía en mayor medida a la derecha. En torno a Alessandri se organizó la “Liga contra el cohecho”, que emprendió una campaña para concientizar a los trabajadores. “Vender tu voto es vender tu patria”, rezaba el más común de los volantes que se repartió. Ver Serrano, Sol, “Arturo Alessandri y la campaña electoral de 1920”, en “7 ensayos sobre Arturo Alessandri”, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago de Chile, 1979. Pág. 109.

Pese a intentos de última hora para impedirlo⁸⁹, en diciembre de 1920 ocurrió lo inevitable y Alessandri logró una estrecha victoria electoral.⁹⁰ Con más fuerza que nunca, entonces los acordes de su jingle de campaña, basado en la canción mexicana de moda, aparecieron por todas partes, y con ellos la seguridad de que se derrumbaba el oligárquico Chile decimonónico: “Ay, ay, ay, ay, Barros Borgoño⁹¹, apróntate que Alessandri, cielito lindo, te bajó el moño...”.

El origen: Ataca “El León” e Ibáñez de defiende

30 de diciembre de 1937. Arturo Alessandri asiste a un almuerzo en la Escuela de Aviación, lugar en el que se apresta a dar un discurso que tendrá insospechadas consecuencias. Si bien su visita se enmarca en un homenaje a los nuevos pilotos de guerra de la institución⁹², en la mente del Presidente solo ronda un nombre: Carlos Ibáñez del Campo. Hace unos meses el ex general regresó al país tras su exilio en Argentina, con la aspiración de volver a La Moneda.

⁸⁹ Ver crónica anterior.

⁹⁰ En la época los ciudadanos votaban por electores, quienes a su vez elegían al Presidente. El Tribunal de Honor concluyó que Arturo Alessandri contó con 177 a su favor y Luis Barros Borgoño con 176, dándole el triunfo. Después el Congreso Nacional ratificó la decisión.

⁹¹ Candidato de la Unión Nacional, integrada por el Partido Conservador, Liberal Unionista, el Liberal Democrático (o Balmacedista) y el Nacional.

⁹² Declaraciones extraídas de Revista Hoy, 6 de enero de 1936.

Aunque asegura que esta vez llegará al poder por las urnas, para el mandatario su rival carece por completo de credenciales democráticas. Sabiendo además que su base de apoyo político está disminuida, teme que intente un golpe con sectores de las Fuerzas Armadas, destruyendo así su anhelo de haber logrado, al terminar su mandato, el “restablecimiento definitivo del orden público basado en el respeto a la Constitución”⁹³.

Con todo, a Alessandri le atormenta la sola posibilidad de que su eterno adversario emerja como candidato presidencial de la oposición, y él no es hombre de tolerar en silencio semejante escenario. Por tanto, cree propicia su visita a la Escuela de Aviación para sondear el arrastre de Ibáñez en las filas castrenses, y de paso intentar desprestigiarlo frente a sus pares.

Para ello, al comenzar su discurso señala cómo encontró el país al asumir nuevamente el Gobierno. “En la pampa, las salitreras habían apagado sus fuegos, los obreros habían recogido sus herramientas y emigraban hacia el sur en busca de trabajo que les diese pan, techo y abrigo (...) Frente a este hecho en el orden material había otro aspecto bastante serio y que sería para mí el

⁹³ Palma, Arturo Alessandri, “Recuerdos de gobierno, Administración 1932-1938”, tomo III, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1967. Pág. 18.

más doloroso. Había en el país una atmósfera de plomo contra las fuerzas armadas”⁹⁴, asegura.

Luego, relata su periplo tras renunciar a la Presidencia en 1925, arrinconado por el creciente poder del entonces coronel Ibáñez: “De la noche a la mañana se allanó mi modesto hogar, se me arrancó del seno de mi familia, se me arrancó del suelo de mi patria”.

Hecho el cuadro, el Presidente pasa al ataque directo. “Estas cosas me han pasado, señores, y comprenderéis vosotros, en consecuencia, que me alarme y defienda cuando veo que hay quienes pretenden hacer volver a la Presidencia de la República al responsable de estos hechos delictuosos, y que en el poder abatió definitivamente los principios fundamentales de la democracia, suprimiendo todas las libertades y todos los derechos ciudadanos”, lanza con firmeza.

Al concluir, Alessandri justifica su intervención aludiendo al principio que, una vez publicado el discurso en los medios, sus adversarios asegurarán ha violado sin pudor⁹⁵: “He querido desahogarme, y al defender a las Fuerzas Armadas, lo hago porque no acepto la política en ellas, y perseguiré con mano incansable a

⁹⁴ La Nación, 31 de diciembre de 1937.

⁹⁵ Revista Hoy, 6 de enero de 1938.

los que pretendan hacer propaganda política en sus filas, y a los que levanten candidaturas presidenciales de cualquier orden”.

Seis días después del polémico discurso, Ibáñez escribe una carta abierta que es publicada por la prensa opositora, en la que rechaza en forma y fondo las palabras del Presidente. “El señor Alessandri, movido hoy como ayer y como siempre, por el impulso de sus odios incontrolados, ha creído patriótico y discreto, al amparo del título que inviste, trasladarse a una unidad de las fuerzas armadas para hablar al país”, comienza en la misiva⁹⁶.

En el texto asegura que no es su ánimo hacerse cargo “de los gastados recursos que el señor Alessandri usa para procurar herirme”, dado que el país “lo viene oyendo desde hace años y posee ya una opinión formada sobre la verdad y la sinceridad de sus argumentos”.

Con tono despectivo, Ibáñez plantea que no tiene la obligación de contestar “alusiones que, por la frecuencia con que se repiten, parecen responder a un imperioso afán de justificación de la conciencia”, pero que es necesario señalar que “ni las calumnias, ni las persecuciones podrán en adelante arrancar del

⁹⁶ Declaraciones publicadas en La Hora, del 5 de enero de 1938 y revista Hoy, número 321, del 13 de enero de 1938.

alma del pueblo la convicción de que serví sus intereses y luché por darle al bienestar a que tiene derecho”.

Destacando que el mandatario “ha anunciado en su discurso el propósito de defenderse en contra de quienes pretendan levantar mi nombre como candidato a la Presidencia de la República”, Ibáñez pregunta: “¿de qué medios piensa valerse para lograr su apasionado objetivo?”.

“No tendría otro recurso para lograrlo que la intervención electoral”, sentencia el ex militar, para luego advertir, al final de su texto, que “sin temor a sus amenazas, nada podrá impedirme prestar mi concurso a las fuerzas de oposición de mi país”.

Conociéndose el fuerte carácter del “León”, para todos resultaba inminente que protagonizara entonces una nueva ofensiva pública, esta vez frente a la respuesta de su rival.

A la espera de su arremetida, la disputa se traslada a la prensa. Mientras “El Imparcial” rechaza el que Alessandri inmiscuyese a los militares en cuestiones políticas⁹⁷, “La Nación”, presidida por el general en retiro y amigo del

⁹⁷ Donoso, Ricardo, Alessandri, Agitador y Demoleador, “Cincuenta años de historia política”, Tomo II, México D.F, 1954. Pág.225.

Presidente, Enrique Bravo, asegura en su editorial que el mandatario actúa correctamente al “impedir, por todos los medios a su alcance, que la delincuencia política vuelva a enseñorearse del Gobierno del país”⁹⁸.

Sin embargo, los días pasaron y el Presidente, quien nunca fue amigo de la parquedad, se mantuvo en sepulcral silencio. Al parecer, advirtió que su discurso había provocado malestar en el mundo militar, además de contrariar su propia posición en torno a mantener la política alejada de los cuarteles. Pero pese a su resolución de optar por la cautela y ponerle paños fríos al asunto, a partir de él un nuevo incidente, de mayores proporciones, estaba a punto de estallar.



Según la tradición, tras su primer gobierno Alessandri acuñó una frase que daría cuenta de las dificultades que enfrentó estando en el poder: La Moneda es “la casa donde tanto se sufre”.

Embarcado en un ambicioso programa de cambio, la inercia del sistema institucional tuvo al grueso de sus proyectos sociales empantanados en el Congreso. Como una olla a presión a punto de estallar, las incumplidas

⁹⁸ La Nación, jueves 6 de enero de 1938,

demandas sociales encontraron solución de la mano de un grupo de oficiales subalternos del Ejército, quienes a comienzos de 1924 protagonizan el decisivo “Ruido de Sables”⁹⁹. Luego forman un “Comité Militar” para presionar a los parlamentarios, y formalizar ante el Presidente sus reivindicaciones.

Buscado una salida a la crisis, Alessandri incluyó a las Fuerzas Armadas en su gabinete, tras lo que en solo horas el Senado despachó 16 de las iniciativas pendientes. Pese al inesperado avance de su programa, para el mandatario la situación dio cuenta del profundo deterioro del sistema democrático. “El país no puede vivir, no puede progresar, no puede crecer ante el desgobierno, la anarquía y la descompaginación que produce el funcionamiento atrofiado de su régimen parlamentario, y la reacción debe venir y vendrá”¹⁰⁰, escribió.

La cautela del Presidente se justificó plenamente en septiembre del mismo año, cuando el Comité Militar, que aún seguía en funciones, le exigió que disolviera el Congreso para llamar a una Asamblea Constituyente. Sabiendo que en la práctica ya no ejercía el poder, Alessandri renuncia y parte al exilio, reemplazándolo en La Moneda una Junta Militar. Dicha formación de facto, integrada por uniformados de alto rango, contó con el apoyo de sectores

¹⁰⁰ Alessandri, Arturo, citado en Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, op. cit. Pág. 109.

conservadores que se habían apuesto a su figura, desplazando del protagonismo a la oficialidad joven que comenzó el movimiento.

Lo anterior, sumado a la continuidad del inmovilismo político en los meses siguientes, creó las condiciones para que se organizara un grupo cívico-militar que exigió el retorno de Alessandri, el que culminó con un Golpe de Estado protagonizado, entre otros, por el comodoro Marmaduke Grove y el coronel Carlos Ibáñez del Campo¹⁰¹. Este último después fue nombrado como ministro de Guerra, cuando fijando como exigencia que se redactara una nueva Constitución dentro del marco institucional, Alessandri volvió al país y retomó sus funciones.

La nueva Carta consagró en buena medida el pensamiento político del mandatario, quien participó activamente en su redacción. Cumplida su tarea, y ya ad portas de que comenzara una nueva carrera presidencial, Alessandri les pidió a sus ministros precandidatos que dejaran sus cargos, para dar garantías sobre la transparencia del proceso electoral. Sin embargo, en abierta subordinación Ibáñez se negó públicamente, lo que para el Presidente constituyó en la práctica un nuevo Golpe de Estado. Ante ello, renunció otra vez

¹⁰¹ Ver crónica anterior.

a la primera magistratura, iniciándose un período de inestabilidad democrática que no terminaría hasta que volviese a conducir los destinos del país¹⁰².

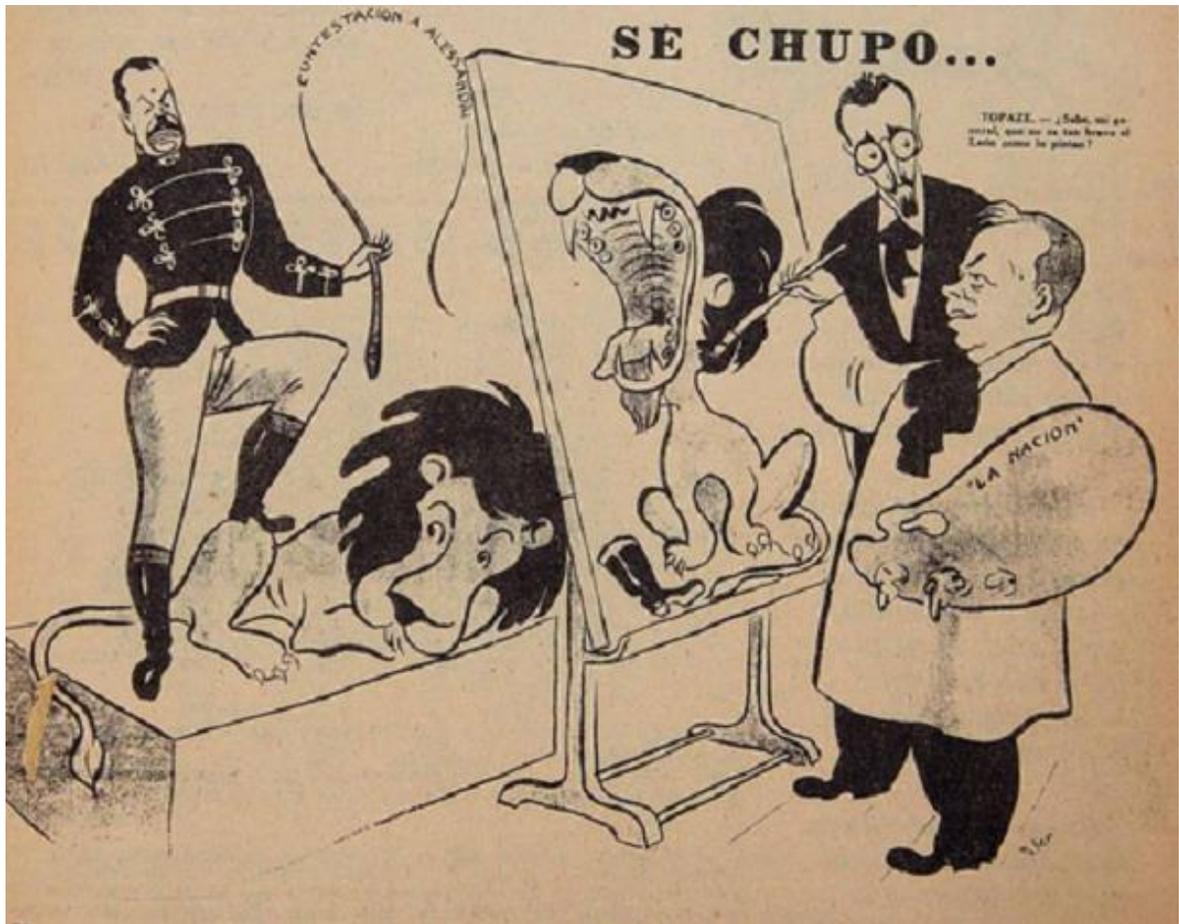
El proceso Topaze

El rumor de que el Presidente se había “acobardado” no podía ser dejado pasar por la revista Topaze, por lo que Délano se aboca a idear una ilustración que grafique la polémica. Una vez con su boceto listo, le encarga al dibujante Mario Torrealba, alias Pekén, que concrete la idea en la caricatura que se publicará en el número 285.

La viñeta resultante, concuerdan en la redacción, capta en tono “topázico” las murmuraciones políticas del momento. Titulada en forma aguda e intencionada “Se chupó”, en ella aparece Enrique Bravo pintando un fiero león, que en el lienzo ruge amenazante. Sin embargo, el “modelo” que ocupa es un felino en los huesos, que además está sometido bajo la bota de Ibáñez, quien viste

¹⁰² Como Vicepresidente Ibáñez lanza su candidatura presidencial, la que en una carrera que corre solo “gana” con la mayoría absoluta de los votos. Entre 1927 y 1931 gobierna como un dictador que no acepta oposición alguna, deportando a todos quienes lo enfrenten, incluido Alessandri. Tras caer agobiado por la crisis económica, se inicia un periodo de caos institucional, donde en un año y medio ocurren una decena de sucesiones presidenciales y cuatro golpes de Estado.

como domador. A un costado, el “Profesor Topaze”¹⁰³ le hace notar al director de La Nación la diferencia entre ambos animales: “¿Sabe, mi general, que no es tan bravo el León como lo pintan?”.



Aunque Délano había tomado la precaución de que se ilustraran los leones sin ninguna característica facial de Alessandri, antes de que la publicación saliera de imprenta ya había desatado las iras de Palacio. Indignado, el Presidente le

¹⁰³ Personaje principal de la obra “Topaze” y de la revista homónima, es un maestro que aparentando ser ingenuo resulta más perspicaz de lo que todos piensan. En la publicación es adaptado como un observador crítico, y a veces cínico, de los hechos políticos nacionales. Con el tiempo es “desplazado” del protagonismo por “Verdejo”, representación del pícaro “roto chileno”, menos instruido pero más honesto y optimista.

encarga a la Fiscalía que entable una querrela contra los responsables por injurias y desacato¹⁰⁴.

Bajo la estrenada Ley de Seguridad Interior del Estado, el acusador público pide 5 años de cárcel para el director de Topaze, además de la incautación de la edición incriminada y 10 pesos de multa¹⁰⁵. Justo unas horas antes de que llegasen a las calles, el 13 de enero obtiene la orden para el requisamiento de todos los ejemplares que llevan la caricatura, disposición a la que se adelantó Investigaciones.

Sólo tres semanas después, el ministro sumariante dicta su fallo. Moderando las inquisitoriales pretensiones de la Fiscalía, condena a Délano por el curioso delito de “desacato en grado de tentativa”, sentenciándolo a pagar una multa de 500 pesos. Además, confirma la incautación definitiva de los números de Topaze¹⁰⁶.

En los días siguientes el condenado apela al fallo, y acusa en la prensa que la reacción del Gobierno se debe a que ha sido crítico a la candidatura presidencial de Gustavo Ross, ex ministro de Hacienda de Alessandri: “El motivo verdadero de por qué las iras del Altísimo se han desencadenado sobre

¹⁰⁴ Alessandri, Arturo, op. cit. Pág. 89.

¹⁰⁵ Revista Hoy, 3 de marzo de 1938.

¹⁰⁶ Donoso, Ricardo, (“Alessandri, Agitador y...”), op. cit. Pág. 228

Topaze, no es otro del que todo el mundo sabe y comenta: su antirrossismo". Luego cuestiona la utilización de la Ley de Seguridad Interior del Estado. "¡Toda la institucionalidad gubernamental tambaleándose por causa de los monos de Topaze! ¿Hay algo que llame más a la risa que esa suposición?"¹⁰⁷, lanza en una columna.

Con el apoyo de la prensa de oposición¹⁰⁸, y bajo el alero del abogado Arturo Natho, la acción interpuesta por Délano logra revertir el fallo del juez Aylwin. El 23 de febrero tres de los cuatro ministros de turno de la Corte de Apelaciones niegan que existiese la intención de alterar el orden público, y que en ese marco se configurara el delito imputado. Por tanto, absuelven a Coke de toda responsabilidad penal y disponen la restitución de todos los ejemplares confiscados¹⁰⁹.

De inmediato Délano se dirige junto a sus colaboradores a los sótanos de Tribunales, donde ponen las revistas en carretillas y se las llevan triunfantes

¹⁰⁷ La Hora, 18 de enero de 1938. Publicada bajo una "inserción".

¹⁰⁸ Los diarios La Opinión, Trabajo y La Hora, le dieron una amplia cobertura a los hechos, hablando desde el comienzo de un atropello a la libertad de prensa. Este último medio, incluso, recolectó con sus lectores fondos para pagar la fianza de Délano. Por su parte, El Mercurio, el Diario Ilustrado y La Nación, entre otros, prácticamente no lo abordaron, solo llevando en sus secciones policiales "breves" con las respectivas resoluciones. En sus páginas, además se insinuó que todo era "una comedia" fraguada por los dueños de Topaze para tener publicidad. El diario Claridad tuvo la actuación periodística más notablemente desacertada, acusando que se trataba de un complot contra Ibáñez y Ross.

¹⁰⁹ La Hora, 24 de febrero de 1938.

hasta las oficinas de la publicación, ubicadas en calle Moneda N°1367, a un par de cuadra de Palacio.

Enterado de la resolución, el Presidente de la República monta en cólera, y ordena al intendente de Santiago, al verse “tan injustamente ofendido y sin medios para repeler la ofensa”¹¹⁰, que la Policía de Investigaciones vuelva a requisar las revistas, pero esta vez para hacerlas desaparecer fuera de toda ley.

La tarde del 23 de febrero Coke percibe una serie de movimientos extraños frente al local de Topaze. Entre quienes detecta que vigilan la redacción está el inspector “Pelucho”, quien pasa por delante y momentos después vuelve con la solapa levantada, intentando ingenuamente no ser reconocido. Al llegar a su casa, Délano distingue a otro grupo de sujetos extraños en la calle, con lo que se convence de que “se nos preparaba una sorpresa”¹¹¹. Por ello le pide a su ayudante, Sixto Maldonado, que se quede a dormir en la revista para que “al primer síntoma inusitado me llamara por teléfono”¹¹².

A las 4 de la mañana tocan con fuerza la puerta que cuida el joven. Al acercarse a preguntar quién es, desde afuera le dicen: “Abran, deseamos comprar un

¹¹⁰ Alessandri, Arturo, op. cit. Pág. 89.

¹¹¹ Délano, Jorge, op. cit. 263

¹¹² *Ibíd.*

número de la revista que saldrá hoy”¹¹³. Como respuesta, el mozo les tira un número por debajo de la puerta, y temeroso les pide que se vayan.

“Somos policías y traemos orden de la Intendencia y de nuestros superiores de allanar y requisar la revista”¹¹⁴, anuncian ahora los agentes. Sin embargo, Maldonado les dice que no abrirá si no vienen con un carabinero que de fe de ello. Minutos después, los asaltantes vuelven con un uniformado, quien corrobora lo que le dicen. Pese a lo anterior, el joven se niega terminantemente a abrir. Entonces uno de los asaltantes, que sumaban la docena, se las arregla para trepar hasta el tragaluz del edificio, y luego ingresa a la oficina de Topaze haciendo volar su candado con un fierro.

Luego el agente abre por dentro la puerta principal, dando paso a sus compañeros. El grupo procede a reducir al joven mozo, cortar la línea telefónica, y entregarse al saqueo. Tras revolverlo todo, tirar sillas, libros y arrancar los cuadros de la pared, -incluida una ampliación de “Se chupó” utilizada en el proceso judicial-, se retiran llevándose todos los ejemplares del número 285 de Topaze, además de varios bocetos y originales con caricaturas de Alessandri.

¹¹³ La Hora, 25 de febrero de 1938.

¹¹⁴ *Ibidem*.

Enterado de los hechos, Délano de inmediato parte a interponer una denuncia, la que le corresponde conocer al juez del Segundo Juzgado del Crimen, Pellegrin Sepúlveda.

Al medio día el director es llamado al despacho del intendente de Santiago, Julio Bustamante, quien para tantear su estado de ánimo y conocer hacia dónde apuntan sus sospechas, le dice que lamenta lo sucedido. Pero el director de Topaze tiene la certeza de que siguiendo órdenes de Alessandri él está detrás del atropello, y adivinando el destino de sus revistas, lo acusa directamente.

“Usted mandó quemar la edición anoche”¹¹⁵, lanza con firmeza, frente a lo que el aludido lo trata de “insolente” y lo emplaza a probar su afirmación. “¡Y si no lo hace lo voy a meter preso!”¹¹⁶, agrega desafiante. Habiéndose jugado todas sus cartas, “Coke” se decide a confirmar si su “tincada” es real.



Arturo Alessandri vuelve a la Presidencia el año 1932, presentado inicialmente como candidato del Partido Radical. A poco andar también le dan su apoyo la

¹¹⁵Délano, Jorge, op. cit. 264.

¹¹⁶ *Ibidem*.

mayoría de los militantes del Partido Demócrata. Aunque con abanderado propio, parte de las bases de la derecha política, representada por conservadores y liberales, también se inclinan por su él, dada su férrea oposición a la “dictadura de Ibáñez” y su imagen de “hombre fuerte”, llamado a retomar la senda institucional del país. Con una izquierda electoralmente dividida que no era amenaza¹¹⁷, Alessandri refuerza este último punto como el eje de su campaña.

Para ello dejó atrás las reivindicaciones sociales y levantó como principal compromiso la reconstrucción y resguardo del orden democrático en base a un respeto irrestricto de la Constitución de 1925, -su Constitución-, la que por el caos institucional de los últimos años aún no entraba en vigencia.

En ese marco, al llegar por segunda vez a La Moneda¹¹⁸, Alessandri se dotó de un gabinete “de unidad nacional”, poniendo a figuras de derecha en dos de los cargos ministeriales más importantes¹¹⁹. Respaldado por conservadores y

¹¹⁷ El Partido Socialista presentó como candidato a Marmaduke Grove, quien se encontraba relegado en Isla de Pascua tras encabezar el golpe que alzó la efímera República Socialista de Chile. Abanderado del Partido Comunista fue Elías Lafferte, candidatura testimonial que solo pretendía mantener a la colectividad unida y que el voto de sus militantes no se dividiera entre Grove y Alessandri.

¹¹⁸ Obtuvo el 54,6% de los electores, mayoría absoluta que no necesitó de la ratificación del Congreso. Grove recibió el 17,7%, Héctor Rodríguez de la Sotta (conservador) el 13,8%, Enrique Zañartu (liberal) el 13,4% y Elías Lafferte el 1,2%. Sorprendente fue la votación a Grove, quien sin poder hacer campaña solo el mismo día de la elección logró llegar, en un barco arrendado por sus adherentes, a Valparaíso.

¹¹⁹ Gustavo Ross asumió como Ministro de Hacienda y Emilio Bello en Defensa.

liberales, utilizó en forma creciente los estados de excepción constitucional, a los que luego sumó la promulgación de la Ley de Seguridad Interior del Estado. En dicho cuadro las medidas represivas del Ejecutivo se hicieron comunes¹²⁰.

“Tendréis gobierno fuerte para mantener el orden público, porque es necesario ante todo y sobre todo restablecer la confianza, y los elementos anárquicos se encontrarán conmigo cara a cara”¹²¹, había advertido durante su campaña.

Dado el evidente carácter autoritario que asumió Alessandri, rápidamente los radicales, además de la masa de votantes progresistas que lo llevó al poder-, terminaron por quitarle su apoyo. “Habrá orden y disciplina en todas las jerarquías sociales, cueste lo que cueste y pese a quien le pese”¹²², respondió desafiante.

En la rápida “derechización” del Gobierno también influyó el cuadro externo. En 1935 la Internacional Comunista se decidió por la estrategia de los Frentes Populares, haciendo alianzas con la centro izquierda para combatir la amenaza

¹²⁰ Ejemplo de ello fue la matanza de Ranquil, en 1934. Carabineros sofocó a balazos un limitado alzamiento de campesinos y obreros, abatiendo a cientos en el acto. Otros 500 fueron detenidos para ser enjuiciados en Temuco, de los que sólo 23 llegaron a destino: 477 fueron acribillados en el trayecto.

¹²¹ Correa, Sofía, “Arturo Alessandri y los partidos políticos en su segunda administración”, en “Siete ensayos sobre...”, op. cit. Pág. 407.

¹²² *Ibidem*.

del fascismo. Un año más tarde, los radicales quiebran definitivamente con el oficialismo para formar, junto a socialistas y comunistas, el Frente Popular local.

Con todo, en esos días Alessandri seguía diciendo que era “el mismo del año 20”¹²³. Aunque para la izquierda había pasado de caudillo popular a férreo guardián de los privilegios de los poderosos, para él la única diferencia se hallaba en los medios, no en el fin: si en su primer gobierno rompió con la oligarquía para acercar la institucionalidad a los sectores populares y evitar un estallido social incontrolable, en su segundo se alió con ella para consolidar lo antes hecho, ejerciendo el poder de su Constitución a cualquier precio.

Se desenreda la madeja

La primera pista que comienza a confirmar la sospecha de Délano contra la Sección de Investigaciones corre por cuenta del principal testigo del secuestro de las revistas, Sixto Maldonado. Al asistir a prestar declaraciones al Tribunal, el mozo reconoce a uno de los miembros de la banda que dio el golpe saliendo del lugar¹²⁴, y al hacer las averiguaciones correspondientes, se constata que es el policía Luis Varela Aracena. El mismo día, el ayudante de Coke es abordado

¹²³ *Ibidem*. Pág. 426.

¹²⁴ *La Hora*, 27 de febrero.

por una mujer, quien le ofrece dinero a cambio de guardar silencio. Enterado el juez Sepúlveda de todo lo anterior, ordena la detención de ambos sospechosos.

De ahí en más la madeja se desenreda rápidamente. Con los antecedentes que logra recabar su abogado, Délano se entera de que Investigaciones posee unas caballerizas en el norte de la ciudad, lugar que por sus características podría haber servido para incinerar las revistas requisadas.

Entonces parte junto a su amigo y editor policial del diario La Hora, Alejandro Oteíza, al recinto policial, ubicado en el barrio Matucana. Al interrogar a los vecinos del sector sobre si vieron alguna fogata la noche del asalto, las primeras respuestas son negativas. Sin embargo, al rato a una pequeña de unos diez años le hace sentido su pregunta. “Sí *caallero*. Anoche se le llenó a mi mamita la batea de papel *quemao*”¹²⁵, les dice según el relato que, años después, Délano haría en su autobiografía.

Entonces parten a la casa de la mamá de la niña, quien refuerza su historia. “¡Si ustedes vieran todo el papel quemado que cayó aquí! Miren cómo está el parrón”¹²⁶, reclama la señora, cuya casa colinda con el recinto policial.

¹²⁵ Délano, Jorge, op. cit. 264.

¹²⁶ *Ibidem*.

Al analizar los restos de papel, confirman que se trata de lo que quedó de las revistas confiscadas ilegalmente. De inmediato Oteíza va a buscar al juez a cargo del sumario. Al llegar al lugar Sepúlveda, la primera diligencia que realiza es treparse al parrón, para rescatar una hoja que llegó allí por el viento. La sorpresa fue mayúscula al comprobar que se trataba de la página con la caricatura del león, la que se encontraba casi intacta.

“Parecía que un ser intangible me hubiese prestado su protección”¹²⁷, recordaría Coke justificando la buena suerte que lo acompañó durante la pesquisa.

El 2 de marzo el juez ordena una inspección formal del recinto. Allí comprueba que en la casa habitada por el agente Daniel Morales Cancino el suelo del patio había sido recientemente cubierto con aserrín. Tras pedir que con una pala lo removieran, encuentra los restos calcinados de los paquetes de las revistas, ante lo que de inmediato ordena la incomunicación del lugar y detiene al policía¹²⁸.

¹²⁷ Délano, Jorge, op. cit. 265.

¹²⁸ La Hora, 5 de marzo de 1938.

En los días siguientes Sepúlveda detiene a otro policía vecino del anterior, Guillermo Morales¹²⁹. En los primeros interrogatorios ambos reconocen que participaron en la desaparición del número 285 de Topaze, aunque alegando que lo hicieron siguiendo órdenes superiores. Por tanto se declaran inocentes de cualquier delito.

Entonces Pellegrin se decide a identificar a los “instigadores” del asalto e incendio de la publicación. Los primeros en su lista son el prefecto Peluchonneau, quien fue reconocido por testigos como presente en el lugar y hora del golpe¹³⁰, y el subprefecto Carlos del Villar, quien durante la tarde previa a los hechos intentó averiguar dónde estaban las revistas devueltas a Délano¹³¹. Para ambos, junto al comisario Juan Garau y el subcomisario Isidro Sepúlveda, el 9 de marzo decreta una orden de detención.

Jorge Báez, oficial del Grupo Móvil de Carabineros, es el encargado de llevar a cabo la medida¹³². Sin embargo, el uniformado no cumple el encargo, sin entregar ninguna justificación. Al día siguiente se informa ampliamente del incumplimiento de la orden de detención, a pesar de que en la mañana los cuatro detectives se presentaron en sus lugares habituales de trabajo. El abierto

¹²⁹ El viernes 11 de marzo La Hora publica una completa relación de los hechos, titulada “Como una cinta cinematográfica, puede observarse todo el curso del asunto Topaze”.

¹³⁰ *Ibidem*

¹³¹ La Hora, 15 de marzo de 1938.

¹³² La Hora, 11 de marzo de 1938.

quebrantamiento de una resolución judicial por parte de la institución que debe ejecutarla, sitúa al Presidente de la República, quien está detrás de los hechos, en una situación con una sola salida.

Confesión Presidencial

El día 10 de marzo se desarrollan en La Moneda dos reuniones de emergencia. La primera ocurre a las 10:30 de la mañana. Encabezada por el Presidente Alessandri, en ella además participa el ministro de Interior, Matías Silva, el intendente de la provincia, Julio Bustamante, y el prefecto de Carabineros, Jorge Díaz Valderrama. Ya en la tarde, el mandatario hace lo propio con el director general de Investigaciones, Waldo Palma, y el prefecto de la misma repartición y por entonces requerido por la Justicia, Oscar Peluchonneau¹³³.

Si bien el detalle de lo que sucedió en dichas reuniones se desconoce, lo ocurrido inmediatamente después de ellas habla por sí solo: Alessandri manda una carta al juez Pellegrin Sepúlveda, en la que asume la responsabilidad del asalto a la redacción de Topaze, y el robo y posterior incineración de su número 285.

¹³³ *Ibidem*.

“Santiago, marzo 10 de 1938. Señor juez del Segundo Juzgado del Crimen de Santiago. Ha llegado a mi conocimiento que U.S. ha despachado orden de detención contra el Prefecto y Subprefecto de Investigaciones y algunos otros altos jefes de esos servicios en el proceso que se sigue por requisamiento y destrucción de una edición de Topaze, en la que se injuriaba gravemente al Presidente de la Republica. No escapará a U.S. la inmensa trascendencia que tiene tomar una medida tan grave respecto a jefes de una repartición pública que han trabajado con empeño, esfuerzo y patriotismo por defender el orden público y resguardar la propiedad de los ciudadanos, amenazada constantemente por la acción de los delincuentes. Los funcionarios contra quienes se dicta tal orden no tienen ninguna responsabilidad en el acto que se les imputa, por cuanto el intendente de la provincia, obedeciendo una orden expresa de mi parte, ordenó a su vez al Prefecto de Investigaciones de Santiago y al personal que intervino el requisamiento y destrucción del periódico indicado. Durante los cinco años corridos de mi Administración he tenido permanentemente que estar haciendo esfuerzos sobrehumanos para mantener el orden público y garantizar a los ciudadanos la libertad de trabajo y la seguridad de sus derechos, al amparo de ese orden. Es de todos conocida la existencia de complots, en cuya repetición se insiste, de momento a momento, sin que los interesados en destruir el orden público se desalienten por sus fracasos. El medio más eficaz para alcanzar esos propósitos delictuosos se busca en el desprestigio

de la autoridad para formar ambiente favorable a la conspiración y a la alteración del orden y tranquilidad del país. Frecuentemente los autores de estos delitos han alcanzado la impunidad, lo que produce una patriótica inquietud en los que a toda costa se esfuerzan por mantener el régimen democrático, cuando observan la tendencia a erigir dicha impunidad en sistema, a pesar de los medios legales dictados para sancionar tales infracciones. Estas circunstancias fueron las que me impulsaron a impedir la circulación de un periódico encaminado a buscar esos fines. En consecuencia, asumo toda la responsabilidad que deriva de mis actos y, al hacerlo, obro de acuerdo con el deber que tengo, ante todo y por sobre todo, de mantener el orden público y defender la integridad de las instituciones fundamentales del país. Dios guarde a U. S.

Arturo Alessandri”.¹³⁴

La confesión de Alessandri generó un terremoto en la arena política. Además, creó un arduo debate en torno al juzgamiento de hechos delictuosos cometidos por la máxima autoridad del país, y la amplitud de su fuero judicial. Mientras los partidos de izquierda ya hablaban de un Gobierno al borde de convertirse en un régimen dictatorial¹³⁵, en la derecha oficialista la reacción fue diversa. El Partido

¹³⁴ El Diario Ilustrado, 11 de marzo de 1938.

¹³⁵ La Hora, 12 de marzo de 1938. “El jefe de Estado, con arrestos dictatoriales, ha remachado el último eslabón a la cadena de los abusos, de intervenciones electorales y atropellos, rompiendo definitivamente el ritmo constitucional entre los poderes públicos”, señaló en una declaración el Frente Popular.

Conservador señaló que si bien resultaba “notoria la lenidad con que algunos tribunales han dejado impunes los excesos de parte de la prensa y actividades subversivas de ciertos individuos”¹³⁶, la actuación del Presidente significó un lamentable “abuso de autoridad”, postura que obligó a renunciar a los cuatro ministros de la tienda.

Sin embargo, tras gestiones del titular de Interior, todos menos uno recularon. El único que mantuvo lo adoptado, por rechazar enérgicamente el atropello cometido, fue el ministro de Trabajo, el “más joven e idealista”¹³⁷ de los secretarios de Estado: Bernardo Leighton. Por su parte, el Partido Liberal aseguró que Alessandri solo defendió “con firmeza” el orden público, planteando que si bien su actuación no se ajusta a “la doctrina del partido”¹³⁸(...) tiene su justificación en los antecedentes que la motivaron”.

En el plano judicial, la carta enviada por el Presidente obligó a declararse incompetente al juez Sepúlveda, esgrimiendo que antes de someter a proceso al mandatario debía ser sujeto de un juicio político en el Congreso. Sin embargo, Délano apeló a la resolución, por lo que fue designado para continuar con su conocimiento el ministro de la Corte de Apelaciones, Moisés Bernaldes Zañartu. Según opinó en la revista Hoy el periodista Ismael Edward Matte, a él

¹³⁶ Revista Hoy, 17 de marzo de 1938.

¹³⁷ Revista Hoy, 17 de marzo de 1938.

¹³⁸ Revista Hoy, 24 de marzo de 1938.

le correspondió actuar “como juez o sepulturero”¹³⁹. El magistrado optó por lo último, y el 27 de marzo dictó la curiosa resolución de que la actuación de Alessandri había constituido un “acto administrativo”¹⁴⁰. Por tanto dejó sin efecto el proceso de desafuero que ya estaba en curso contra el intendente de Santiago, liberó de responsabilidad a los jefes de Investigaciones, y excarceló a los tres policías presos. A fines de abril la Segunda Sala de la Corte de Apelaciones ratifica lo anterior, estableciendo que solo el Senado, por medio de una acusación formulada por la Cámara de Diputados, puede decidir la culpabilidad o inocencia del Presidente de la República¹⁴¹. Quedando pocos meses de Gobierno, no existió voluntad política de perseguir los hechos delictuosos en que incurrió, quedando estos totalmente impunes.

Epílogo

Al cumplir en 1941 diez años en los quioscos, Topaze publicó un número especial para celebrar su aniversario. Para la ocasión, le pidieron a diversos

¹³⁹ En su número 330, la revista Hoy señala que con su fallo no sólo sepultó la posibilidad de sancionar a los responsables, sino que “con una gruesa paletada de tierra”, también “el prestigio de la independencia cívica de que disfrutaban los Tribunales”.

¹⁴⁰ Donoso, Ricardo, (“Alessandri, Agitador y...”), op. cit. Pág. 233.

¹⁴¹ Alessandri nunca reconoció explícitamente un delito, sino que sólo habló de haber cometido “un grave error”. En sus memorias señala: “¿quién no los comete, sobre todo cuando actúa con intensidad? Mil veces había sentido en carne viva la mordedura amarga de la injusticia, de la calumnia y de la injuria; dominé siempre mis impulsos y, aquella vez, cansado, hastiado de soportar y sufrir, el arrebató fue más fuerte que la razón y, ¡qué hacerle! No cabía más que soportar las consecuencias”. Ver Alessandri, Arturo, op. cit. Pág. 90.

políticos, de todos los sectores, que dieran su opinión sobre la revista, y sobre el efecto que había tenido en la vida política nacional.

Uno de ellos fue Arturo Alessandri, quien en su respuesta aseguró que no le guardaba rencor a la publicación ni a sus responsables. “Es cierto que a veces han sido injustos y violentos para conmigo, pero no me quejo. Siempre he pensado que cada hombre tiene su sino..., y el mío ha sido que, como a las pelotas de fútbol, mis adversarios me hayan levantado a puntapiés”¹⁴², respondió en la misiva.

“Uds. Han recordado a menudo aquella orden mía de quemar una edición de Topaze porque en ella aparecía una caricatura que, dada mi investidura, yo consideré ofensiva para el Presidente de la República. Más de una vez, al hacer memoria de este hecho, he debido arrepentirme de haber dado una orden que, por desgracia, se cumplió con excesiva rapidez”, agregó el ex mandatario, quien en sus memorias aseguró que la misma noche de los hechos mandó una contraorden para echar pie atrás, la que sólo habría llegado cuando el número 285 estaba convertido en cenizas¹⁴³.

¹⁴² Topaze, 22 agosto 1941.

¹⁴³ Alessandri, Arturo, op. cit. Pág. 90.

Con todo, en la carta de aniversario Alessandri reconoce que la incineración del número de Topaze “fue un error” que además “tuvo un efecto contraproducente”, dado que la publicidad de la imagen objetada terminó siendo mucho mayor que si nada hubiese hecho.

“Pero...¿quién no ha cometido alguna vez un error...? ¿No los ha cometido también Topaze...?”, agregó en la misiva, tras lo que utilizó en su defensa una especie de fábula que retrata su forma de entender su rol de hombre público y líder político:

“Cierta vez hubo un 'ampliado' de animales que tenía por objetivo debatir las sanciones a que se había hecho merecedor el caballo, acusado de cometer toda clase de estropicios. Cuando el caballo de la fábula terminó de hacer su defensa, uno de sus acusadores pidió la palabra. Luego, con una voz débil, sin timbre, sin expresión, dijo: - '¡Yo no he atropellado nunca a nadie...!'. La que así hablaba era una tortuga vieja. En la vida política existen también hombres-tortugas que jamás han hecho nada, bueno o malo, porque son incapaces de hacerlo. Son ellos los más propensos a criticar las acciones de los demás... Eso, que también lo ha dicho Topaze, es una gran verdad”.

Con el tiempo, la relación entre Alessandri y el director de la revista, Jorge “Coke” Délano, se recompuso totalmente. Si bien nunca fueron amigos, ambos

reconocían los méritos del otro en sus respectivos campos, y no trasladaron sus polémicas públicas a consideraciones de carácter personal. El propio periodista contaría una conversación que sostuvieron años más tarde, al encontrarse en un hotel de Algarrobo.

“Cuando llegó al asunto de la edición 285 de Topaze, que él había mandado incinerar, me dijo: —Yo no estoy enojado con usted, Coke”¹⁴⁴. Tantos años dibujándolo, -aseguró Délano en su relato-, “me había permitido compenetrarme en forma absoluta con su desconcertante personalidad”, por lo que el comentario del ex Presidente no lo sorprendió. “¡Pero, don Arturo, si soy yo el que no estoy enojado con usted!”, respondió entonces con tono ladino.

Para demostrar su afirmación y atenuar una salida que podría haber parecido impertinente, Délano apuntó al suelo del Hotel Pacífico, -establecimiento del que era huésped habitual-, y lanzó convencido: “Fíjese en las baldosas, don Arturo. Apenas supe que usted iba a venir a Algarrobo, dibujé un león en cada una”. El ex Presidente no pudo menos que reírse, puesto que cada baldosa efectivamente “mostraba un león rampante”. Según el director de Topaze, “don Arturo celebró con una carcajada mi salida, y ambos olvidamos los malos ratos pasados con la edición 285”.

¹⁴⁴ Diálogo extraído de Délano, Jorge, op. cit., Apéndice 1.

EL ARIOSTAZO

21 de mayo de 1938. Desde La Moneda el Presidente Pedro Aguirre Cerda se apresta a recibir los honores de la Guarnición de Santiago, en el tradicional desfile que sucede a la ceremonia de apertura de las Cámaras. Al mando de las tropas está el Comandante en Jefe de la Segunda División, general Ariosto Herrera. La expectación entre los miles que abarrotan la Plaza de la Constitución crece junto al retraso de la parada, puesto que el uniformado dilata la orden de marchar ¿La razón? Exige a las autoridades que se retire un “trapo rojo” que ondea bajo el balcón en que se encuentra el Presidente¹⁴⁵. La bandera marxista, asegura, es un signo extranjero que ofende los emblemas patrios. Tras la correspondiente ida y venida de edecanes, montado sobre su corcel y con su propia mano, el Comandante hace que desaparezca la bandera comunista, e inmediatamente después da inicio al desfile¹⁴⁶. Rápidamente comienza a circular por Santiago que el general Herrera se negó a marchar frente a la Bandera Roja, rumor que encuentra entusiastas oyentes entre quienes conspiran contra el Gobierno del Frente Popular.

Viernes 24 de octubre de 1939, 11 de la noche. Pedro Aguirre Cerda recibe en su despacho al comandante en jefe del Ejército, Carlos Fuentes Labbé. “Su Excelencia, el Ejército sabrá cumplir con su deber”¹⁴⁷, le asegura el general, pese a que todo indica que desde sus filas está a punto de estallar una conspiración para acabar con su Gobierno. Aunque el jefe castrense jura una

¹⁴⁵ Hormazábal, Fernando, “Por los caminos de la democracia”, Instituto Geográfico Militar de Chile, Santiago de Chile, 1989. Pág. 193.

¹⁴⁶ Montero, René, “Confesiones políticas: autobiografía cívica”, Zigzag, Santiago de Chile. Pág. 105

¹⁴⁷ Revista Ercilla, 30 de agosto de 1939.

honesto lealtad, el temor del Presidente es que los sediciosos logren arrebatarse el mando de las tropas. Según los informes de la Policía de Investigaciones, a la cabeza del movimiento están los ex generales Carlos Ibáñez del Campo y Ariosto Herrera. El primero cuenta con un arraigado poder fáctico en amplios sectores de la oficialidad; su camarada, separado hace sólo un día de la institución, durante los últimos meses se alzó como el líder de los uniformados descontentos con la administración del Frente Popular.

Cuando el pasado miércoles Fuentes Labbé le pidió su renuncia, en tono desafiante Herrera se negó. “¿Mi renuncia?, esa es cuestión mía. Yo no me retiro por propia voluntad, así que bien pueden ordenar ustedes mi retiro de oficio”¹⁴⁸, contestó altivo. El Gobierno así lo hizo, y la noticia rápidamente corrió por la capital. Entonces Ariosto partió indignado a sus oficinas, donde con tono épico pronunció un discurso a sus subalternos. En él hizo alusión a su “intachable” vida militar. “Vida limpia en la que siempre supe cumplir con el deber, ejemplo que dejaré como un legado a los que vistan el uniforme de nuestro glorioso Ejército”, dijo. Luego se dirigió a su casa, portando sobre sus hombros una bandera chilena¹⁴⁹. Consultado por la prensa sobre su alejamiento del cargo, señaló: “Los motivos de esta resolución me los callo, porque son tan pequeños que no me alcanzan”¹⁵⁰. Lo que no supieron los periodistas fue que

¹⁴⁸ Hormazábal, Fernando, op. cit. Pág. 225.

¹⁴⁹ El Mercurio, 23 de agosto de 1939.

¹⁵⁰ El Diario Ilustrado, 24 de agosto de 1939.

en las próximas horas Herrera no sólo intentaría volver a las filas del Ejército por la fuerza, sino que también alzarse con “el mando supremo de la Nación”.¹⁵¹

Cuadro previo al putsch

Pedro Aguirre Cerda llegó al poder luego de ganar las elecciones presidenciales de 1938 por sólo nueve mil votos, imponiéndose al candidato de la derecha, Gustavo Ross¹⁵². Como representante del Frente Popular, su victoria generó pánico en los sectores conservadores, particularmente por la presencia en el conglomerado del Partido Comunista. Para los derrotados, no constituía más que el primer paso de una revolución marxista. De manera interesada, muchos incluso no trepidaron en asegurar que Chile correría la misma suerte que la España del bloque político homónimo: la guerra civil. Por ello, los ganadores tenían severas dudas de que la administración saliente de Arturo Alessandri reconociera la voluntad ciudadana¹⁵³.

Ante la creciente incertidumbre democrática, los comandantes en Jefe del Ejército y de Carabineros manifestaron públicamente que no era posible

¹⁵¹ El Mercurio, 1 de agosto de 1939.

¹⁵² Candidato de los partidos Conservador y Liberal. Ex ministro de Hacienda de Arturo Alessandri.

¹⁵³ Gazmuri, Cristián, “Historia de Chile 1981 – 1994”, Ril Editores, Santiago de Chile, 2012. Pág. 181

desconocer el triunfo de Pedro Aguirre Cerda, maniobra que si bien apaciguó los reclamos, dio cuenta de que las Fuerzas Armadas se consideraban a sí mismas como “árbitros de la situación política”.

La Iglesia, por su parte, también intentó descomprimir el ambiente haciendo oídos sordos a las voces que apuntaban a que el nuevo Gobierno perseguiría al clero y traería “el caos al país”. Monseñor José María Caro le envió al presidente electo un telegrama con felicitaciones¹⁵⁴, el que al hacerse público se tomó como una poderosa señal para que el Partido Conservador reconociera su derrota. Sin embargo, tras una fallida impugnación, sus parlamentarios se ausentaron en pleno, salvo contadas excepciones, a la asunción al poder de Aguirre Cerda, negando con ello desde un comienzo su legitimidad en La Moneda¹⁵⁵.

A poco tiempo de asumido, otro peligroso flanco se abrió para la administración del Frente Popular, paradójicamente liderado por el inesperado aliado que tuvo en la recta final de la campaña presidencial: Carlos Ibáñez del Campo. En un comienzo abanderado de la “tercera fuerza”¹⁵⁶ en la disputa electoral, el caudillo populista terminó aportando con sus votos a la victoria del Frente. Debido a la

¹⁵⁴ Fernández, Joaquín, “El Ariostazo: La política por otros medios”, en “Historias del siglo XX chileno”, Vergara, Santiago de Chile, 2008. Pág. 188.

¹⁵⁵ Excepciones fueron Francisco Urrejola, Manuel Ossa, Rafael Gumucio y Romualdo Silva.

¹⁵⁶ Como alternativa al Frente Popular y a la derecha tradicional, Ibáñez fue alzado por nacistas, facciones de izquierda anticomunistas, y grupos de independientes.

“Matanza del Seguro Obrero”, había declinado su candidatura desde la cárcel, llamando a votar en rechazo a “la reacción oligárquica”. Si bien dio libertad de acción a su gente, con ello dejó claro su apoyo a Pedro Aguirre Cerda¹⁵⁷.

Tras un breve segundo exilio, Ibáñez retornó a Chile a comienzos de 1939. Siendo recibido por personeros del oficialismo, entonces se especuló que su movimiento sería llamado al gabinete. De hecho, el líder de los nazis ibañistas, Jorge González von Marées, se había reunido con el ex jefe de campaña de Aguirre para entregarle una larga lista con los cargos gubernamentales a los que aspiraban¹⁵⁸. Pero, pese a sus esfuerzos, ninguno de sus hombres fue convocado. Desde ese momento, el movimiento en torno a Ibáñez rápidamente se convirtió en un enconado opositor del Gobierno. Por tanto, el cuadro estaba armado para que el eterno conspirador, que contaba con la no despreciable garantía de que “el 75% del Ejército era ibañista”¹⁵⁹, volviera a sus andanzas.



¹⁵⁷ Gazmuri, Cristián, *ibídem*. Pág. 181

¹⁵⁸ Luego de escuchar sus peticiones, Arturo Olavarría le pregunta a von Marées, por curiosidad, qué habría hecho con el Presidente Alessandri y sus ministros de haber triunfado en el golpe nazi del 5 de septiembre, a lo que este contestó, “con toda tranquilidad”, que los hubiera fusilado sin mayor trámite. “Y la misma suerte habrían corrido Aguirre Cerda y los dirigentes de Frente Popular”, agregó. Ver Olavarría, “Casos y cosas de la política”, Impr. y Litografía Stanley, Santiago de Chile, 1950. Pág. 24.

¹⁵⁹ Sagredo, Rafael, “Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga: del Cielito Lindo a la Patria Joven”, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana: Ediciones RIL, Santiago de Chile, 1998. Pág. 599.

Mañana del jueves 24 de octubre. Una larga peregrinación de oficiales y líderes políticos visitan a Herrera para solidarizar por su baja. Paralelamente, en los cuarteles son decenas los uniformados, sobre todo de la oficialidad joven, que deciden exigirle al Gobierno su reintegración. Aseguran que se ha cometido un vejamen contra el Ejército, y que están “dispuestos a empuñar las armas en defensa de su causa”¹⁶⁰. De ellos, sólo un grupo reducido conoce los verdaderos alcances del movimiento sedicioso, que encontró en el retiro del ex general su definitivo catalizador. Estos últimos ven con esperanza cómo repentinamente se agitan los cuarteles, decidiendo que es el momento de actuar.

A las 3 de la tarde llega a la residencia de Herrera un emisario de los complotados. Se trata del mayor Guillermo Milnes, de la Escuela de Aplicaciones de Infantería. Asevera que su causa es la causa del Ejército, por lo que están “dispuestos a seguir sus órdenes, cualesquiera que ellas sean”¹⁶¹. El oficial le comunica que desde su unidad ya establecieron contacto con el resto de los regimientos, constatando que el escenario es ampliamente favorable. Ante ello, le proponen trasladarlo en la madrugada a un centro de mando todavía por establecer, desde donde lidere la revolución.

¹⁶⁰ Hormazábal, Fernando, op. cit. Pág. 254.

¹⁶¹ *Ibidem*.

Pero al ex general no le interesan los preparativos, le basta “la palabra empeñada” de los soldados. “Aun cuando sea uno solo el regimiento que se coloque bajo mis órdenes, a ese me voy. Estoy resuelto a todo, aunque sea un simple y único soldado el que me venga a pedir que tome su mando ¹⁶²”, responde resuelto.

Informados de la disposición de Herrera, en el Club Militar se reúnen cerca de 70 oficiales, quienes afinan los últimos detalles del putsch.¹⁶³ A la medianoche mandan un grupo de representantes a la casa del ex general. Son tres oficiales del regimiento Tacna, uno del Comunicaciones, y otro de la Fuerza Aérea. “Tenemos comprometido al Cantón Providencia, a la Escuela de Aplicación de Infantería, a parte de la Aviación... El único que no vemos muy claro es el Regimiento Buin”¹⁶⁴, le dicen. Consigan, además, que algunos creen necesario retrasar el inicio del movimiento. Pero Herrera se niega, argumentando que pondría en peligro a los oficiales comprometidos. Ante ello, no les queda más que establecer un “santo y seña” para darle inicio a la operación, programado para sólo cinco horas después. Eligen “Tarapacá-Ramírez”¹⁶⁵, en honor al heroico antepasado del ahora Jefe de los alzados.

¹⁶² *Ibíd*em, Pág.225.

¹⁶³ Montero, Raúl. *Op. cit.* Pág. 134.

¹⁶⁴ Hormazábal, *op. cit.* Pág. 255.

¹⁶⁵ *Ibíd*em, Pág. 256. Herrera era descendiente de Eleuterio Ramírez, héroe de la batalla de Tarapacá durante la Guerra del Pacífico.

La fama de Ariosto

Alumno del Instituto Nacional y la Escuela Militar, Ariosto Herrera Ramírez se codeó desde pequeño con la clase alta, sumando numerosas amistades en la elite. Como oficial de Ejército se desempeñó siempre “con brillo extraordinario¹⁶⁶”, destacando por tener un concepto cabal de su profesión, adquirido “en muchos años de estudio decidido y tesonero”¹⁶⁷. Caracterizado por ser un tenaz defensor de la cultura y doctrina castrense, se ganó la admiración y respeto de sus pares, en tiempos turbulentos en que el antimilitarismo campeaba en la sociedad chilena. Tanta era su devoción por su institución, que se llegó a decir que poseía un “sentido místico” de la vida de armas¹⁶⁸. En ello pesaba que era descendiente de un héroe de guerra, lo que sumado a sus méritos personales, le ayudó a ascender rápidamente en la jerarquía.

Siendo Teniente Coronel actuó en combate durante la sublevación de la Escuadra, dirigiendo las operaciones del regimiento O'Higgins de Chillán en el apostadero naval de Talcahuano. Allí no trepidó en situar su comando en la misma línea de fuego, viendo incluso caer muerto a su lado al corneta de un

¹⁶⁶ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 138.

¹⁶⁷ Ibídem. Pág. 131.

¹⁶⁸ Sagredo, Rafael, op. cit. 602.

batallón ¹⁶⁹. Dicho episodio acrecentó su desprecio por “la política y los políticos”, particularmente por los de ideología marxista: Ariosto “odiaba a la derecha, pero odiaba aún más el comunismo”. ¹⁷⁰

Pese a su “intachable” carrera en el Ejército, Herrera comenzó a tener problemas al llegar al comando independiente, planteándose en su momento que incluso “carecía de la capacidad intelectual” suficiente¹⁷¹. Sus debilidades se acrecentaban al tener que tratar con personas ajenas al mundo militar, condición necesaria en el mando de una división. Las complejidades de la sociedad civil le resultaban simplemente inentendibles, resguardándose cada vez más en su concepción casi sagrada del orden y la disciplina, conceptos que para él se esfumaban al salir de los cuarteles.

Con todo llegó a ocupar el prestigioso puesto de director de la Academia de Guerra, del que fue removido por su supuesta participación en la intentona golpista de 1936¹⁷². Si bien nunca se probó dicho cargo, la sola sospecha bastó para que Alessandri lo “sacara de órbita”, mandándolo como agregado militar a Roma. Efectivamente, en los meses previos había sido objeto de una “sostenida

¹⁶⁹ Huerta, Ismael, “Volvería a ser soldado”, Tomo I, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1988. Pág.

¹⁷⁰ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 140.

¹⁷¹ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 123. El autor fue secretario de Herrera, cuando este se desempeñó como Fiscal Militar.

¹⁷² El 28 de enero de 1936 fue descubierto un plan "cívico-militar" que involucraba al regimiento Buin y otras unidades del Ejército. Buscaba poner a Ibáñez en el poder.

e intensa presión por parte de los amigos de Ibáñez”¹⁷³, quienes lo tentaban con encabezar un Golpe de Estado. Pero Herrera, "hombre de mentalidad metafísica y complicada, no era capaz de soluciones concretas y directas. Se dejó asediar durante dos años, sin resolverse a la acción revolucionaria y sin cumplir tampoco el deber de denunciar la conspiración”.¹⁷⁴

Lo cierto es que alejado del país por “culpa de los avatares políticos”, en Italia se entusiasmó con las ideas del fascismo. Aunque al llamarlo de vuelta el nuevo Gobierno estaba al tanto de aquello, optó por ponerlo al frente de la Segunda División por el arrastre que tenía con sus pares. Buena parte de la oficialidad incluso lo quería como Comandante en Jefe del Ejército, pese a ser la doceava antigüedad al retiro del general Oscar Novoa¹⁷⁵. Pero ya a bordo del Colombo, barco en el que volvió a Chile, Ariosto alardeó de su admiración por los regímenes totalitarios, y de su cercanía con Mussolini. Durante la travesía, contó cómo éste le habría echado en cara el carácter izquierdista del Frente Popular.

- *E un governo rosso!*

¹⁷³ Montero, René, op. cit. Pág. 105. El político ibañista relata: “En la víspera de su viaje a Europa se admitía que él aceptaba encabezar un movimiento revolucionario, esperanza que los conspiradores no perdimos sino cuando el señor Herrera, en su viaje al extranjero, abandonó el puerto de Antofagasta, donde se pensó que, en última instancia, podría iniciar un alzamiento”.

¹⁷⁴ Ibídem

¹⁷⁵ Hormazábal, Fernando, op cit. Pág. 165.

- *Non è roso* – dijo que respondió “imperturbable” -, *è un governo del popolo*.
- *Allora va per la buona strada*-, habría sentenciado el “Duce”¹⁷⁶.

Ya en el país, al presentarse en el Ministerio de Defensa para asumir su nuevo cargo, el titular de la cartera, Alberto Cabero, lo puso al tanto de que sus inclinaciones políticas eran conocidas: “En este escritorio guardo una copia de una carta de nuestro embajador en Italia, que aconseja no traerlo a Chile por ser fascista”¹⁷⁷. Sin negarlo, Herrera contestó: “ante todo rindo culto al honor militar y a la lealtad; y por consiguiente, en el desempeño de mi cargo guardaré obediencia y seré fiel al jefe de Estado”¹⁷⁸. Para mayor seguridad, el ministro le hizo repetir lo mismo ante el propio Presidente.

Pese a que el Gobierno intentaba asegurar su fidelidad, tras el episodio del “trapo rojo” los conspiradores clavaron sus ojos en Herrera. Instalado al mando de las tropas de Santiago y posicionado públicamente como un convencido anticomunista, no quedaban dudas de que era el hombre indicado para sacar del poder al Frente Popular: “No había ningún general que le pudiera hacer

¹⁷⁶ Huerta, Ismael, op. cit. Pág. 196.

¹⁷⁷ Cabero, Alberto, “Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda”, Impr. Nascimento, 1948, Santiago de Chile, 1948. Pág. 287.

¹⁷⁸ *Ibíd.*

collera. Llegó un momento decisivo en que podía ser un factótum en la solución política de Chile”.¹⁷⁹

Por ello es que conspicuos dirigentes políticos retomaron la práctica de “pololearse” al general, sin perder oportunidad para “socializar” con él sus preocupaciones sobre el rumbo del país. De un momento a otro “de todos lados recibía proposiciones interesadas”¹⁸⁰, por parte de “individuos sin escrúpulos que se aprovechaban de su candidez”¹⁸¹. En cada reunión o evento al que llegaba revolucionaba el ambiente, y no faltaba quien lo tomara del brazo para llevárselo a conversar a un rincón. Los homenajes y palabras de admiración se multiplicaron en la vida de Ariosto, haciendo mella en su vanidad. Tal punto alcanzó su pretendida popularidad, que la viuda del ex Presidente Pedro Montt, Sara del Campo, habiéndolo invitado a cenar, le dijo: “Este sillón no lo ha ocupado nadie desde que murió mi marido, le ruego que se siente en él”¹⁸². Voces de sirenas alagan los odios de Ariosto Herrera: lo llaman “el salvador de Chile”¹⁸³.



¹⁷⁹ Guillermo Izquierdo, citado en “Dimensión histórica de Chile”, Tomo I, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1984. Pág. 45. Izquierdo fue abogado de Herrera y líder del movimiento nacista.

¹⁸⁰ Hormazábal, Fernando, op. cit. Pág. 190.

¹⁸¹ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 139.

¹⁸² *Ibidem*. Pág. 141. Aunque el autor solo habla de “la viuda de un ex presidente”, en la prensa de esos días se da cuenta que visitó en su casa a Sara del Campo.

¹⁸³ Cabero, Alberto, op. cit. 283.

Luego de sellar su pacto con los sediciosos, Herrera recibe a la prensa en su escritorio. Franqueado por esfinges de Hitler, Mussolini y Hindenburg, reconoce que es de ideas fascistas. “He viajado por Europa y conozco de cerca el proceso de los regímenes de Italia y Alemania. Mis teorías son dictatoriales, lo confieso. Para mí sin disciplina, no hay nada. Debe haber mando, jerarquía, orden”, les dice a los periodistas¹⁸⁴. “Yo amo los regímenes totalitarios. Mi madura convicción de soldado está de acuerdo con las ideas totalitarias. He viajado por Europa, y ahí aprendí a admirar la obra de Hitler y del Duce”, agrega Herrera.

El ex Comandante de la Segunda División oculta sus planes conspirativos. Consultado directamente si encabezaría una rebelión militar, contesta de pie y con la mano en el pecho. “¡Jamás!, he sido educado en la escuela de la lealtad. El Gobierno me retira y yo acato esta resolución como un soldado que siempre cumplió y cumplirá sus deberes”, asegura solemne, agregando que sólo se negó a presentar su expediente de retiro. Esto, porque Herrera insiste en que lo dispuesto por la autoridad civil es injusto y arbitrario: “He cumplido en todo momento los principios y doctrinas que informan la educación militar. He ejercido el mando en todas las jerarquías con honor. Tengo una inmaculada hoja de servicios, 33 años en las filas con calificaciones que son mi orgullo. Es la gloriosa tradición de mis antepasados, que quiero y respeto”, añade.

¹⁸⁴ Declaraciones extraídas de Revista Ercilla, 30 de agosto de 1939, pág. 9.

Cuando le preguntan sobre el rumor de que tras su baja retó a duelo al general Fuentes Labbé, Herrera contesta que la información es “inexacta”. Dado que aún se considera militar, dice estar imposibilitado de enviarle padrinos a su superior jerárquico. “Pero me agradaría batirme con él. ¡A sable, con el pecho desnudo, a muerte!”.

Ariosto y el malestar militar

En los cuarteles consideran al Gobierno del Frente Popular derechamente hostil con el mundo militar. Uno de los hechos que desató ese sentir fue la renuncia y petición de retiro del coronel Galvarino Zúñiga, quien dirigía las tropas que con “amplias atribuciones” actuaron en la zona devastada por el terremoto de Chillán. Su decisión se debió a que el ministro de Interior, Pedro Enrique Alfonso, lo desautorizó luego de que les prohibiera a las milicias socialistas realizar un desfile. Con el retiro de Zúñiga, los hombres de armas vieron una supuesta preferencia del Ejecutivo por los grupos militarizados de los partidos de izquierda, incluso por sobre las propias Fuerzas Armadas.

La tensión aumentó con la designación en la cartera de Defensa de Guillermo Labarca, quien era considerado un abierto antimilitarista. Su peor pecado fue

publicar en 1911 la novela “Mirando al Océano”, una ficción crítica con los procedimientos y moral militar. Según el coronel Manuel Hormazábal, con su libro el político radical había “vejado y atropellado”¹⁸⁵ el honor de los uniformados, preguntándose: “¿Qué circunstancias decidieron al Presidente de la República a designar para este alto cargo al hombre que ha denigrado y desprestigiado la institución colocada a su mando?”.¹⁸⁶

Para la oficialidad descontenta, los temores se confirmaron con una de las primeras iniciativas del nuevo ministro: cambiar el Juramento a la Bandera. La idea del Gobierno era que el texto con que se consagran a la vida militar, -y que los conscriptos recitan en cada aniversario de la Batalla de la Concepción-, adquiriera un carácter laico y reforzara el compromiso democrático. La fórmula “juro por Dios y por esta bandera servir fielmente a mi patria”, entonces, fue reemplazada por “prometo por mi honor acatar la Constitución, las leyes y la autoridad de la República; y juro, además, amar y defender con mi vida la bandera de mi patria”.¹⁸⁷

El cambio al juramento desató la ira de los militares, quienes junto a los parlamentarios conservadores y la prensa de derecha, lo consideraron una abierta provocación. Al interior de los cuarteles y casinos Ariosto Herrera

¹⁸⁵ Hormazábal, Fernando, op. cit. Pág. 176.

¹⁸⁶ *Ibidem*. Pág. 178.

¹⁸⁷ Fernández, Joaquín, op. cit. Pág. 194.

canalizó ese descontento, y lo hizo saber “sin ambages”¹⁸⁸ a sus pares. Su oposición a la medida le consagró una imagen de hombre fuerte, comenzando incluso a ser comparado con el general Francisco Franco, quien hace sólo meses había derrotado a los republicanos del Frente Popular español. La revista satírica Topaze recogió las murmuraciones en un curioso diálogo¹⁸⁹.

Ministro Labarca: *¿Qué le parece el cambio de juramento a la bandera, general?*

General Ariosto Herrera: *Hablándole con franqueza...*

Labarca: *¡No, cállese; por favor, no sea Franco!*

La posición que adoptó Ariosto inquietó al Gobierno, que dio la orden de seguir de cerca sus pasos. Rápidamente sus actividades convencieron al ministro Alfonso de que estaba a un paso de la sedición. Así se lo informó al Presidente, pidiéndole que lo separara de inmediato del Ejército. Pero éste no era hombre de impulsos, caracterizándose por siempre estudiar metódicamente los problemas antes de tomar una decisión¹⁹⁰. Por eso cuando su ministro le dije que tenía la seguridad de que Herrera estaba conspirando, optó por esperar más antecedentes antes de adoptar medidas en su contra. En su cautela

¹⁸⁸ Huerta, Ismael, op. cit. Pág. 203.

¹⁸⁹ Topaze, 7 de julio de 1939.

¹⁹⁰ Olavarría, Aturo., “Casos y cosas de la política”, Impr. y Litografía Stanley, Santiago de Chile, 1950. Pág. 26. Pero cuando “después de maduro estudio y de oír el pro y el contra de las cosas, se decidía por algún camino, no había fuerza humana capaz de hacerlo desistir de su propósito”, agregaría el autor.

también pesó el hecho de que el general le había comprometido personalmente su respeto a la autoridad civil:

“Tocayito, Ariosto ha jurado por su honor una sincera lealtad al Gobierno. Además, no hay pruebas en su contra”¹⁹¹, le respondió Pedro Aguirre Cerda a su ministro de Interior. “No olvide que la derecha no deja pruebas. La ambición pierde a Herrera”, insistió entonces el secretario de Estado. “No puedo creer que un militar que jura con el recuerdo de un héroe, por su sangre, por su espada, me traicione”, sentenció el mandatario.

Ante la incredulidad del Presidente, Alfonso le explicó que la Policía de Investigaciones, dirigida por Osvaldo Fuenzalida, tenía “el hilo de toda la madeja” que inculpaba a Herrera. Por los antecedentes comprometidos, con su subsecretario, Raúl Rettig, le insistieron en que pidiera la renuncia del general. “Deme una prueba, tocayito, y lo destituimos en el acto”, concluyó Aguirre Cerda. Las pruebas no tardarían en llegar.



Poco antes de las 5 de la mañana un auto se estaciona frente a la casa de Bustos 2111, sin detener el motor. A los segundos aparece Ariosto Herrera,

¹⁹¹ Dialogo extraído de Cabero, Alberto, op. cit. Pág. 150 -151.

quien pese a haber sido separado del Ejército, viste uniforme militar, con espada y pistola al cinto. Tras darse media vuelta y hacerle un gesto de despedida a su mujer, se cuadra ante los recién llegados. Con ellos cambia el acordado “santo y seña”, y luego entra decidido al automóvil. En Pedro de Valdivia con Los Estanques se les une un segundo vehículo, con el que enfilan raudos hacia el regimiento Tacna, ubicado a un costado del Parque Cousiño.

La puerta del recinto se abre al paso de la comitiva. Aprovechando la ausencia de los jefes de la unidad, los oficiales conjurando le entregan el mando al ex general. Tras formar a la tropa en el patio central del regimiento, éste se declara “Comandante en Jefe del Ejército”¹⁹². Su primera acción es mandar a buscar en auto a Carlos Ibáñez del Campo, quien se mantuvo en pie esperando novedades¹⁹³. El ex dictador rápidamente llega al lugar.

Desde el Tacna establecen comunicación con los oficiales comprometidos de los otros regimientos de la Guarnición, quienes aseguran que la reacción en los cuarteles es “ampliamente favorable”¹⁹⁴. Las primeras gestiones se concentran en la Escuela de Aplicación de Infantería de San Bernardo, que por ser la unidad mejor entrenada y más poderosa del país, resulta fundamental para el éxito del golpe. La información que desde allí llega confirma las buenas noticias:

¹⁹² Revista Ercilla, 30 de agosto de 1939.

¹⁹³ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 134 y Montero, René, op. cit. Pág. 106. En la prensa, sin embargo, se aseguró que fue a buscar a Herrera y juntos partieron al Tacna.

¹⁹⁴ Montero, René, op. cit. Pág. 106.

los conjurados asumieron el mando y comienzan a cargar camiones con pertrechos y tropas para marchar sobre Santiago¹⁹⁵.

Complot del póker

Ya a mediados de mayo de 1939 la Brigada de Inteligencia del Partido Socialista le informó al Gobierno que se preparaba un golpe de Estado¹⁹⁶, por lo que se le dio orden a la Policía de Investigaciones, dirigida por militantes radicales cercanos al Presidente, de seguirle los pasos a los posibles complotados. Según el subsecretario de Guerra, coronel Osvaldo Valencia, la tarea no era nada fácil, tomando en cuenta que “de nada le valía al gobierno poner hombres de confianza al mando de tal o cual regimiento, pues todos los posibles jefes eran ibañistas, y por un contacto u otro estaban con Ibáñez en la conspiración”.¹⁹⁷

El movimiento pretendía estallar el 9 de julio, aprovechando el desplazamiento de tropas por la ceremonia de Juramento a la Bandera¹⁹⁸. El principal instigador

¹⁹⁵ Fernández, Joaquín, op. cit. 225.

¹⁹⁶ Revista VEA, 30 de octubre de 1939.

¹⁹⁷ Sagredo, Rafael, op. cit. Pág. 600.

¹⁹⁸ Pinto, Mauricio, “El Ariostazo, puma y línea recta: una desviación del profesionalismo de las Fuerzas Armadas chilenas”, Pontificia Universidad Católica de Chile, Departamento de Historia, Santiago de Chile, 1994. Pág. 58. La fecha, además, involucraba un componente simbólico, al sentirse los militares pasados a llevar por el cambio en la fórmula del juramento.

del putsch era el Frente Nacional Chileno, grupo pro-fascista que había extendido sus redes por el mundo militar y de la derecha nacionalista. Entre los conjurados estaba el director de la Escuela de Ingenieros Militares de Melipilla, coronel Guillermo Hormazábal. Junto a su segundo al mando, mayor Jorge Pérez Abé, debían llegar temprano a Santiago para participar en la ocupación de las reparticiones públicas y medios de comunicación. Los oficiales sediciosos contaban con la colaboración del diputado conservador por la zona, Joaquín Prieto Concha, y el alcalde del mismo partido, Roberto Bravo, quienes les proporcionarían camiones para trasladarse a la capital. Lo anterior se debía a que de usar el tren, medio estipulado para tales efectos, calculaban que arribarían a eso de las 9 de la mañana, es decir con el tiempo justo para dirigirse a la ceremonia del Parque Cousiño.

Todo lo anterior no pudo concretarse porque la noche del 8 de julio la Policía de Investigaciones logró desbaratar el plan, descubriendo a un grupo de conspiradores alrededor de una mesa de póker. La prensa y partidos de derecha desestimaron las acusaciones, asegurando que todo no era más que una reunión entre amigos en torno a un simple juego de cartas. Por ello lo bautizan irónicamente como “el complot del póker”¹⁹⁹.

¹⁹⁹ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 128.

Pese a ello el Gobierno reaccionó enérgico, dictando un decreto supremo que separó de sus funciones a un grupo de oficiales comprometidos. Entre ellos se encontraban el mayor Pérez y el coronel Hormazábal. Alegando ilegalidad en la medida, este último impulsó una acusación constitucional contra el ministro de Defensa, Eduardo Labarca, la que debía ser revisada por el Congreso.

A cargo de la investigación del complot, inscrita en la justicia castrense, quedó el fiscal Ernesto Banderas Cañas²⁰⁰. Dado que el eventual ilícito se había desarrollado bajo la jurisdicción de la Segunda División del Ejército, el encargado de fallar resultó ser nada menos que el general Ariosto Herrera. Pese a que su calidad de juez militar le obligaba ser imparcial, al conocer el decreto de separación lo calificó como “propio de gobiernos arbitrarios”²⁰¹, adelantando que dictaría sobreseimiento “en favor de Hormazábal y Pérez”.²⁰²

Sin acusar recibo de las expresiones del juez, el fiscal Banderas avanzó en la investigación hasta que logró terminar el sumario. En él solicitó penas de relegación y multa para los involucrados, la baja definitiva de los uniformados, y ampliar el plazo de investigación para realizar nuevas diligencias²⁰³.

²⁰⁰ Fernández, Joaquín, op. cit. Pág. 209.

²⁰¹ Bravo, Leonidas., op. cit. Pág. 128.

²⁰² *Ibidem*. Pág. 127.

²⁰³ Fernández, Joaquín, op. cit. 210.

Una vez conocido el expediente, Herrera insistió ante el fiscal y los auditores castrenses en su rechazo a las medidas administrativas contra los militares inculcados. Luego les ordenó que cerraran el proceso en el acto²⁰⁴, antes de que el Congreso se pronunciara sobre la acusación constitucional contra el ministro de Defensa. Argumentó que, de lo contrario, “pudiese llegarse a creer que mis resoluciones han sido influenciadas”.²⁰⁵ Finalmente, ante la estupefacción de los presentes, les pidió que reescribieran el dictamen absolviendo a todos los procesados.

Pese a la sorpresa por tal insólita decisión, Banderas cumplió la orden del general, aunque consignando en el nuevo documento su completo desacuerdo con él.

Al leer esa parte en el fallo reescrito, Herrera sufrió “un cambio violentísimo” de expresión²⁰⁶. Indignado, aseguró que no permitiría que se estampara dicha opinión. Ocultando su convencimiento de que estaba aprovechándose de sus atribuciones de juez para influir en política, el auditor Leonidas Bravo le hizo ver que el fiscal sólo había actuado ciñéndose al procedimiento judicial. Luego de mostrarse indeciso y titubear un buen rato, el juez accedió a ordenar más diligencias y ampliar el plazo de investigación²⁰⁷. Sin embargo, no sabía que su errática conducta terminaría sellando su propia suerte: enterado el Gobierno de

²⁰⁴ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 130.

²⁰⁵ Hormazábal, Fernando, op. cit. Pág. 221.

²⁰⁶ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 130.

²⁰⁷ *Ibidem*.

que había prejugado a partir de consideraciones políticas, al día siguiente le pide el retiro.



Los servicios de inteligencia acaban de detectar la entrada al Tacna de Herrera e Ibáñez. Al enterarse de que el movimiento sedicioso se puso en marcha, los edecanes le avisan al Presidente que tienen los autos listos para que abandone La Moneda. Pero Aguirre Cerda les responde que no saldrá si no es “con los pies hacia delante”. Serenamente, les explica que se quedará “para que sepa Chile cómo muere un presidente constitucional cuando el Ejército olvida el cumplimiento de las leyes”²⁰⁸. Además de su esposa Juanita, entre los presentes está el ministro de Hacienda, Roberto Wachholtz, y el joven titular de Salud, Salvador Allende.

Aunque desde la jornada anterior siguen el desarrollo de los acontecimientos, las informaciones que llegan a la sede del Ejecutivo son confusas y a ratos incluso contradictorias. Poco antes de las 6 de la mañana le aseguran al mandatario que la Escuela de Aplicaciones marcha desde San Bernardo hacia

²⁰⁸ Veneros, Diana, “Allende. Un ensayo psicobiográfico”, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2003. Pág. 392.

Santiago²⁰⁹. Entonces Aguirre Cerda le pregunta al general en Jefe de Carabineros, Oscar Reeves, si con sus hombres le es posible detenerlos. “No, no puedo con los medios que dispongo”²¹⁰, fue la honesta contestación.

Los miembros del gabinete le insisten al Presidente que debe abandonar el Palacio. Le aconsejan “partir en el acto” a Valparaíso, ciudad en la que respaldado por la Marina puede radicar su Gobierno y combatir el Golpe. Para que no quedaran dudas de su voluntad, el Presidente le pide una pistola al subprefecto de Investigaciones, Osvaldo Sagués. Sin perder la compostura, levanta el arma y dice: “mi deber es morir matando en defensa del mandato que me entregó el pueblo. De aquí no me sacan vivo, a mí no me sacan como 'eme' de gato”²¹¹.

Tomada la resolución de resistir, Aguirre Cerda da las primeras instrucciones. Mientras Carabineros artilla con metralletas La Moneda, ordena contactarse con la Confederación de Trabajadores de Chile para poner en alerta a sus afiliados²¹². La alcaldesa de Santiago, Graciela Contreras de Schnake, pone a su disposición los camiones municipales, para trasladar hombres y generar una

²⁰⁹ Cabero, Alberto, op. cit. Pág. 152.

²¹⁰ Valdivieso, Rafael, “Testigo de la historia”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1985. Pág. 70.

²¹¹ *Ibidem*.

²¹² Cabero, Alberto, op. cit. Pág. 152.

concentración frente al Palacio²¹³. Los partidos del Frente Popular hacen lo propio movilizand o a sus milicias y hombres con ascendencia en el mundo militar. Entre ellos, el socialista Marmaduke Grove parte a los Los Andes para asegurar la lealtad del Batallón Andino.

La situación en el Buin

Los conspiradores sufren su primera derrota al intentar sumar al regimiento Buin a la sublevación. A las 6:30 Ariosto Herrera se comunica con el comandante Julio Vargas Bernal es, a quien le informa que asumió el mando del Ejército. “¿Puede manifestar, general, quien lo ha nombrado para este cargo?”²¹⁴, le preguntan al otro lado de la línea.

“He asumido esta responsabilidad impulsado por el deber patriótico e invoco en usted la lealtad militar para que me secunde”, responde Herrera. Sin embargo, Vargas se mantiene firme y le asegura que está equivocado. “Porque la lealtad militar que invoca impone como primer deber el obedecimiento al Gobierno legítimamente constituido. Yo he jurado cumplirlo, como usted mismo. No

²¹³ Valdivieso, Rafael, op. cit. Pág. 70.

²¹⁴ Diálogo extraído de la revista Ercilla, 30 de agosto de 1939, pág.8.

cuenta conmigo para ningún atentado institucional. Estoy a las órdenes del Presidente de la República”, sentencia antes de cortar la comunicación.

Lo que Herrera no sabía era que el subsecretario de Guerra, coronel Osvaldo Valencia, había tomado el control del regimiento unas horas antes. Durante la tarde del día anterior, se contactó con los cuarteles verificando la ausencia de buena parte de la oficialidad. Informado el Presidente Aguirre Cerda de ese “mal síntoma”, éste le señaló: “Coronel, haga usted lo que crea necesario, y hágalo en nombre mío. Use mi nombre en lo que estime necesario”²¹⁵. Con esa orden, Valencia cortó las cadenas de mando en el Buin, depositando toda su confianza en el brigadier Lastra, el suboficial con la mayor antigüedad del regimiento. “Vengo en nombre del Presidente. Se prepara un levantamiento militar en el que están comprometidos la mayoría de los oficiales. Debemos contener este pronunciamiento”²¹⁶, le dijo.

Después de que Lastra reunió a la suboficialidad, Valencia los instó a defender al Gobierno constitucional. Dado que desconocía la amplitud de la conspiración, les indicó que sólo debían obedecer órdenes suyas o del Presidente de la República. La osada maniobra aseguró que el regimiento se mantuviera leal hasta la llegada del coronel Vargas, encargado de la unidad. Luego el propio

²¹⁵ Sagredo, Rafael, op. cit. Pág. 602.

²¹⁶ *Ibíd.* Pág. 603.

Comandante en Jefe del Ejército, general Fuentes Labbé, instaló en ella su Cuartel General.

En el Cantón Providencia

Luego de controlar la situación en el Buin, el coronel Valencia se dirige al Cantón Providencia, compuesto por los regimientos Tren, Cazadores y Comunicaciones. En este último le aseguran que su comandante, teniente coronel Rafael Ortiz, lidera a la oficialidad amotinada. Pese a lo reducido de su contingente, dicha unidad es vital para la coordinación de los conjurados.

Al llegar Valencia al Comunicaciones, lo primero que hace es interrogar al contingente de guardia: “¿Quién es el generalísimo del Ejército?”²¹⁷ En un comienzo hubo silencio, hasta que un soldado de clase contesta “el Presidente de la República”. Recibida esa respuesta, el coronel vuelve a preguntar: “¿Y quién es el Presidente de la República?” Ahora son varios los soldados que contestan “don Pedro Aguirre Cerda”. En forma enérgica, entonces el coronel grita: “¡Por tanto es a él a quien le deben obediencia!” Luego forma a la tropa y los insta a defender el orden institucional. Identificados los oficiales supuestamente comprometidos, releva a Ortiz de su cargo nombrando en su

²¹⁷ La Hora, 26 de agosto de 1939.

reemplazo al coronel Manuel Contreras²¹⁸. Acto seguido, ordena su arresto y el de los otros conjurados, sin que opongan resistencia.

Luego el subsecretario se dirige al Cazadores. Allí se contacta con el jefe de la unidad, coronel Alfredo Amesti, quien junto al comandante de la División de Caballería, Waldo Lira Montesinos, momentos antes había sostenido una difícil reunión con sus subordinados. Estos habían pedido que los oficiales superiores les informaran los motivos del retiro de Herrera, para intentar en esa instancia sumarlos al movimiento. Pero el general Lira se remitió a recordarles sus deberes militares y el respeto a la autoridad civil. Captando las reales intenciones de sus hombres, Amesti le pidió una interrupción para preguntarle directamente al líder de los alzados, capitán Luis Cavada, si “cumpliría o no” sus órdenes²¹⁹. Tras un instante de duda del interpelado, el comandante del Cazadores le exigió que se definiera, obteniendo como respuesta un simple “no”²²⁰.

Pese al abierto motín de sus subordinados, Amesti y Lira se mantuvieron en el recinto. Con su presencia la posición de la unidad permanecía en suspenso,

²¹⁸ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 154. Lo curioso, resalta el autor, es que el oficial arrestado no estaba comprometido, mientras que Contreras sí formaba parte del complot. Con todo, este último no actuó luego de la decidida intervención de Valencia.

²¹⁹ Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 159.

²²⁰ *Ibidem*.

cuadro que se tensionó aún más cuando un soldado aseguró que el vecino regimiento Tren se preparaba para atacarlos.

Efectivamente, para anular a los elementos sediciosos el comandante del Batallón Tren N°3, José María Santa Cruz, había resuelto trasladar una de sus compañías a la colindante Escuela de Carabineros²²¹, la que desde el día anterior se encontraba acuartelada por orden del Gobierno. Junto a su director, Aníbal Alvear, estaban dispuestos a rodear el Cantón para combatir a los sediciosos que intentaran salir, para lo que comenzaron a movilizar carros blindados.

En ese favorable cuadro, Valencia, Amesti y el general Waldo Lira forman a la tropa sin dar mayores explicaciones. En presencia de todo el regimiento, este último le pregunta directamente a los oficiales: “¿Con quién están ustedes? Un paso al frente los que estén con Herrera”. Los complotados avanzan y de inmediato son apresados por suboficiales previamente designados.

Instantes después Lira se comunica con Ariosto Herrera. Desde el Tacna, el líder de los alzados le exige que se pronuncie sobre la posición del Cazadores en el movimiento que encabeza. “En este terreno no lo acompañamos, mi

²²¹ El Mercurio, 24 de agosto de 1939.

general”²²², es la corta respuesta que obtiene. De esa forma se desarticula la conspiración en los estratégicos regimientos de calle Antonio Varas.

La suerte se juega en San Bernardo

Poco antes del amanecer la Policía de Investigaciones le avisa al director de la Escuela de Aplicación, Guillermo Barrios Tirado, que su regimiento está alzado. Afuera de su casa lo esperan dos civiles armados, quienes el día anterior salieron de la residencia de Ibáñez con la orden de impedir “a toda costa” su arribo al recinto, disparando a matar de ser necesario. Prevenido por la policía del peligro, el coronel desenfunda su Colt al ver a los sujetos, quienes sorprendidos se pierden en la oscuridad. Luego parte rumbo al regimiento por una ruta distinta a la habitual, esquivando así a otro grupo de sediciosos destinado a reducirlo.

En la Escuela el panorama es crítico, puesto que las tropas se encuentran formadas en pie de guerra, y los camiones listos para trasladarlas a Santiago. Al entrar Barrios ve que el líder de los alzados, mayor Guillermo Milnes, discute con los capitanes Octavio O’Kingston y Osvaldo Lira, y con el teniente René Sagredo.

²²² Bravo, Leonidas, op. cit. Pág. 159.

“¿Qué pasa?”, les pregunta en forma seca, ante lo que el mayor lo invita a su oficina para darle una respuesta²²³. El coronel rechaza la propuesta tratándolo de “insolente”²²⁴, y le exige que le conteste inmediatamente. “Porque nada tengo que oír y sí mucho que ordenar”, le dice. Ante ello, Milnes desenfunda su pistola, para con gesto amenazante señalar que asumió el mando del regimiento. “Y marcharemos sobre Santiago”²²⁵, le asegura a su superior.

Frente a la abierta insubordinación, Barrios grita: “¡Aquí no hay más jefe que yo! Entiéndalo, mayor Milnes, para esto me basto solo, y sin armas”²²⁶. Acto seguido le pregunta uno por uno a los otros oficiales con quién están. “Con usted, mi coronel”, responde el teniente Sagredo. “Con mi mayor”, dicen los capitanes Lira y O ‘Kingston²²⁷.

Decidido a continuar con el alzamiento, este último se pone frente a su compañía y pistola en mano comienza a marchar²²⁸. Al intentar Barrios detenerlo, este le pone su arma en el pecho. “Retírese, mi coronel, o lo mato. Usted no tiene nada que hacer aquí”²²⁹, le dice. “Dispare no más, no tenga

²²³ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 157.

²²⁴ Revista Ercilla, 30 de agosto de 1938.

²²⁵ *Ibidem*.

²²⁶ *Ibidem*.

²²⁷ Fernández, Joaquín, op. cit. 226.)

²²⁸ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 158.

²²⁹ Diálogo extraído de Revista Ercilla, 30 de agosto de 1938, pág. 6.

miedo. Prefiero morir así antes que vivir con la deshonra del regimiento”, lo emplaza el director de la Escuela. Ante la vacilación del rebelde, el coronel grita: “¡A ver los leales, desarmen a este hombre! En ese instante Sagredo salta sobre O ‘Kingston, quien cae al suelo. Ayudado por otros tenientes, logran inmovilizarlo y quitarle su pistola. Impactados con la escena, los soldados de la tropa reaccionan y aclaman al coronel Barrios, quien da la orden de apresar a los sediciosos.

Momentos después, le avisan que desde el Tacna quieren hablar con el hombre a cargo. Al otro lado de la línea está Ariosto Herrera, quien recién ahí sabe que Barrios, pese a las medidas tomadas, controla el regimiento. De todas formas, le comunica que ha “asumido el mando” del Ejército²³⁰. “General, yo a usted no lo reconozco. Al levantarse contra el Gobierno mancilla el honor militar”, le responde el coronel. “Si usted no está conmigo, cargará con las consecuencias. No lo olvide, sabré castigar a quienes no acepten el nuevo orden constituido”, amenaza Herrera. Antes de cortar el teléfono, Barrios sólo le dice que es un desleal. “Y no acepto hablar más con usted”, concluye. De inmediato llama a La Moneda y entrega el siguiente mensaje: “Presidente, los militares sabemos cumplir nuestro compromiso de honor. La Escuela de Infantería será leal”.²³¹

²³⁰ *Ibíd.*

²³¹ Fernández, Joaquín, op. cit. 210.

Fracaso en el Tacna

Aunque asumió el control del regimiento de Artillería Tacna sin oposición, para Ariosto Herrera el cuadro se complica rápidamente. La llegada al lugar de Carlos Ibáñez del Campo genera resquemores en parte de la oficialidad joven, que la interpreta como una señal política que no se condice con el carácter "gremial" que creen tiene la movilización²³². Recién en ese momento varios caen en cuenta de que el objetivo del putsch no es "doblarle la mano" al Gobierno para reponer en su cargo al ex Jefe de la Segunda División, y con ello reafirmar que el Ejército no aceptará más "arbitrariedades" del poder civil: ahora saben que son parte de una maniobra para derrocar al Presidente Pedro Aguirre Cerda.

Herrera intenta como excusa que la presencia de Ibáñez es para evitar posibles agresiones en su contra²³³, por parte de militantes del Frente Popular. La ambigua respuesta no tranquiliza los ánimos entre los militares desengañados. Por el contrario, ayuda a aumentar la desmoralización que se apodera de ellos. En definitiva, el contacto con Herrera sólo les comprueba "su total ausencia de condiciones" para la tarea que se propone²³⁴.

²³² Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 154.

²³³ La Hora, 25 de agosto de 1939.

²³⁴ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 156.

Pese a lo anterior, el ex general está dispuesto a continuar con el Golpe a como dé lugar. Junto con mantener a la tropa formada, insiste en sus desesperados llamados para conseguir el apoyo de las otras unidades de Santiago. En ese momento llega el coronel Luco, comandante del regimiento. Consciente de su precaria posición de mando evita confrontar a los alzados, como a la misma hora lo hacen sus colegas de la Escuela de Aplicaciones y el Cantón Providencia. Por el contrario, se acerca a Herrera y lo saluda cordialmente, preguntándole los motivos de su acción. Enterado de estos incluso le desea “buena suerte”. Pensando que contaba con su apoyo, el ex general le pide que se contacte con el Buin e intente persuadir al coronel Vargas. “Bueno mi general, en el momento oportuno lo haré”²³⁵, contesta Luco. Sin embargo, con su sumisa actitud el comandante sólo buscaba aprovechar el confuso ambiente que detectó al llegar a su unidad. Una vez que está solo en su oficina, en vez de llamar al Buin telefonea a La Moneda, e informa de la situación que se vive en el regimiento.

Las sucesivas negativas de las otras unidades terminan por minar el ánimo de los alzados. La inacción de las primeras horas les había arrebatado el elemento sorpresa, puesto que al avanzar la mañana llegan al regimiento los oficiales superiores que no estaban complotados. Con ello, la base de apoyo en la

²³⁵ Hormazábal, Fernando, op. cit. .Pág. 263.

oficialidad joven se diluye: los militares de mayor rango exigen explicaciones y controlan a sus subordinados²³⁶.

Sabiendo que todo estaba perdido, Carlos Ibáñez abandona discretamente el Tacna, y parte a pedir asilo en la embajada de Paraguay²³⁷. Ahora con la certeza de que es el momento de actuar, el coronel Luco reúne a los oficiales y les pide definir su posición. La mayoría recula y jura lealtad al Gobierno; solo cuatro de ellos se mantiene con Herrera. Junto a su líder, los amotinados son detenidos²³⁸. Poco antes de las 11 de la mañana llega al Tacna el Comandante en Jefe del Ejército, confirmando que la conspiración ha sido desarticulada.

Una última jugada intenta el ex coronel Guillermo Hormazábal, quien se traslada a Melipilla para sumar a la sublevación a la Escuela de Ingenieros Militares, que tuvo a su cargo hasta ser destituido por el “Complot del Póker”. Al regimiento llega vestido de uniforme, siendo recibido por el teniente de guardia, teniente Benzo Kartzow²³⁹.

Con voz de mando lo insta a entregarle el control de la tropa para marchar a Santiago, asegurándole que el Gobierno había sido derrocado. Sin embargo, este le contesta que ya no recibe órdenes de él. Entonces se entrevista con el

²³⁶ Bravo, Leonidas. op. cit. Pág. 156.

²³⁷ Revista Vea, 30 de octubre de 1939.

²³⁸ Fernández, Joaquín, op. cit. 210.

²³⁹ La Hora, 26 de octubre de 1939,.

nuevo comandante de la unidad, coronel Contreras. Este rechaza rotundamente su proposición, dando cuenta de lo sucedido a la Gobernación. Fracasado el intento de alzar a sus ex subordinados, Hormazábal emprende el regreso a Santiago. Pese a vestir de poncho para no ser reconocido, en la localidad de El Monte es detenido por Carabineros²⁴⁰.

El pueblo defiende a su Gobierno

Inmediatamente conocido el movimiento sedicioso miles de trabajadores, estudiantes y militantes del Frente Popular se agolpan en las inmediaciones de La Moneda. Colgando desde los camiones de la Municipalidad de Santiago, otro grupo parte en caravana hacia el regimiento Tacna. “¡Muerte a los traidores!”, gritan con el puño en alto. Desde los vehículos los jornaleros de la Policía de Aseo levantan desafiantes sus herramientas de trabajo, alzándolas mientras los vehículos rodean el recinto. En San Bernardo, por su parte, los trabajadores de la Maestranza hacen lo propio afuera de la Escuela de Infantería, luego de que el ministro Salvador Allende llegara a su lugar de trabajo para informales de la intentona militar y movilizarlos para una eventual defensa del Gobierno.

²⁴⁰ Revista Vea, 30 de octubre de 1939.

Poco a poco el centro de Santiago se llena de ciudadanos que rechazan la intentona golpista. Desde Estación Central por la Alameda, son numerosos los sindicatos que portando sus estandartes avanzan hacia la Plaza de la Constitución. Lo mismo ocurre por Santa Rosa, vía por la que llegan los obreros de la zona sur de la capital. A ellos se les unen las milicias del Partido Socialista, y militantes del resto de los partidos oficialistas. Un grupo de habitués del Club de la Unión observa “con las caras largas” el continuo paso de las columnas populares²⁴¹. Sin que la situación pase a mayores, no falta quien los acusa de ser instigadores, e incluso, parte activa del Golpe.

Poco antes de las 11 de la mañana el departamento de radiocomunicaciones del Ministerio de Interior coloca altoparlantes en los balcones del Palacio. Leyendo un breve comunicado el vocero de Gobierno, Ismael Edwards Matte, se limita a señalar que parte del Ejército se encuentra alzado, y que se han tomados todas las medidas del caso²⁴².

La masa ciudadana, que ya alcanza las 20 mil almas, explota ante la confirmación oficial de los hechos. Resueltos a defender a su Gobierno, muchos incluso piden que les entreguen armas. Pero sólo 15 minutos después un segundo comunicado trae algo de calma. “El ex general Ariosto Herrera ha sido detenido en el regimiento Tacna”, señala la autoridad, agregando que

²⁴¹ Revista Ercilla, 30 de agosto de 1939.

²⁴² El Mercurio, 24 de agosto de 1939.

Carlos Ibáñez del Campo “se encuentra prófugo”²⁴³. Pasado el mediodía se informa que el movimiento sedicioso ha sido completamente dominado. En nombre del Presidente Pedro Aguirre Cerda, se agradece “la grandiosa adhesión del pueblo”, pidiéndole que se mantenga “sereno y tranquilo”²⁴⁴.

La movilización en la Plaza de la Constitución, en un comienzo llamada a defender con lo que fuera la sede del Gobierno, rápidamente se convierte en celebración. La consigna que agitó a las masas durante la campaña que llevó al triunfo al Frente Popular, “Todo Chile con Aguirre”, vuelve a ser coreada con más que fuerza que nunca.

Mientras una pareja baila cueca al ritmo de las palmas de quienes la rodean, hace su ingreso a la plaza el Orfeón de Carabineros, que es aclamado por mantenerse su institución fiel al Gobierno. Los músicos uniformados primero tocan el Himno Nacional, para luego seguir con un repertorio de marchas y tonadas populares.

Las demostraciones de alegría van a la par de las que piden un castigo ejemplar para los sediciosos. “Quisiera ver a Ibáñez / colgado de un farol / con tanta lengua afuera / pidiéndonos perdón / ja-ja-já (bis) / ¡pidiéndonos

²⁴³ *Ibidem.*

²⁴⁴ *Ibidem*

perdón!”²⁴⁵, repiten una y otra vez los manifestantes, con la música de “Mambrú se fue a la guerra”.

Cuando cae el sol, y ante una masa compacta de 200 mil personas, aparece desde un balcón del tercer piso de La Moneda Pedro Aguirre Cerda. Acompañado de su esposa y del general en Jefe del Ejército, Carlos Fuentes Labbé, agradece con un pañuelo blanco las muestras de adhesión²⁴⁶.

“Dos generales en retiro han pretendido perturbar el orden público y con ello traicionado a la República”, dice ante una ahora silenciosa multitud²⁴⁷. “Dos individuos ambiciosos que no han tenido el valor ni el prestigio para dirigirse al pueblo; diciéndoles que ellos podían representarlas, han pretendido que las Fuerzas Armadas se plieguen a ellos en la obscuridad de la noche”, añade el Presidente.

“No sabían ellos que había un pueblo consiente que rompió las cadenas de esclavitud, y que en una solo cuerpo y un solo pensamiento dice que cualquiera sea el sacrificio, aun el derramamiento de su sangre, defenderá al Gobierno elegido por él”, continua el mandatario. Subiendo el volumen de su voz, luego apunta a que Ibáñez y Herrera “han procedido como rateros o vulgares

²⁴⁵ Revista Ercilla, 30 de agosto de 1939.

²⁴⁶ *Ibidem*.

²⁴⁷ En Mercurio, 24 de agosto de 1939, pág. 19, se reproduce íntegro el discurso.

asesinos a altas horas de la noche, sin dirigirse a la ciudadanía en forma valiente para decirle cuáles han sido los errores del Gobierno”.

Junto con aseverar que se castigará “a los traidores que se han levantado contra la patria”, Aguirre Cerda reafirma que sabrá cumplir con el programa de Frente Popular. “Y no permitiré, aun en sacrificio personal, que se perturbe el orden público para impedírmelo”, agrega. Como una muestra de que “nunca podrá llegar un audaz a la Presidencia, sino el ciudadano elegido por la voluntad espontánea y limpia del pueblo”, finalmente el Presidente de la República le pide a todos los presentes entonar el Himno Nacional.

Consecuencias del Ariostazo

Una vez desarticulado el movimiento sedicioso, la justicia militar comenzó una investigación contra los responsables, la mayoría de quienes fueron detenidos el mismo 25 de agosto. Paralelamente, el Congreso le concedió al Presidente Aguirre Cerda las Facultades Extraordinarias del Estado de Sitio²⁴⁸, con lo que

²⁴⁸ Boletín de Sesiones Ordinarias del Senado, sesión 69, en viernes 25 de agosto de 1939, y Boletín de Sesiones Ordinarias Cámara de Diputados, Sesión 40, en viernes 25 de agosto de 1939. Ambas fueron de carácter secreto.

llamó a retiro a treinta y ocho uniformados, y determinó la relegación, a localidades remotas del país, de una decena de oficiales de alto rango²⁴⁹.

Seis meses después de comenzadas las indagaciones, el dictamen del Fiscal Militar, Renato Astroza, estableció que buena parte de la oficialidad comprometida “sólo pretendía la reposición en su cargo del general señor Herrera”, y que “desistió de su actitud cuando se impuso de las verdaderas proporciones del movimiento del cual formaban parte”²⁵⁰.

Asimismo, la resolución dio cuenta de que “el propósito que indujo a los inculcados no militares en esta causa que intervinieron en los hechos, no fue el mismo que movió a la oficialidad subalterna del regimiento Tacna, o sea el de obtener por medio de la fuerza, la reposición de su cargo del inculcado Ariosto Herrera, sino que el de privar de sus funciones al actual Presidente de la República”²⁵¹.

En su confesión ante el fiscal, Herrera señaló: “Dejó constancia que asumo la total responsabilidad del movimiento que de haber triunfado me habría llevado

²⁴⁹ Pinto, Mauricio, op. cit. Pág. 85

²⁵⁰ En El Mercurio del 1 de agosto de 1939, pág. 44, se publicó el texto del fallo de la Fiscalía Militar.

²⁵¹ *Ibidem*

al mando supremo de la nación, desde donde habría hecho verdadera justicia en todos los aspectos de la vida nacional”²⁵².

Terminado el proceso judicial, la Corte Marcial condenó a Herrera a 18 años de confinamiento en la Ciudad de México ²⁵³ . De igual forma, según sus responsabilidades, un importante grupo de civiles y militares recibieron penas similares en otras capitales latinoamericanas, o presidio menor e inhabilitación perpetua de sus derechos políticos.

Sobre la concomitancia de Herrera con Carlos Ibáñez del Campo, el dictamen señaló que "en varias oportunidades estuvo el inculpado durante los días 24 y 25 de agosto en casa del ex general Ibáñez, quien permaneció en el regimiento Tacna desde instantes después de comenzada la rebelión hasta que ella se encontró virtualmente fracasada”²⁵⁴.

Como ya se ha dicho, el mismo día del alzamiento Ibáñez se asiló en la embajada de Paraguay, eludiendo sus responsabilidades penales. Antes de partir al exilio 48 horas después, el ex dictador dio una entrevista a la prensa, en la que reconoció estar detrás del movimiento sedicioso²⁵⁵.

²⁵² *Ibidem*

²⁵³ Pinto, Mauricio, op. cit. Pág. 91.

²⁵⁴ El Mercurio del 1 de agosto de 1939.

²⁵⁵ Declaraciones extraídas de la revista *Vea*, pág. 7.

Planteando que “la patria” estaba amenazada “por el marxismo que encubierto en una falsa democracia se ha trepado mañosamente en el poder”, el caudillo populista aseguró que su acción fue guiada por “un sincero propósito de hacer auténtica democracia para el pueblo y por el pueblo”.

“Si he querido precipitar la reconquista de nuestras tradiciones, hoy postergadas por una obcecación vergonzosa y humillante para nuestro país, no ha sido por ambiciones personalistas, sino inspirado en una sana finalidad constructiva. Pero me falló el Golpe. Así son las cosas”, explicó Ibáñez.

“Lo siento por quienes, patrióticamente, se ofrecieron para seguirme. Y también lo siento por esta tierra tan sufrida que queda entregada a la inminente amenaza de una cruel guerra civil. Traté de impedir este desastre, pero algo inexplicable hizo fracasar mis nobles propósitos. Como chileno y como militar me alejo dolorido, pero con la secreta esperanza de que un día el país recuperará su equilibrio social e institucional. Entonces, volveré. Por ahora, retorno a los negocios”, concluyó el eterno conspirador.

Mientras Ibáñez continuaría complotando contra cada uno de los gobiernos que se sucederían hasta que en 1952 logró llegar a La Moneda por las urnas,

Ariosto Herrera vuelve al país luego de una amnistía general, en 1941.²⁵⁶ Con el paso de los años su figura se perdería en el tiempo, hasta quedar prácticamente relegada al anonimato.

²⁵⁶ Lira, Elizabeth – Loveman, Brian, “Las ardientes cenizas del olvido: La vía chilena de reconciliación política 1932-1994”, LOM – DIBA, Santiago de Chile. Pág. 72.

EL DUELO ALLENDE-RETTIG

La primera luz del alba de ese 6 de agosto de 1952 encontró a los senadores Raúl Rettig y Salvador Allende espalda con espalda, pistola en mano, y dispuestos a matar o morir con el único objetivo de salvar el honor. Los hechos se habían sucedido de manera vertiginosa desde la tarde anterior, cuando una discusión en el Congreso que parecía rutinaria terminó con ambos parlamentarios, amigos de toda la vida, enviándose padrinos para la concertación del que sería el último duelo registrado en la historia de Chile.

El senador Allende toma la palabra. Los honorables deben votar el proyecto de Ley que les entrega 25 días de vacaciones anuales a los mineros, ya despachado por la Cámara de Diputados y pasado por el cedazo de la Comisión del Trabajo y Previsión del Senado, presidida por su colega radical Raúl Rettig.

El discurso del parlamentario socialista es apasionado y excede en contenido a la iniciativa en tabla, expresándose en él la profunda transformación que experimenta su carrera política: por primera vez candidato a la Presidencia de Chile, pasa de ser un dirigente local con incidencia solo en Santiago y su región (Valparaíso), a uno conocido a nivel nacional y con auspiciosas proyecciones.

“Durante estos meses he tenido la oportunidad de recorrer el país y de observar la tremenda, dramática e inconcebible situación en la que vive la inmensa

mayoría de los obreros mineros”²⁵⁷, comienza diciendo en su intervención, agregando que jamás imaginó “que pudiera haber condiciones de existencia de seres humanos como las que pude observar en algunas faenas”.

Para el abanderado del “Frente del Pueblo”, que agrupa al Partido Socialista de Chile con los comunistas en la clandestinidad, el proyecto que se discute representa un avance, pero “sólo una parte de lo que, en justicia, es necesario para aliviar las duras condiciones de los mineros”.

Comprometiendo su voto favorable en caso de que se introduzcan indicaciones, Allende acusa que las propuestas hechas por la Comisión del Trabajo lo deja en peores condiciones que el despachado por la Cámara. Esto, porque su redacción abre la posibilidad de poner a los trabajadores del carbón fuera de la legislación, y endurece la exigencia de ciertos “días trabajados” por parte de los obreros para acogerse al beneficio²⁵⁸.

²⁵⁷ Dialogo extraído del Boletín de Sesiones Ordinarias del Senado, sesión 19, en 5 de Agosto de 1952.

²⁵⁸ El Código del Trabajo establecía 7 días de vacaciones para los obreros que hubiesen laborado más de 220 y menos de 288 días en el año, y 14 días libres para los que hubiesen trabajado más de 288. Como excepción, para quienes vivieran en las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Chiloé, Aysén y Magallanes, ampliaba las vacaciones a 15 y 25 días, manteniendo la escala anterior de jornadas trabajadas. Esto, en el entendido de que en las zonas extremas las condiciones laborales eran más duras, además de que en el norte se concentraban las pesadas faenas mineras. Por unanimidad, la Cámara aprobó sumar en dicha excepción a los “obrerros de la gran minería” de todo el país, para que así el beneficio alcanzara a los mineros de El Teniente y a los del carbón, en la actual Octava Región. Sin embargo, la comisión de Trabajo recomendó una categorización del concepto “gran minería”, en el que se mencionara a las grandes industrias del cobre, yodo, salitre y hierro. Para el resto de las industrias, el beneficio alcanzaría solo a quienes “trabajasen en las faenas extractivas”. El objetivo de dicha disposición era dejar fuera, por ejemplo, al mozo del casino de Lota, dado que

En este punto Rettig, abogado de profesión y reconocido como un político serio y dedicado, entra al ruedo. “¿Me permite una interrupción?”, le pregunta a su colega. “Con mucho gusto”, responde su interlocutor.

“No voy a oponerme a que se aclare el proyecto, pero se me ocurre que no hay ninguna objeción para dudar que los obreros del carbón están comprometidos. Por lo menos, tal ha sido el espíritu de la Comisión y creo que también el de la Cámara de Diputados”, señala el senador radical.

“Como yo tenía dudas, no hay nada más satisfactorio que aclararlas”, le responde Allende, quien agrega en tono burlón “si así está establecido, miel sobre hojuelas, como diría Su Señoría”.

Cuando todo parecía solucionado, el aspirante a La Moneda lo interpela por el tema de los días trabajados. Rettig evita entrar al fondo del asunto y se limita a responder que la iniciativa, en la que el Senado actúa solo como Cámara

no era minero ni vivía en una zona extrema. Además, la instancia presidida por Rettig propuso dividir el tramo inferior de la escala de días trabajadas, dándole quince libres a quienes trabajasen entre 280 y 240 jornadas en el año, y siete de descanso a quienes laboran entre 240 y 220. Ambas propuestas fueron rechazadas, puesto que la mayoría de los senadores consideró arbitrario no extender el beneficio a los mineros de la superficie, y demasiado restrictiva la nueva escala de días (por ejemplo, si por enfermedad alguien se ausentaba un par de veces al trabajo, quedaba con los mismos 7 días de vacaciones que tenía sin la nueva legislación).

revisora, efectivamente mejora las condiciones de los mineros. El diálogo poco a poco va subiendo de tono, hasta casi terminar en un pugilato.

ALLENDE: He hecho una pregunta al Honorable senador y nada me ha contestado.

RETTIG: Le he contestado por qué se aprobó el proyecto.

ALLENDE: He preguntado al presidente de la Comisión del Trabajo del Senado si, de acuerdo con la exigencia de días trabajados, y descontando los días domingos y festivos, tendrá derecho o no un alto porcentaje de los obreros a este feriado, o si basta que un obrero falte un día para que pierda el derecho a los días de descanso.

RETTIG: La Comisión opinó que sí.

ALLENDE: Le he preguntado y debe decírmelo, porque tiene la obligación de decir por qué la Comisión opinó que sí.

RETTIG: Nadie tiene obligación de contestar preguntas impertinentes. Hace tiempo que di mi último examen universitario. Contesto lo que quiero y cómo quiero.

ALLENDE: El tono impertinente lo he usado frente a la inepticia de un hombre que no ha querido informar y que no sabe lo que dice.

RETTIG: He usado de la impertinencia para defenderme de la suya.

ALLENDE: Soy un hombre que tiene la ventaja de responder por sus impertinencias aquí y afuera.

RETTIG: Yo también.

ALLENDE: Conforme; estoy a sus órdenes, donde quiera.

RETTIG: Lo veremos después de la sesión. No es manera de dirigirse a un colega con quien siempre se han tenido relaciones cordiales y que, todavía, está inspirado por el mismo espíritu de Su Señoría de defender los intereses de una clase determinada.

ALLENDE: Su Señoría es un tráfuga de su propia clase.

RETTIG: Su Señoría sabe que lo que ha dicho es una canallada más.

ALLENDE: He dicho lo que siento y lo que he palpado. Por lo demás, estoy a las órdenes de Su Señoría donde quiera.

RETTIG: Ya lo oí. No haga teatro.

ALLENDE: Lo que voy a hacer es mandarlo a la Asistencia Pública.

RETTIG: Usando de su título (de médico) ya ha causado muchas bajas.

- *Risas.*

ALLENDE: ¿Cómo dijo? Por lo menos no he declarado en interdicción a Su Señoría.

RETTIG: Se necesitaría tener más cultura para eso.

ALLENDE: Se necesitaría ser un abogado gestor.

El señor Rettig se levanta de su asiento y enfrenta al señor Allende.

RETTIG: ¿Quién ha sido abogado gestor? ¡Repítamelo!

Se levanta la sesión.

Cuando el reloj marca las 17:00 horas, Rettig se dirige resuelto hasta las bancas socialistas con la intención de pasar de la disputa verbal a “la vía de los hechos”²⁵⁹, ante lo que Allende se para y levanta los puños esperando en posición defensiva. Sin embargo, los senadores falangistas Eduardo Frei y Radomiro Tomic logran retenerlo antes de llegar a su objetivo, mientras el presidente de la Corporación, Fernando Alessandri, toca desesperado la campanilla llamando al orden²⁶⁰.

Profundamente agraviado, y dada la imposibilidad de solucionar la pelea a mano limpia, el senador radical nombra de inmediato a dos “padrinos”, sus colegas y correligionarios Hernán Figueroa Anguita y Ulises Correa²⁶¹, cuya primera gestión es consultar en el diccionario el significado exacto de los términos “tránsfuga” y “gestor”²⁶². Luego de retomada la sesión, -en la que se aprueba el proyecto con correcciones en la línea de lo planteado por Allende-, ambos le informan a éste que Rettig le exige “amplias explicaciones públicas o, en su defecto, una reparación por las armas”²⁶³.

²⁵⁹ La Nación, 6 de agosto de 1952.

²⁶⁰ El Mercurio, 6 de agosto de 1952.

²⁶¹ La Discusión de Chillán, 6 de agosto de 1952.

²⁶² Las Noticias Gráficas, 6 de agosto de 1952.

²⁶³ La Nación, 6 de agosto de 1952.

“Lo dicho, dicho está”²⁶⁴, es la única respuesta que les da el emplazado, quien a su vez, y ante la incredulidad de los presentes, pasa a designar como sus representantes en el duelo propuesto al presidente de la Cámara de Diputados, Astolfo Tapia, y a Armando Mallet, su jefe de campaña y secretario general del Partido Socialista²⁶⁵.

Sin entender de qué se trata esto de los “padrinos”, -claramente no se estaban invitando a un bautizo-, el periodista Carlos Jorquera baja rápidamente desde las tribunas de prensa, donde había presenciado el conato. El “Negro” llega justo cuando un pálido Allende, quién sabe si por nervios o de pura rabia, sale del hemiciclo.

“¿Qué es eso de que vas a mandar padrinos, te vas a batir a duelo?”²⁶⁶, le pregunta.

“¡Claro! Y no te pongas tan nervioso que el que se va a batir soy yo. Este no es asunto para negros rotos como *voh*”²⁶⁷, le responden serio, para luego pedirle que llame “al otro negro”, Manuel Mandujano, y a José Tohá, con el objetivo de que lo acompañen en los preparativos del “lance de honor”.

²⁶⁴ El Diario Ilustrado, 6 de agosto de 1952.

²⁶⁵ *Ibidem*.

²⁶⁶ Jorquera, Carlos, “El Chicho Allende”, Ediciones Bat, Santiago de Chile, 1993. Pág. 217.

²⁶⁷ *Ibidem*.

A continuación se inician diversas gestiones amistosas entre parlamentarios cercanos a los duelistas²⁶⁸, en las que Frei y Tomic, quizás sintiéndose culpables por no haberlos dejado darse un par de combos que terminaran con el asunto, actúan con particular interés²⁶⁹.

Fracasada las primeras tentativas, entra a mediar en la divergencia el presidente del Senado, quien, por su espíritu conciliador, es conocido como “el sacerdote” Alessandri. A eso de las 18.30 horas recibe en su despacho a los cuatro padrinos²⁷⁰. Figueroa Anguita entra a la sala con la cara llena de risa, y saluda a sus colegas. “Que hubo, juventud”²⁷¹, les dice. La respuesta de Tapia es seca: “Buenas tardes, senador”²⁷². Luego Alessandri les plantea como solución que ambos contendientes retiren las expresiones injuriosas y tan amigos como siempre, propuesta que es rotundamente rechazada²⁷³.

Las razones de la pelea

Más que el calificativo “tránsfuga de su propia clase”, para Rettig el ser tratado de “abogado gestor”, término que en la actualidad se homologa al anglicismo

²⁶⁸ El Mercurio, 6 de agosto de 1952.

²⁶⁹ La Discusión de Chillán, 6 de agosto de 1952.

²⁷⁰ La Nación, 6 de agosto de 1952.

²⁷¹ Las Noticias Gráficas, 6 de agosto de 1952.

²⁷² *Ibidem*.

²⁷³ El Mercurio, 6 de agosto de 1952.

“lobbista”, fue una ofensa inaceptable que atacaba su dignidad profesional y parlamentaria, además de incongruente con su merecida imagen de hombre probo. Y resultaba doblemente agravante dado el ambiente que atravesaba al país durante los postreros días del último gobierno radical. Por entonces los militantes del oficialismo eran diariamente objeto del “ninguneo”, acusados por unos de “traidores” y “oportunistas” al haber dado un giro a la derecha durante la administración de Gabriel González Videla (Ley Maldita incluida), y por otros de “robarse el Estado” y ser incapaces de ponerle atajo a la inflación que agobiaba al país.

“Nos calumniaban por todos lados, nos decían ladrones con todas sus letras y en todas partes”, recordaría Rettig muchos años después, asegurando que reaccionó así porque “a pesar de ser anticuada, absurda y ridícula, había que tener esa actitud”²⁷⁴.

“Creo que si nos hubieran dejado darnos un par de bofetadas no hubiera pasado nada más, pero como fue una pelea frustrada, decidí reaccionar, y aunque parezca ridículo, mandé a dos padrinos míos a pedirle explicaciones”²⁷⁵, agregaría el retador ya al ocaso de su vida.

²⁷⁴ Serrano, Margarita, “La historia de un bandido: Raúl Rettig”, Editorial Los Andes, Santiago de Chile, 1999. Pág. 55.

²⁷⁵ *Ibidem*.

Es el momento en que además emerge con fuerza la figura “popular-nacional” del general Carlos Ibáñez del Campo, quien junto a su escoba dispuesta a “barrer con la politiquería y la corrupción”, profundiza la crítica social contra los partidos. Agotado por 14 años en el poder y habiéndose ganado una fama relacionada con el oportunismo político y el manejo clientelar del Estado, los principales afectados con el desencanto transversal son los radicales.

En ese cuadro se inscribe el inusitado hecho de que uno de los políticos más brillantes de su tiempo decidiera batirse a duelo, figura que, además de desacostumbrada, estaba penada por ley (5 años y un día). Su decisión causó sorpresa no sólo por lo atemporal que resultaba, sino que también por ser un hombre reconocido por su capacidad de resolver conflictos en el marco del diálogo. “Llamemos a Rettig”²⁷⁶, era de hecho una frase habitual durante las recurrentes crisis del partido más antiguo de la República, zanjadas en intensas asambleas en las que él siempre concluía sus buenos oficios con la misma reflexión: “¡Qué grande sería el Partido Radical sin los radicales!”.

De hecho, antes de los sucesos que precipitaron el duelo sólo se había visto al abogado perder la compostura cuando despotricaba contra los árbitros, por algún fallo adverso al equipo de sus amores: la Universidad de Chile.

²⁷⁶ *Ibidem*. Pág. 118.

Por su parte, Allende también tenía sus motivos “extraparlamentarios” para tensionar más de la cuenta la mentada discusión en la Sala. Según el cronista Hernán Millas, un “amigo carbonero” le había “soplado” semanas antes: “Rettig te anda pelando, dice que tu candidatura está financiada por Matte”²⁷⁷, es decir, por el empresario y entonces abanderado presidencial de la derecha.

Aunque aquella acusación no contaba con prueba alguna, resultaba común escucharla desde el radicalismo, puesto que según sus cálculos la carrera presidencial de Allende, que no tenía ninguna opción de ganar, solo ayudaba a quitarle votos “del progresismo” al oficialista Pedro Enrique Alfonso, quien en el papel figuraba junto a Matte como el mejor aspectado para las elecciones.

Sin embargo, desde el primer día las razones “oficiales” de la gresca no conformaron a los escépticos, quienes especulaban que en su origen había un factor “oculto” que explicaba de mejor manera el que dos parlamentarios reconocidos como cultores del diálogo, y que siempre se habían proferido respeto mutuo, terminaran lavando el honor con un método por buenas razones en franca retirada: un lío de faldas.

Aunque por casi medio siglo se echó tierra sobre el asunto, el propio Rettig confirmaría lo anterior poco antes de morir, con la curiosidad de que más que la

²⁷⁷ Revista Ercilla, 12 de Agosto de 1952.

disputa por una mujer, detrás de la ofuscación del momento había un malentendido amoroso.

“Él estaba enamorado de la Leíto y se le ocurrió que yo también salía con ella. Lo malo es que yo no tenía nada que ver, porque lo que realmente sucedía era que yo estaba enamoriscado de una amiga de ella, y por eso la veía y hablábamos en un clima de cierto misterio, pero nada más. A Allende le bajaron los monos conmigo porque tenía dudas”, relató²⁷⁸.

“Entonces, cuando llegó al hemiciclo del Senado me hizo un par de preguntas impertinentes sobre el proyecto que favorecía a los mineros del Teniente. Todas las preguntas me las hacía a mí, no me dejaba en paz. Insistía preguntando nimiedades. Me dio mucha rabia y le dije que hacía tiempo que había dado mi examen de humanidades, hasta que nos enredamos en un cambio de palabras tontas y me dijo que era un radical ladrón”, relató en aquella oportunidad, en la que además confesó haber sido en sus años mozos “un bandido sentimental, en lo que a faldas se refiere²⁷⁹”.

²⁷⁸ Serrano, Margarita, op. cit. 1999. Pág. 57.

²⁷⁹ *Ibíd.*

Intentos de arreglo

Ignorantes de las normas duelísticas, los periodistas que presenciaron el incidente en el Congreso corren hasta la biblioteca del recinto. Allí consultan la obra del Marqués de Cabriñana, un noble español que en el siglo XIX creó el código que, por tradición, es observado en Chile para matarse entre caballeros. En sus amarillentas páginas se enumeran las razones para batirse, las que dejan claro por qué en su momento el arriesgado ejercicio fue tan común. “Se considera ofensa toda omisión u acción que denote descortesía o burlado menosprecio”²⁸⁰, dice el texto. Para ejemplificar las causales, señala que “si en el momento de pedir la palabra un diputado en el Congreso, otro se levanta de su asiento y se retirase, el solicitante de la palabra tienen perfecto derecho a pedirle una reparación por las armas”²⁸¹.

El manual dispone que los duelistas vistan de riguroso negro, tengan entre 21 y 60 años, y que, por supuesto, sean caballeros. “Cualquiera de los desafiantes puede desechar al otro, calificándolo de no apto para batirse por posición social o carencia de dotes éticas”²⁸², señala. Sobre los padrinos, establece que también “deben ser caballeros”, o por lo menos, “suponerse como tales”²⁸³. El manual explica que ellos son los encargados de preparar el lance: “hacen las

²⁸⁰ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

²⁸¹ *Ibidem*.

²⁸² *Ibidem*.

²⁸³ *Ibidem*.

actas, sorteando los sitios, las distancias, número de disparos, posición, carga de armas, trajes, escogen a los médicos. Los galenos miran, curan las heridas, o extienden los certificados de defunción”²⁸⁴.

Como se entiende, terminada la sesión en el Congreso los representantes de Rettig y Allende tienen mucho por hacer. En forma paralela a los preparativos del duelo, continúan con las gestiones para llegar a un arreglo que lo impida. A eso de las 22:00 horas, por petición de Fernando Alessandri, los radicales Correa y Figueroa Anguita le entregan una propuesta de “acta de avenimiento.”²⁸⁵ En ella se establece que Allende reconoce el haber proferido injurias contra el retador, pero que su intención “no había sido inferirle ofensa alguna”²⁸⁶. Si existía, en el criterio del senador radical agraviado, algún término contrario a su dignidad, le daba por tanto las explicaciones consiguientes. A cambio de ello, Rettig aceptaba sus excusas y retiraba, al mismo tiempo, cualquier término que éste considerara deshonoroso para su persona.

Con el documento bajo el brazo, Alessandri parte al departamento de Allende, ubicado en Victoria Subercaseaux 181. Su esperanza de evitar los disparos se desvanece rápidamente, puesto que su colega, quien lo secunda como vicepresidente del Senado, lo desecha en el acto. Según él, tiene “aspectos

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ El Mercurio, 6 de agosto de 1952.

²⁸⁶ La Discusión de Chillán, 6 de agosto de 1952.

humillantes” para su “condición de hombre y parlamentario”²⁸⁷. De inmediato sus padrinos redactan una contraproposición, la que es dada a conocer por el presidente de la Cámara Alta a los representantes de Rettig, reunidos en la casa del diputado radical Julio Durán. Considerada por ellos y consultada con su correligionario, la nueva acta es “rechazada terminantemente”²⁸⁸.

Ante ello, pasadas las una de la mañana Alessandri comunica a los periodistas que da por finalizados sus oficios amistosos. “Ahora todo queda entregado a los padrinos”²⁸⁹, declara cabizbajo el militante liberal.

Pre-duelo

A Rettig y Allende los unía una larga historia en común, la que partió cuando ambos eran sólo unos niños. Huérfano de madre y entregado por su progenitor al cuidado de unas tías, el pequeño Raúl fue enviado por ellas a estudiar al Liceo de Valdivia. Durante su segundo año de Humanidades allí fue compañero de curso de Salvador, el hijo del, en ese momento, nuevo notario público de la localidad, quien en 1921 llegó junto a su familia desde Santiago.

²⁸⁷ La Nación, 6 de agosto de 1952.

²⁸⁸ La Discusión de Chillán, 6 de agosto de 1952.

²⁸⁹ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

El nuevo estudiante no sólo se destacó rápidamente por su inteligencia, sino que también por ser “la encarnación del pije” en un pueblo lejano de todo y caracterizado por la austeridad. Según contaría Rettig, en esos años el futuro líder de la izquierda chilena “era lo más reconcentradamente derechista que había, en su vestimenta y en todo”, a tal punto que “las chiquillas le decían el pollo fino”²⁹⁰.

Si bien ambos niños congenian comenzando una larga amistad, por esos días protagonizan un inocente adelanto de la justa de honor que los enfrentaría 32 años después. El incidente ocurrió durante una visita escolar a uno de los últimos reductos militares que los españoles mantuvieron en el país tras la guerra de independencia, ubicado a algunos kilómetros de la ciudad.

“En esa época tuvimos nuestro pre duelo, porque una vez nos atacamos a pedrazos en un paseo al fuerte de Niebla. Allende me rompió un sombrero de paja y se negó a asumir su responsabilidad”²⁹¹, recordaría Rettig.

Al tiempo el pequeño Raúl dejó Valdivia para volver con sus tías a Angol; y Salvador hizo lo propio y retornó con su familia al centro de país, cuando a su padre lo nombran relator de la Corte de Apelaciones de Valparaíso.

²⁹⁰ Serrano, Margarita, op. Cit. Pág. 19.

²⁹¹ *Ibíd.*

Luego ambos comenzarían sus carreras políticas como opositores de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, a finales de la década del 20'. Por esa época Allende llega a ser vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, como militante del grupo Avance. Por su trabajo como dirigente estudiantil fue detenido y expulsado temporalmente de la universidad, tras lo que participó en la fundación del Partido Socialista.

Por su parte, Rettig terminó sus estudios secundarios en la Escuela Normal de Victoria, donde a los 16 años se tituló de profesor primario. Por ser cercano al anarquismo corporativista, se le prohibió ejercer y fue relegado a Mininco. Tras ser liberado logró entrar a estudiar Derecho a la Universidad de Concepción, en la que ya abrazando las ideas del radicalismo, se convierte en el presidente de su Federación de Estudiantes. Pese a ya haber sufrido las consecuencias de la represión, desde allí trabaja en coordinación con sus pares de Santiago para terminar con el régimen de Ibáñez del Campo.

Los ex compañeros de colegio se reencontrarían definitivamente al ser electo Presidente de la República Pedro Aguirre Cerda, en el año 1938. Apoyado por el Frente Popular, que aglutinaba a los partidos Radical, Socialista, Comunista y Democrático, el mandatario sumó en su gabinete a los dos ex líderes estudiantiles: a Allende lo nombró ministro de Salubridad, y a Rettig

subsecretario de Interior. Además, en ese momento ambos ya eran “hermanos” en la Masonería.

Itinerario de los duelistas

Pasadas las nueve de la noche, sale del Congreso Raúl Rettig. Va a su casa en calle Carlos Walter, donde se ducha, afeita y viste de negro²⁹², según manda la obra del Marqués. Luego parte a la residencia del diputado radical Julio Durán, en calle Purísima²⁹³. Tras recibir órdenes expresas del Presidente González Videla, -quien se enteró del duelo mientras veía el estreno de Fuenteovejuna en el Teatro Municipal-, al lugar llega el director de Investigaciones, Luis Brun D’Avoglio²⁹⁴. Con la esperanza de no verse forzado a utilizar la fuerza, intenta persuadir al parlamentario “por la buenas”. Sin embargo, éste reacciona con vehemencia. “Persigue a los cartilleros y no a un senador que está defendiendo su honra y la del Partido Radical, al que tú también perteneces”²⁹⁵, le dice. Mientras Durán increpa al policía por el “allanamiento” del que es objeto su casa, el honorable se escabulle al patio y salta una pandereta hacia la calle, donde toma un taxi²⁹⁶.

²⁹² Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

²⁹³ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

²⁹⁴ El Mercurio, 7 de agosto de 1952.

²⁹⁵ Millas, Hernán, Pág. 172.

²⁹⁶ La Nación, 7 de agosto de 1952.

De allí se dirige raudo a la casa del senador Fernando Moller, a quien le pide prestada su “camisa más elegante”²⁹⁷; y a Benjamín Claro Velasco, quien llega momentos después, le requisita su sombrero enguinchado y un sobretodo oscuro. Luego se echa encima medio frasco de colonia francesa, y procede a rasurarse otra vez. “Porque la muerte es mujer, hay que llegar a ella limpio y afeitado”²⁹⁸, se justifica. Para rematar le pide a la esposa de Moller, María Alcaide, una fina bufanda de seda blanca. “Es un hermoso blanco que le ofreceré a Allende”²⁹⁹, dice.

Para evitar más percances con la policía, Julio Durán y el senador Juan Luis Maurás, quien oficia como padrino “de hecho”, consiguen una serie de “casas de seguridad” para que Rettig cambie su ubicación mientras espera el lance. Entre ellas figuran las residencias de sus padres, Julio Maurás Corro y Domingo Durán Morales, y la de Benjamín Claro³⁰⁰. La maniobra les permite evadir a sus perseguidores.

La tarea no era nada fácil, pues al acecho de los duelistas está el despliegue de periodista y policías más grande que recuerde Santiago. En la cacería diez

²⁹⁷ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

²⁹⁸ *Ibidem*.

²⁹⁹ *Ibidem*.

³⁰⁰ Maurás, Juan, “Don Juan Lui Maurás Novella, vida y trayectoria política”, Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago de Chile, 2011. Pág. 24.

diarios, dos revistas, cuatro radios y tres agencias movilizan a sus reporteros. Lo propio hacen Carabineros, -con quince radiopatrullas³⁰¹-, e Investigaciones, con cien de sus detectives en las calles.

Allende, por su parte, comienza su periplo post duelo verbal en la Plaza Artesanos de Recoleta, donde asiste a una proclamación de su candidatura presidencial. Allí se muestra tranquilo ante los reporteros. “Ya que están aquí, aprovechen, que puede ser la última foto que me saquen con vida”³⁰², les dice. Ante la pregunta de qué hará durante la noche, contesta en broma “buscarme una rubia y pasarlo agradablemente”³⁰³. Luego va a comer a la Plaza Italia con Mandujano y Mallet³⁰⁴, y más tarde se dirige a su departamento, a los pies del cerro Santa Lucía. Rápidamente el frontis del edificio se llena de gente. La masa de periodistas ve con envidia cómo sale de su refugio solo para elegir a dos de ellos, Carlos Jorquera y Humberto Malinarich, y volver a su hogar. Una vez dentro, les sirve unos vasos de whisky. “A lo mejor este es el último trago de mi vida, y me lo quiero tomar con dos negros. Cuentan que los negros dan buena suerte. Vamos a ver si es verdad. ¡Salud!”³⁰⁵, les dice.

³⁰¹ La Discusión de Chillán, 7 de agosto de 1952.

³⁰² Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

³⁰³ *Ibidem*.

³⁰⁴ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

³⁰⁵ Jorquera, Carlos, *op .cit.* Pág. 209.

Allende está de buen humor. Luego de ponerse ropa oscura para quedar a la pinta del Marqués, a otros dos periodistas que logran entrar a su casa, Hernán Millas y Sergio Marín, les pregunta: “¿Hacen juego la corbata con los calcetines?”³⁰⁶ Antes de que puedan darle una respuesta, tiene puesta otra corbata. Su esposa Hortensia Bussi, en cambio, se ve muy nerviosa, al punto de que querer acompañarlo al duelo. Pero a eso de las 5 de la madrugada del edificio sale acompañado sólo por sus ya “padrinos de hecho”, Mandujano y José Tohá.

Afuera, los periodistas especulan que el parlamentario se está metiendo a “la boca del lobo”, con el objetivo de ser obligado por la policía a cancelar el lance. ¿Bueno senador, y...?, le preguntan. “Me dirijo al campo de honor”, dice para su sorpresa³⁰⁷. Me voy a batir, compañeros”, agrega resuelto. “Pero si está rodeado completamente por la policía”, insiste un reportero. “Aunque me pongan cien radiopatrullas me voy a batir hoy mismo, y tengan la certeza de que lo haré como hombre y caballero. Ya lo verán. Hasta luego”³⁰⁸, sentencia Allende. De inmediato se sube junto a Tohá a su Chevrolet azul con patente parlamentaria³⁰⁹, el que raudo parte hacia la casa del dirigente socialista Manuel Eduardo Hübner, en la Plaza de la Constitución.

³⁰⁶ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

³⁰⁷ La Nación, 7 de agosto de 1952.

³⁰⁸ Las Noticias Gráficas, 6 de agosto de 1952.

³⁰⁹ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

En una corta y furiosa carrera el vehículo toma Victoria Subercaseaux contra el tránsito, siendo seguido por una larga comitiva de periodistas y policías. Luego baja por la Alameda y dobla por Teatinos, -también contra el tránsito-, para llegar a la calle Agustinas. Allende y los suyos descienden rápidamente y entran al edificio del número 1291, ubicado al lado del diario La Nación³¹⁰.

A los segundos una ventana del quinto piso se ilumina, delatando su ubicación. Mirándola fijamente, abajo los periodistas apuestan a que las habilidades negociadoras de los padrinos terminarán por evitar las balas. A ello, los policías agregan que de todos modos el duelo no se concretará, puesto que tienen cubiertas todas las salidas.

Disimuladamente otro auto se estaciona en calle Bombero Salas, entre el Hotel Carrera y el ministerio de Hacienda. En su interior se encuentran algunos de los máximos dirigentes del Partido Comunista en la ilegalidad, encabezados por Volodia Teitelboim³¹¹. Indignados con la posibilidad de quedarse sin candidato a 30 días de la elección, le habían hecho saber a Allende que ellos no participarían del ajetreo duellístico. Sus socios del “Frente del Pueblo” habían intentado persuadirlo argumentando que el honor revolucionario no se lava con instituciones propias de la aristocracia burguesa, y venían a buscar una respuesta.

³¹⁰ El Mercurio, 7 de agosto de 1952.

³¹¹ El Mercurio, 7 de agosto de 1952.

Pero para el médico socialista la cosa es al revés, puesto que para él no es posible revolución alguna sin que antes sus militantes sean hombres de honor, dispuestos a dejar la vida si para defenderlo resulta necesario. “Ya estoy comprometido. Hagan con su campaña lo que quieran, porque yo me voy a batir igual”³¹², les manda a decir mediante un mensajero. Pragmáticos, los comunistas concluyen que si el duelo es inevitable, entonces se debe hacer “como corresponde”, y le encargan a sus periodistas, encabezados por Fernando Murillo, que se cercioren de que no se trata de un “tongo” que los deje en ridículo³¹³.

La tensión crece bajo el departamento de Hübner. De repente un Pontiac patente EL-65 pone en marcha su motor y acelera a fondo, doblando hacia el norte. Allí lo divisan los carabineros que hacen guardia en la salida posterior del edificio. El radiopatrulla comienza una fugaz persecución del misterioso automóvil, en el que piensan va Allende. Pero al darle alcance, verifican que solo es ocupado por Tohá y Wilfredo Mayorga³¹⁴, secretario de la vicepresidencia del Senado. Mientras lo partean por no poseer padrón ni documentos, los policías ignoran que están siendo víctimas de una exitosa maniobra distractora: el duelista se escabulle discretamente por la salida de

³¹² La Segunda, 20 de septiembre 1991.

³¹³ *Ibidem*.

³¹⁴ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

Huérfanos 1294³¹⁵, que dejaron descubierta. ¿El destino? Macul Alto, donde a esa hora también se dirige Raúl Rettig.

Últimos preparativos

Tras ser desechada una salida amistosa, los padrinos se enfocaron en preparar lo necesario para que sus representados se intercambiaran disparos. Lo primero, obviamente, era conseguirse las armas. Dado que la “Biblia” para estas lides mandaba usar “pistolas de duelo”, los radicales propusieron recurrir al ex regidor conservador José Luis López Ureta, coleccionista de este tipo de artefactos. Sin embargo, en un comienzo éste se negó a pasarlas, aduciendo su calidad de católico. “Hasta aquí nomás llega la alianza radical-conservadora”³¹⁶, aseguró haciendo gala de su conocida simpatía.

Pero finalmente los padrinos lograron convencerlo y facilitó dos pistolas reglamentarias, con las que partieron a la casa de Fernando Moller, donde se encontraba el retador. Allí López Ureta intentó explicarle a Rettig, quien en su

³¹⁵ Revista Vea, 13 de agosto de 1952.

³¹⁶ Millas, Hernán, op. cit. Pág. 173.

vida había tomado un arma, cómo funcionaban. “Pero si este niño es muy bruto, lo van a matar”³¹⁷, protestó el ex regidor.

Al enterarse de las dificultades de su colega con las pistolas, Fernando Alessandri, quien preocupado por un eventual desenlace fatal había pedido que lo mantuvieran informado, llamó a los padrinos de Allende para preguntarles si él estaba familiarizado con ellas. “Experto, experto, no es, pero se las baraja”³¹⁸, fue la respuesta que le dieron, porque sabían que durante su servicio militar había disparado unos pistolones de la época colonial. Ante ello el Presidente del Senado sentenció que el duelo no podía realizarse, puesto que uno de los contendientes corría con ventaja.

Pero Ulises Correa, uno de los más entusiasmados con su realización, no estaba dispuesto a que se cancelara por tal formalismo. “Entonces hay que recurrir a revólveres”, planteó el senador, aduciendo que con ellos es más difícil apuntar de lejos. “Imposible, el Marqués dice que sólo los cowboys se baten con revólveres”³¹⁹, contestó Fernando Anguita, el “purista” del grupo. Pese a lo anterior, ambas partes deciden usar comunes Smith & Wesson³²⁰, aunque con el compromiso de mantener en reserva la razón para no afectar la honorabilidad de la justa. A la prensa, entre otras excusas, le dicen que les fue imposible

³¹⁷ La Segunda, 20 de septiembre 1991.

³¹⁸ Millas, Hernán, op. cit. Pág. 173.

³¹⁹ *Ibidem*.

³²⁰ La Nación, 7 de agosto de 1952.

conseguir balas para las pistolas³²¹; o que López Ureta facilitó, en un acto cristiano, armas inutilizables³²².

En cuanto al sitio para realizar el duelo, nuevamente son los radicales, claramente más habituados a estas lides, quienes obtienen resultados. El lugar es facilitado por Raúl Jaras Barros, empresario automovilístico y co-propietario junto a Germán Picó Cañas, militante del partido, del diario La Tercera de la Hora. El lugar elegido se ubica en Macul Alto, en el extremo sur oriente de la capital. Junto a una casa patronal tiene una extensa y discreta chacra, la que colinda con un garaje de camiones de propiedad de Jaras. Cumple, concluyen los encargados, con todas las condiciones para balearse con hidalguía.

Finalmente los padrinos discuten los últimos detalles del duelo. En un arranque de cordura descartan las modalidades de justas “a muerte”, es decir disparos mutuos hasta que alguien pierde la vida o cae gravemente herido, y la de “a primera sangre”, que consigna el fin del duelo cuando alguno le apunta al blanco, sin importar con qué precisión. Por tanto, acuerdan que los honores quedarán restablecidos y habrá “satisfacción” luego de que se intercambien un solo disparo.

³²¹ La Segunda, 6 de agosto de 1952.

³²² Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

En cuanto a la distancia al momento de jalar el gatillo, prefieren los 25 pasos³²³, una opción intermedia de las establecidas por el marqués de Cabriñana. “Máxima 35 pasos, mínima 15 pasos. Menos se considera asesinato; más de 35 pasos, burla del duelo de honor”³²⁴, dice en su obra.

Periplo periodístico

De las más de doscientas personas movilizadas en la cacería de los honorables, al lugar de los hechos llegan menos de una decena, todos periodistas o reporteros gráficos. Según los testimonios existentes, lo hacen por dos vías, ambas relacionadas con Allende.

Por un lado, de entre quienes se encontraban esperándolo en la Plaza de la Constitución, estaba Carlos Jorquera. El reportero de “Las Noticias Gráficas” se percató que en un momento desaparece de la ventana espiada la inconfundible figura quijotesca del “Flaco” Tohá, signo inequívoco de que el duelista ya no se encuentra en el lugar.

³²³ La Nación, 7 de agosto de 1952.

³²⁴ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

Con la confianza de ser conocido por la familia Hübner, el periodista se escabulle en su departamento vía entrada lateral del edificio, ascensor de servicio, y ventana de la cocina. Allí se topa con la señora que los atendía. "¿Y Allende?", le pregunta con seguridad. "Por aquí anda, pero hace rato que no lo veo", le responde la mujer, a quien luego le pide que le diga dónde está el teléfono. "Lo pusieron en la pieza del Tinito", le contesta la nana. Con esa información Jorquera entra a la pieza del hijo de Hübner, quien le cuenta que había escuchado a unos señores poniéndose de acuerdo en horas y lugares. Sin quererlo, el pequeño le había entregado las coordenadas del "lance de honor"³²⁵.

Por esa misma hora Guillermo Ravest, reportero de la modesta agencia Cooper y la radio Nuevo Mundo, camina derrotado hacia el centro de la plaza. La espera se hace interminable y nada parece conducir su reporte a un punto productivo. Mientras se lamenta aparece en el lugar Rolando Cárdenas, un poeta y conocido trasnochador que venía caminando desde algún barucho hacia su casa. Medio borracho, le comenta lo cambiada que está la sociedad santiaguina. "Estamos cada vez más inusitados... Mira la hora que es y ahí en San Diego, entre Alonso Ovalle y Tarapacá, acabo de divisar como a cinco tipos, muy acicaladitos, ensombrerados y todos de luto, como para ir a un

³²⁵ Las Noticias Gráficas, 6 de agosto de 1952.

funeral”³²⁶, le cuenta. El periodista de inmediato capta que los curiosos personajes más que a un entierro van a una posible instancia previa de tal ceremonia, lo que confirma cuando el poeta le dice que uno de ellos es Astolfo Tapia.

Como andaba corto de efectivo y sin movilización, Ravest comparte su exclusiva con el editor del vespertino Las Noticias de Última Hora, Guillermo Herrera. Ambos suben a su auto y cruzan la Alameda al encuentro del grupo funerario, que estaba justo en el lugar indicado. Mirando desde lejos para no ser descubiertos, divisan a varios sujetos junto a dos autos, aunque Allende no está entre ellos.

Tras varios minutos de espera aparece un tercer vehículo con el duelista abordo, haciendo que el resto se ponga en marcha. El recién llegado pasa a encabezar una caravana que toma Alonso Ovalle, dobla por San Francisco y enfila hacia el oriente por avenida Grecia, a casi 100 kilómetros por hora. Manteniendo la distancia perfecta para no perderlos de vista ni ser descubiertos, el experimentado Herrera los sigue sin mostrar “una brizna de nerviosismo”³²⁷. Al llegar a Macul doblan hacia el sur hasta pasar la “Punta de Rieles”, que marca el fin del pavimento capitalino y el inicio de los faldeos

³²⁶ Ravest, Guillermo, “Pretérito Imperfecto”, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2009. Pág. 27.

³²⁷ *Ibíd.*

cordilleranos. Tras cruzar el canal San Carlos, la comitiva ingresa a una parcela con un letrero que la identifica como propiedad de la familia Jaras.

En definitiva, del medio centenar que lo pretende, al campo de honor llegan los periodistas de Última Hora Guillermo Herrera, Fernando Murillo, Rodolfo Ferreyra y Alberto Gamboa; Humberto Malinarich de revista Veá, Carlos Jorquera de Las Noticias Gráficas, y Guillermo Ravest de la agencia Cooper.

El duelo

Los duelistas se presentan en el “campo de honor” pasadas las seis de la mañana, siendo recibidos por Raúl Jaras, quien viste de riguroso luto. Sin cruzar palabras, ingresan separados a unos pequeños cuartos interiores, mientras esperan que despunte el alba. Tras ellos vienen los periodistas de “Las Noticias de Última Hora”, a quienes Maurás deja entrar tras cerciorarse de que no los sigue la policía. Encuentran a Rettig tenso y poco locuaz. A su “buenas noches senador”, éste les contesta con un “buenas se las dé el diablo”³²⁸. Allende, en cambio, mantiene su cordialidad de siempre. “Buenas noches compañeros, ¿qué frío, eh?”³²⁹, les dice como si estuviera de paseo.

³²⁸ Noticias de Última Hora, 6 de agosto de 1952

³²⁹ *Ibidem*.

Para calmar los nervios y resistir la traspasada, por mientras los padrinos se echan unas copitas de coñac. Los duelistas no fuman ni beben. Preocupado, uno de los socialistas se acerca a los de Rettig. “El senador Allende disparará a matar”, les dice. Como respuesta obtiene una pregunta: “¿Y usted cree que el nuestro vino a matar pajaritos?”³³⁰.

Luego salen a campo abierto para afinar los últimos detalles del lance. Verifican cuidadosamente el lugar sobre el que caminarán las posibles víctimas, escogiendo un sitio plano que en el pasado tuvo uso agrícola. Eligen como encargado de contar los 25 pasos y poner las marcas, en buena hora, al más grandote de los presentes³³¹: Ulises Correa, quien se esfuerza por dar las zancadas más largas que puede. Terminada esa tarea, acuerdan que oficiará como “director” del duelo Fernando Anguita, mientras que Astolfo Tapia será quien dará las órdenes.

Cuando los primeros rayos del día se filtran entre los cerros Punta de Damas y de Ramón, aparecen los duelistas. Al ver Maurás que Rettig lleva la bufanda blanca, lo reprocha por facilitarle la tarea a su rival. “No me la quito, porque me la regaló esta tarde una mujer a quien aprecio mucho”³³², le responde.

³³⁰ *Ibíd*em

³³¹ *La Segunda*, 5 de mayo de 2000.

³³² Maurás, Juan, *op. cit.* Pág. 24.

Como doctor en el lugar se encuentra el senador radical Florencio Durán, quien carga un maletín con los implementos básicos en caso de buena puntería. Cuando le preguntan a Allende si lo acepta como tal, responde bromista: “No tengo ningún inconveniente, pero en cuanto a médico, todavía hay que buscarlo”³³³.

Incrédulos, los periodistas apuestan a que habrá una salida “por secretaría” que evitará los disparos. Pero en ese momento Julio Durán presenta dos revólveres calibre siete, cada uno cargado con una bala. Allende es el primero en tomar el suyo³³⁴, por haber ganado el derecho a escoger en un cara o sello previo. Sin vacilaciones, Rettig luego hace lo propio.

El dueño del predio marca nuevamente con una vara las posiciones de los contendientes, quienes avanzan lentamente hacia ellas. Con tanto examen del terreno, Allende lanza el que puede ser su último chiste. “Después de esto hasta yo me hago agrario-laborista”³³⁵, dice sacando risas nerviosas.

Con un grito de Anguita se hace el silencio. “De espaldas, por favor. Entre la primera y segunda señal se dan vuelta, entre la segunda y tercera apuntan. Con

³³³ Noticias de Última Hora, 6 de agosto de 1952

³³⁴ La Segunda, 6 de agosto de 1952.

³³⁵ Noticias de Última Hora, 6 de agosto de 1952.

la última disparan”, señala solemnemente. Cuando el desenlace parece inminente, una voz desconocida y agitada rompe la terrible tensión del momento.

“¡Toma monos, viejo, toma monos!”³³⁶, grita el periodista Carlos Jorquera. El “Viejo” es su reportero gráfico, Rodolfo Ferreyra, y los “monos” las fotos que le pide en jerga reporteril. Junto a Alberto “Gato” Gamboa, que corre a su derecha, entran a escena luego de saltar un muro de zarzamoras que rodea la propiedad.

Mientras uno de los periodistas negocia con los padrinos su permanencia en el lugar, el otro aprovecha de sacarle una “exclusiva” a Rettig, quien sólo declara: “Espero tener mejor puntería que la delantera de la U”³³⁷.

Superado el impasse, los duelistas vuelven a sus posiciones; Rettig mirando hacia la cordillera, y Allende hacia el poniente. Anguita recita nuevamente las líneas de rigor. Tapia da la primera palmada, y los duelistas giran sobre sus talones. La segunda y tercera se suceden rápidamente, como manda el Marqués. Las balas salen al unísono. Rettig tambalea hacia un costado, pero sólo por la detonación de su propia arma. Durán y Maurás corren a su

³³⁶ Jorquera, Carlos, op. cit. Pág. 217.

³³⁷ *Ibíd.*

encuentro. “Yo estoy bien, preocupense de Salvador”³³⁸, les dice ileso, porque la bala le pasó por lejos y se perdió entre los cerros.

Allende, en cambio, está en el suelo. Luego de dar un paso adelante como si fuera a desplomarse, logra alzarse sobre las piernas aún abiertas, pero solo para después dar un giro y perderse dentro de un bache del terreno. Cuando Rettig lo ve caer, por casi él también termina en el piso de puro susto. En una millonésima de segundo piensa en las terribles consecuencias de su acción. Pero al llegar los presentes a asistir a su contrincante, éste les dice enojado: “no me toquen, no me toquen, estoy bien”³³⁹, y se reincorpora por sus propios medios. La bala de Rettig pasó cerca³⁴⁰, a sólo unos centímetros de la oreja derecha de Allende. “Fue un mareo, nada más”, asegura el socialista. Pese a la petición de los padrinos y periodistas, los duelistas se niegan a reconciliarse en el lugar³⁴¹.

Reacciones

Carabineros llega al campo de honor cuando en el lugar solo queda el cuidador, con cuyo testimonio se levanta el siguiente parte policial. "Por las

³³⁸ La Segunda, 5 de mayo de 2000.

³³⁹ *Ibidem*.

³⁴⁰ La Segunda, 6 de agosto de 1952.

³⁴¹ La Nación, 7 de agosto de 1952.

demostraciones en el terreno húmedo que corre de mar a cordillera, se realizó el duelo a pistolas sin mayores consecuencias. Posteriormente, todos regresaron a las dependencias del señor Jaras, en donde tomaron desayuno, y después se dirigieron al portón de entrada de la parcela, donde se captaron varias fotografías, pues en el suelo había ampolletas vacías de magnesio. Luego regresaron en sus vehículos a la capital”³⁴².

La noticia corre rápidamente por Santiago, siendo los primeros damnificados las fuerzas policiales, que seguían esperando la salida de Allende del departamento de Hübner. En ridículo al haberle perdido la pista a los honorables, el prefecto jefe de Carabineros, coronel Arévalo, declara: “Como corresponde a esta clase de delitos, nuestra labor ha sido únicamente colaborar con Investigaciones”³⁴³. Luis Brun, director de la institución aludida, explica que concentraron sus esfuerzos, sin éxito, en seguir a Allende, puesto que evitando que llegara sólo una de las partes, no habría duelo. A la mañana siguiente, el jefe de la policía es citado a darle explicaciones al Presidente González Videla³⁴⁴.

La prensa escrita, luego de publicar notas informativas de los hechos, lo critican en forma irónica. “Barbarie: Se batieron y los duelistas salieron ilesos. Duelistas

³⁴² La Discusión de Chillán, 7 de agosto de 1952.

³⁴³ El Mercurio, 7 de agosto de 1952.

³⁴⁴ *Ibíd.*

y lesos es lo mismo”³⁴⁵, señala el Diario Ilustrado. “El duelo, simple resabio de épocas de salvajismo, podría servir para desahogar los innobles arranques del odio o de la ira; pero ninguna persona razonable vería en él una manera de lavar las afrentas o reparar el honor”, agrega el periódico tradicionalista.

Alejandro Tinsly, de El Mercurio, critica en una columna la mala puntería: “Nunca hubiera pensado que los hombres fuesen tan crueles. Caminar varios kilómetros, gastar aceite y bencina, molestar a los patrulleros, ¡Sólo para asesinar con engaño a un pobre zorzal de parrón! ¿Qué tenía que ver su honor conmigo? ¿Por qué habrían de lavar la ofensa con la sangre de un pobre pájaro?”³⁴⁶.

En la página editorial de “El Imparcial”, Gustavo Campaña se mofa parodiando a Cyrano de Bergerac. “Son los duelistas de Macul Alto – que a Picó tienen por anfitrión -; son senadores muy conocidos – que al alba parten muy ofendidos - a dar muerte sin compasión – Son los duelistas de Macul Alto – que a Picó tienen por anfitrión – Van con Ulises y Astolfo Tapia – Mallet Arnaldo con don Hernán...- sin pistolas con malas caras- buscan la chacra de Raúl Jaras – y en la penumbra dispararán...! – Que ‘matasanos’, qué son ‘gestores’ – son dulces

³⁴⁵ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

³⁴⁶ *Ibíd.*

nombres que ellos se dan – Ebrios de sueño por los pastales – los periodistas dispararán...”³⁴⁷.

Por su parte, la revista de humor político Topaze editorializó: “Los senadores Allende y Rettig tomaron en serio un duelo en Chile. No los aplaudimos porque no creemos que sea ello una manera cuerda de manejar dificultades entre cultos; pero no podemos menos que respetar y admirar que exista todavía un par de HOMBRES capaces de enfrentar dos cosas que producen terror: ¡La muerte y el ridículo!”³⁴⁸.

El único diario que se toma en serio el asunto es Democracia, que reemplazó a El Siglo como medio del Partido Comunista. En su editorial, acusa a “los elementos alfonsistas” de torpedear las gestiones para evitar el lance: “En los últimos momentos se vio actuar a Germán Picó Cañas, Fernando Moller, Florencio Durán, y según nuestras informaciones habría actuado también el señor González Videla. Se tiene conocimiento de que en esta última etapa de la lucha electoral el oficialismo pondrá en práctica una serie de provocaciones de acuerdo con el plan que ya hemos denunciado. Los militantes del Frente del Pueblo deben estar alertas para rechazar estas maniobras y denunciarlas oportunamente”³⁴⁹.

³⁴⁷ *Ibíd*em

³⁴⁸ Revista Topaze, 8 de agosto de 1952.

³⁴⁹ Revista Ercilla, 12 de agosto de 1952.

Desde la otra vereda, Acción Católica, la revista de la Iglesia, sentenció: “Es lamentable que a un hábito social en desuso se le haya hecho revivir en la política chilena. El honor ni se recupera ni se obtiene en un combate de esa índole: en la rectitud de los actos y no en las injustas afirmaciones de cualquiera. Con el duelo se injuria a la sociedad a quien corresponde sancionar los agravios y delitos, y se ofende a Dios, porque solo él puede disponer de la vida y formular sobre los hombres un juicio definitivo”³⁵⁰.

Aunque fuera del ámbito periodístico, las reacciones incluso traspasaron las fronteras del país. Prueba de ello es la mención que hace del duelo el embajador estadounidense Claude Bowers, quien seguía de cerca los pasos de Allende. En uno de sus reportes sobre “la actividad comunista” en el país, le asegura al Departamento de Estado norteamericano que “los chilenos se mataron de la risa con todo lo relacionado al incidente”³⁵¹.

Reconciliación

Aunque tras el duelo no hubo reconciliación inmediata, ésta no tardó en llegar. Al encontrarse días después en el Senado, Allende se acerca a Rettig y sin

³⁵⁰ *Ibidem*.

³⁵¹ “Carta de Bowers a Miller”, citada en “Losing a Model Democracy: Salvador Allende and U.S.-Chilean Relations, 1945–1970,” Ph.D., University of Florida, 1990. Pág. 126.

pronunciar palabra le da gentilmente la mano, lo que éste entiende como gesto de que no le guarda rencor.

Cuando Leonor Benavides³⁵², la “Leíto”, se enteró de los balazos, lo primero que hizo fue levantar el teléfono y llamar a Allende, a quien conocía desde su juventud en Viña del Mar, donde había sido compañera de curso de sus hermanas. Inmediatamente después telefonea a Rettig, para darle un sermón: “Cómo pudieron hacer semejante estupidez, y lo mismo le acabo de decir a Salvador”³⁵³.

Luego Allende organiza una reunión de los tres en la casa de Rettig. Antes de que llegue Benavides, le dice a su colega que el motivo de la cita es su deseo de ser presidente del Senado. “¿Y qué tiene que ver la Leíto?”³⁵⁴, le pregunta el abogado radical. “Quiero que hagamos un compromiso con ella como testigo”³⁵⁵, le responde. En eso llega al lugar la aludida, quien apoya al socialista en su misión. “Salvador quería hablar contigo de esto, pero no se atrevía, y por eso me pidió hacerlo conmigo presente”³⁵⁶, le dice. Rettig acepta y le ayuda a juntar los votos con que se convierte en presidente del Senado,

³⁵² Habiendo sido en Viña del Mar compañera de curso de las hermanas de Allende, décadas más tarde se reencuentra con él en Santiago, y se convierte en su secretaria de campaña. Según Eduardo Labarca también en su amante, siendo “más que una capillita quizás una basilica”. Ver Labarca, Eduardo, “Salvador Allende: biografía sentimental”, Editorial Catalonia, Santiago de Chile, 1997. Pág. 81.

³⁵³ “Serrano, Margarita, op. cit. Pág. 58.

³⁵⁴ *Ibidem*.

³⁵⁵ *Ibidem*

³⁵⁶ *Ibidem*

pues la elección de Ibáñez del Campo obliga a radicales y socialistas a dejar atrás sus diferencias. En el discurso en que Allende abandona, a fines de 1952, la vicepresidencia de la Corporación, reconoce la labor de Rettig y formalmente le pide perdón por “la injusticia” que cometió con él durante la discusión parlamentaria del 5 de agosto.

Pasan los años y Allende enfrenta su cuarta y definitiva campaña presidencial, en la que por primera vez cuenta con el apoyo del Partido Radical. Rettig, pese a ser un convencido antimarxista, rechaza los quiebres en su colectividad y se suma lealmente a la campaña de la Unidad Popular. “Yo soy perro de regimiento. Cuando se toma una decisión la acato, aunque no sea de mi gusto”³⁵⁷, declaró en su oportunidad.

Tras ser electo, Allende lo llama a la casa presidencial de Tomás Moro, donde le pide que sea su embajador. Al mismo tiempo en que le da a “escoger” entre la URSS, México y Brasil, le hace saber que lo quiere en este último país, el que está gobernado por una dictadura militar. “Porque ahí necesito a un viejo zorro como tú”³⁵⁸, le dice, asegurando que a un socialista o comunista “se le caería la estantería” en dicho cargo.

³⁵⁷ La Segunda, 5 de mayo de 2000.

³⁵⁸ *Ibíd.*

Tres años después, en su residencia diplomática de Brasilia, a Rettig le informan que un Golpe de Estado ha derrocado al hombre al que casi mata dos décadas atrás. Llamando a Juan Maurás, su ex “padrino de hecho” en el duelo de Macul Alto, se entera que Allende cumplió su promesa de pagar “con la vida la lealtad del pueblo”. Cuando su correligionario le pregunta cuáles serán sus pasos a seguir, Rettig sólo le contesta: “Voy a poner la bandera a media asta, por mi Presidente que ha muerto”³⁵⁹.

³⁵⁹ La Segunda, 5 de mayo de 2000.

CONCLUSIONES

El fin del Chile decimonónico, la república oligárquica y el Estado portaliano concentra buena parte de su proceso entre 1920 y 1952. Es precisamente entre estos años donde podemos hablar abiertamente de un cambio de orden en nuestro país que no solo tiene un cariz político, sino también social, cultural y económico.

El orden que de allí emerge es aquel que tiene las características de una república nacional-popular, con un proyecto modernizador cuyo principal motor será el Estado desarrollista y benefactor, nudo importante del nuevo consenso estratégico que las clases dominantes extenderán hasta el quiebre que significó para ellos el gobierno de la Unidad Popular.

Este nuevo carácter de la democracia chilena verá agonizar y morir a una pequeña élite oligárquica, principales actores del sistema parlamentario, para dar paso a nuevos actores políticos: caudillos, movimientos y partidos que encarnarán determinados proyectos de sociedad y que librarán la batalla por darle dirección al Chile del siglo XX.

Estos nuevos actores políticos estarán influenciados por tres factores fundamentales: las nuevas corrientes internacionales, la nueva correlación

mundial de fuerzas y la crisis de representatividad o vacío de poder que afectará al país durante estos años.

La crisis de la doctrina liberal, hegemónica durante el grueso del siglo XIX, permitirá la irrupción de tres corrientes a nivel mundial que buscarán posicionarse como su alternativa: El marxismo-leninismo, que se presentará a nivel global como una vía posible para los trabajadores con la revolución de octubre (1917) y la naciente Unión Soviética; la doctrina social de la Iglesia, que le dará al catolicismo una nueva lectura de la realidad mediante la primera encíclica social “Rerum Novarum” (1891) y una nueva misión mediante la “Quadragesimo anno” (1931), que busca darle una salida armónica a la contradicción entre capital y trabajo; y finalmente el nacional-socialismo, que tendrá importantes referentes en Italia, Alemania y el Japón imperial tras la Gran Depresión de 1929, pero que en Chile no influirá mayormente, fuera de acotadas expresiones partidarias que no tuvieron mayor proyección.

Estas nuevas corrientes que empiezan a extenderse por el mundo van de la mano con un cambio en la correlación de fuerzas a nivel global. Europa pasa de gobernar el planeta mediante un sistema de colonias en América, Asia y África a convertirse en el principal escenario de dos guerras mundiales que la dejó en el suelo. Su alicaído estado le impidió mantener bajo su influencia a las colonias, lo que permitió el triunfo de un sinnúmero de movimientos de

emancipación, dejando su trono a quienes repartirán el mapa en dos durante toda la segunda mitad del siglo XX: Estados Unidos y la Unión Soviética.

El ejercicio de las nuevas potencias globales y la llegada de las nuevas corrientes ideológicas, se cruzarán en Chile con un amplio cuestionamiento a las élites gobernantes, que se arrastraba desde principios del siglo XX. Esta decadencia junto a la ausencia de alternativas de gobierno, generarán una crisis de representatividad o un vacío de poder que se evidencia con claridad en los hechos que hicieron zozobrar el primer mandato de Alessandri Palma, quien en la década del '20 fue el llamado a darle una salida a esta crisis.

Es durante la década siguiente cuando se tiende a resolver esta crisis de representatividad, originándose un nuevo mapa de fuerzas donde crecerán electoralmente los partidos de izquierda; se consolidará el Partido Radical como centro político, se replegarán los movimientos de derecha en el disminuido partido conservador, distintas vertientes liberales o expresiones regionalistas como el Partido Agrario, y emergerán las nuevas corrientes de la juventud conservadora: La Falange Nacional y el Movimiento Nacional Socialista. Asimismo, los gobiernos radicales sentarán las bases del nuevo orden que darán continuidad la progresiva democratización a la que se venía dando curso a partir de la nueva Constitución de 1925, pero combinado con un amplio

proceso de industrialización que sería empujado por el Estado hasta el fin del gobierno de Salvador Allende.

Este escenario permite el surgimiento de nuevos actores en la escena política: los oficiales militares no vinculados a la oligarquía, jóvenes entre quienes surgen figuras como Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez del Campo; el movimiento obrero organizado, que tomará particular relevancia y vocación de poder bajo la conducción de Luis Emilio Recabarren y la posterior influencia estalinista; y las clases medias, que alimentaron los gobiernos populistas de Alessandri Palma y el mismo Ibáñez del Campo, debido a la enorme expansión que tuvieron gracias a la renta del salitre, el desarrollo industrial y el engrosamiento del Estado, pero que se verán drásticamente empobrecidas tras la crisis del '29, convirtiéndose nuevamente en actores claves y protagónicos en la emergencia de los gobiernos radicales a fines de la década del '30, con el Presidente Pedro Aguirre Cerda. En el período estudiado, de hecho, por primera vez llega La Moneda un Mandatario de clase media, extracción social de la que serán todos los Presidentes de ahí en más³⁶⁰.

En definitiva, en el presente trabajo creemos haber dado luces sobre el mundo en el que se desarrollaron los protagonistas de estas páginas, y de la forma en que entendían su quehacer como actores de la escena política. Todos ellos

³⁶⁰ Salvo, paradójicamente, Salvador Allende, cuya familia perteneció a la vieja aristocracia viñamarina.

con rasgos e ideas de país distintas, pero cruzados por una forma de ejercer sus roles públicos de manera más integral que en nuestros días.

Lo anterior se verifica tanto desde cómo intentaban adaptar sus conductas a lo que consideraban les dictaba el deber, como por el sentido de trascendencia que creían tenían sus actos. Esto, en tanto líderes que disputaban el poder no para administrar el Estado y sus instituciones, sino para, en mayor o menor medida, transformarlo. En definitiva, consideramos que al existir en la época programas políticos en pugna, dicho nivel operaba en las conductas particulares de los líderes, conscientes de que estaban llamados no a ser parte de una actividad política entregada a la inercia de los procedimientos, sino de la construcción de modelos distintos de sociedad.

Evaluamos estas crónicas, entonces, como testimonio y rescate de nuestra memoria histórica, eclipsada en nuestros días por los fulminantes titulares noticioso y la cambiante voracidad de la opinión pública, con su consecuente influencia en la agenda política de los líderes actuales. Así también, las posicionamos en la sana necesidad social de informar, educar y debatir en torno a los proyectos de sociedad a los cuales aspiramos, sin evadir la también discusión sobre las perspectivas, estrategias y métodos para su consecución, discusión que otros hombres y mujeres dieron con convicción y compromiso en otros tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

- Alessandri, Arturo, "Recuerdos de Gobierno", Tomo I, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1952.
- Álvarez, Marcos, "Líderes políticos del siglo XX en América Latina", LOM Ediciones, Santiago de Chile , 2007.
- Barría, Jorge. "El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social", Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, Santiago de Chile, 1971.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, "Arturo Alessandri Palma y su época: Vida, política y sociedad", Ediciones Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago de Chile, 2012.
- Brnčić, Moira. "Marmaduke Grove. Liderazgo ético", Ediciones Tierra Mía, Santiago de Chile, 2003.
- Cabero, Alberto, "Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda", Impr. Nascimento, Santiago de Chile, 1948.
- Campione, Daniel, López, Mercedes y Maier, Bárbara. "Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires. Los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1926)". Buenos Aires, Argentina, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2007.
- Cardoso, Fernando, y Faletto, Enzo, "Dependencia y desarrollo en América Latina", Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1977.
- Castedo, Leopoldo, "Chile: vida y muerte de la República Parlamentaria", Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 1999.
- Charlín, Carlos. "Del avión rojo a la República Socialista". Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1970.

- Correa, Sofía, “Historia del siglo XX chileno” Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2001.
- Cruzat, Ximena, y Déves, Eduardo. “Recabarren. Escritos de Prensa Tomo III 1914-1918”, Edición conjunta de editorial Nuestra América y Terranova Editores, Santiago de Chile, 1986.
- Donoso, Armando. “Conversaciones con don Arturo Alessandri”, Santiago de Chile, Biblioteca Ercilla N° 34, 1934.
- Donoso, Ricardo, Alessandri, Agitador y Demoledor, “Cincuenta años de historia política”, Tomo II, México D.F, 1954.
- Délano, Jorge, “Yo soy tú”, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1966.
- Fernández, Joaquín, y otros en “Historias del siglo XX chileno”, Vergara, Santiago de Chile, 2008.
- Garcés, Mario, y Millas, Pedro. “FOCH, CTCH y CUT. Las centrales unitarias de la historia del sindicalismo chileno”, ECO educación y comunicaciones, Santiago de Chile, 1988.
- Gazmuri, Cristián, “Historia de Chile 1981 – 1994”, Ril Editores, Santiago de Chile, 2012.
- Gómez, Juan, “La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973”, LOM ediciones de Santiago, Chile, 2004.
- Gonzalo Vial, “Historia de Chile”, Tomo I, Editorial Santillana, Santiago de Chile, 1981.
- Grez, Sergio. “Historia del Comunismo en Chile”, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2011.
- Grez, Sergio, “La ‘Cuestión Social’ en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago de Chile., 1995.
- Halperin, Tulio, “Historia contemporánea de América Latina”, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

- Hobsbawn, Eric, "Historia del siglo XX", Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori S.A., Buenos Aires, 1998.
- Hormazábal, Fernando, "Por los caminos de la democracia", Instituto Geográfico Militar de Chile, Santiago de Chile, 1989.
- Huerta, Ismael, "Volvería a ser soldado", Tomo I, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1988.
- Izquierdo, Gonzalo, "Historia de Chile", Tomo III, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1990.
- Johnson, Lyndon B., "Losing a Model Democracy: Salvador Allende and U.S.-Chilean Relations, 1945–1970," Ph.D., University of Florida, 1990.
- Jorquera, Carlos, "El Chicho Allende", Ediciones Bat, Santiago de Chile, 1993.
- Labarca, Eduardo, "Salvador Allende: biografía sentimental", Editorial Catalonia, Santiago de Chile, 2007.
- Lafertte, Elías. "Vida de un Comunista", versión digital luisemiliorecabarren.cl, Santiago, Chile, 1961.
- Löwy, Michael, "El marxismo en América Latina", LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007.
- Lenin, V.I. "El socialismo y la guerra. La posición del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia", en "Tres artículos de Lenin sobre la paz y la guerra", Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1976.
- Lira, Elizabeth – Loveman, Brian, "Las ardientes cenizas del olvido: La vía chilena de reconciliación política 1932-1994", LOM – DIBA, Santiago de Chile, 2000.
- Marx, Karl, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte" en Marx, K. y Engels, F. en "Obras escogidas. Tomo I". Editorial Progreso, Moscú, 1981.
- Massardo, Jaime, "La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren" LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2008.
- Maurás, Juan, "Don Juan Lui Maurás Novella, vida y trayectoria política", Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago de Chile, 2011.

- Moulián T. y Torres Dujisin, I., "Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha 1938-1946", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Santiago de Chile, 1985.
- Millar Carvacho, René, "La elección presidencial de 1920", Editorial Universitaria, Santiago, de Chile, 1981.
- Millar Carvacho, René. "Significado y antecedentes del movimiento militar de 1924", Historia nº 11, Santiago de Chile, 1973.
- Millas, Hernán, "Habrás Visto", Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993.
- Molina Johnson, Carlos, "Chile: Los militares y la política". Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1989.
- Montero, René, "Confesiones políticas: autobiografía cívica", Zigzag, Santiago de Chile, 1959.
- Olavarría, Aturo., "Casos y cosas de la política", Impr. y Litografía Stanley, Santiago de Chile, 1950.
- Palma, Arturo Alessandri, "Recuerdos de gobierno, Administración 1932-1938", tomo III, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1967.
- Pinto, Julio. "Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica". LOM Ediciones, Santiago, Chile., 2013.
- Pinto, Julio; Salazar, Gabriel, "Historia contemporánea de Chile", tomo II: actores, identidad y movimiento, Editorial LOM, Santiago de Chile, 1999.
- Pinto, Julio,; Valdivia, Verónica. "¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932, LOM ediciones, Santiago de Chile, 2001.
- Pinto, Mauricio, "El Ariostazo, puma y línea recta: una desviación del profesionalismo de las Fuerzas Armadas chilenas", Pontificia Universidad Católica de Chile, Departamento de Historia, Santiago de Chile, 1994.
- Ramírez, Hernán. "Seis artículos de prensa", compilación y prefacio de Manuel Loyola, Ariadna ediciones, Santiago de Chile, 2005.

- Ravest, Guillermo, "Pretérito Imperfecto", LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2009.
- Rinke, Stefan, "Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931", Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago, Chile. 2002.
- Sagredo Baeza, Rafael, "Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del 'Cielito Lindo' a la Patria Joven", Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Santiago de Chile, 1998.
- Serrano, Margarita, "La historia de un bandido: Raúl Rettig", Editorial Los Andes, Santiago de Chile, 1999.
- Serrano, Sol y otros en "7 ensayos sobre Arturo Alessandri", Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago de Chile, 1979.
- Veneros, Diana, "Allende. Un ensayo psicobiográfico", Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2003.
- Valdivieso, Rafael, "Testigo de la historia", Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1985.
- Varas, José Miguel. "Chacón", Santiago, de Chile, LOM ediciones, 1998.
- Ulianova, Olga, y Riquelme, Alfredo, "Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo I: Komintern y Chile 1922-1931", Ediciones DIBAM, Centro de Investigación Barros Arana, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2005.

Material Web

- Censo de población de la República de Chile (1920), Dirección General de Estadística. Recuperado en:
http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1920.pdf
- Censo de población de la República de Chile (1940), Dirección de Estadística y Censo. Recuperado en:

http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1940.pdf visión y compromiso en otros tiempos.

- Diálogos relatados por Bravo, Dante, y Bassaletti, Carlos, en “Diálogos en Moscú. Recabarren, Lenin, Trotsky”. Recuperado por el Centre de Ressources pour l’Investigation, l’Éducation et la Formation C.R.I.E.F. en: <http://crieflatinoamerica.com/crief/gestion-articulos/2014/06/15/recabarren-lenin-y-trotsky-dialogos-de-moscu/>

Material de Prensa

- La Opinión, julio de 1918.
- El Despertar de los Trabajadores, febrero de 1918.
- El Diario Ilustrado, agosto de 1939, agosto de 1952.
- El Mercurio, agosto de 1939, agosto de 1952.
- El Socialista, mayo de 1920.
- La Discusión de Chillán, agosto de 1952.
- La Hora, enero de 1938, febrero de 1938, marzo de 1938, agosto de 1939, octubre de 1939.
- La Nación, diciembre de 1937, enero de 1938, agosto de 1952.
- Las Noticias Gráficas, agosto de 1952.
- La Segunda, agosto de 1952, septiembre 1991, mayo de 2000.
- Revista Ercilla, agosto de 1983, agosto de 1939, agosto de 1952.
- Revista Hoy, enero de 1936, enero de 1938, marzo de 1938.

- Revista Topaze, julio de 1939, agosto 1941.
- Revista VEA, octubre de 1939, agosto de 1952.

Documentos:

- Boletín de Sesiones Ordinarias Cámara de Diputados, Sesión 40, en viernes 25 de agosto de 1939.
- Boletín de Sesiones Ordinarias del Senado, sesión 19, en 5 de Agosto de 1952.
- Boletín de Sesiones Ordinarias del Senado, sesión 69, en viernes 25 de agosto de 1939.